

AMANDO DE MIGUEL

# FANTASIA FISCAL

**Año 2002:**  
**Tribulaciones del Caudillo Gómez**  
**y su tropa**



**EL PAPAGAYO**

Lectulandia

Año 2002. España. La capital del Estado ha sido trasladada a Bailén. El Caudillo Gómez —el Líder Modélico— vive retirado en el Palacio de El Olivar.

Los desajustes climáticos, la ruptura de fronteras, la unificación de las fuerzas de la OTAN y el Pacto de Varsovia, la vertiginosa sucesión de modas, el yogur consagrado como bebida nacional, sirven de escenario a una teleconferencia (revolucionario sistema de comunicación que actualmente se encuentra en fase experimental) que intenta paliar las deficiencias de un peligroso «agujero negro» fiscal.

Las cabezas más grandes del país —Alfonso Paz, José María Graznar, Enrique Música Hatroz, Rosa Marqués— se desesperan en busca de una solución alternativa al tradicional Impuesto sobre la Renta. Intelectuales como Ludolfo Andamio o Javier Pastizal acuden en su apoyo. ¿Será necesario gravar los preservativos con un nuevo impuesto? ¿O convertir todo el sistema fiscal en una lotería?

Una sátira en clave. Una insólita novela de política-ficción escrita por uno de los sociólogos con una visión más incisiva de nuestra realidad.

Lectulandia

Amando de Miguel

# Fantasía fiscal

**Año 2002: Tribulaciones del Caudillo Gómez y su tropa**

ePub r1.0

jandepora 16.12.13

Amando de Miguel, 1990  
Ilustraciones: Gallego & Rey

Editor digital: jandepora  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Teresa

---

## Nota del editor

---

Casi todos los nombres propios de esta narración —excepto los históricos y geográficos— son ficticios. Cualquier semejanza con personajes o títulos de la realidad será obra de la imaginación del que leyere. También es verdad que algunas de las frases que pronuncian los personajes de esta sátira corresponden a expresiones que en su día se dijeron por individuos de carne y hueso. El lector curioso podrá detectar fácilmente esas frases si tiene buena memoria o si realiza una excursión hemerográfica. Las intervenciones de los personajes proceden de las transcripciones de la teleconferencia que en seguida se narra. Apenas se han añadido correcciones de vocabulario o de sintaxis para dejar constancia del habla y del estilo de cada interlocutor. Algún hermeneuta más escrupuloso podrá investigar hasta qué punto algunas partes del discurso del caudillo Gómez son traducción casi literal de las ideas del pensador norteamericano George Henry. Si así fuera, la responsabilidad sería de Gómez, no del autor, cuyo trabajo ha sido más de notario que de escoliasta. Tampoco responde el autor de los numerosos barbarismos —y hasta de alguna barbaridad— que se deslizan en la prosa de algunos teleconferenciantes. Hablaban así realmente en el 2002 y su jerga no sonaba demasiado extravagante en aquellos tiempos.

# La teleconferencia

**N**o es realmente un palacio. Se trata más bien de una estudiada combinación de cortijo, casona y mansión señorial. Se encuentra en medio de un extenso cazadero en las fragosidades de Sierra Morena. El edificio presenta ribetes andalucistas, pero podría pasar por una construcción italiana. Destaca el color, un amarillo Schönbrun que sólo puede gozarse en Viena o en Italia; también aquí. El Palacio de El Olivar fue rehabilitado para el Líder Modélico hace algunos años con ocasión de las celebraciones de 1992 y, los últimos remates, con los dineros rebañados del presupuesto de la Comisión del Segundo Milenario. Al principio, el Presidente venía sólo de montería, muy de tarde en tarde, pero pronto se resintió de tanto helicóptero y empezó a habitar el palacete semanas enteras. Por razones de seguridad, se dijo. Más bien para huir del «Kremlin» de La Moncloa, demasiado pegado ya al Centro Comercial del Manzanares, con sus elefantiásicos rascacielos. Hasta que la capital de la subcomunidad se trasladó a Bailén y de ese modo la residencia del Presidente quedó dentro del perímetro capitalino.

Al Palacio de El Olivar el pueblo lo llama «La Casita del Labrador». No es sólo la ironía por el mimetismo con los Borbones dieciochescos, sino que alude a la pasión del caudillo Gómez por las labores del campo. También él suele jugar a pastores, como los cortesanos de Versalles. Siempre dijo que quería ser realmente un campesino, un pescador. Lo ha conseguido. El Olivar no es únicamente una finca de recreo, sino que cuenta con una esmeradísima explotación agraria: cultivos hidropónicos, piscifactoría, estación animal. Hasta ha recibido el título de empresa agraria ejemplar, lo que le permite al Presidente obtener la subvención especial que se concede en Bruselas dentro del Programa de Fondos Preferenciales para las Novísimas Tecnologías Alimentarias.

El nombre de El Olivar es un recuerdo de no lejanas fechas cuando todas estas lomas se hallaban cubiertas de plateados olivos. Hoy sólo queda alguno como recuerdo, magro y retorcido, que ya ni cadillo produce. El cambio climático de los últimos años ha obligado a sustituirlos por plataneras, poinsetias, palmeras datileras y demás flora subtropical.

El patio principal de El Olivar, grandísimo, contiene una alberca de aguas verdosas, con nenúfares y orquídeas. Hay una pajarera gigantesca en donde conviven pacíficamente aves del paraíso, pavos reales, guacamayos y aguiluchos, entre otras raras especies de pluma. El hostigo aparece cerrado con una gran cristalera y se ha

climatizado para guarecer una muestra de plantas boreales: abedules, hayas, helechos, líquenes. El Presidente suele veranear en el Balneario de Narvik, en Noruega, y siempre se trae algunas muestras de la flora ártica, tan reducida ya, después de los recientes trastornos climáticos.

La escena tiene lugar en el porche principal de El Olivar, en una tórrida tarde del mes de mayo de 2002. En aquel tiempo casi todo el año era verano, un verano lluvioso además. Era la consecuencia del «efecto invernadero», que paradójicamente se acrecentaba con el desmedido uso de las instalaciones de aire acondicionado. El Presidente acababa de despachar con la Comisión del Tercer Milenio. El ministro de Represión Fiscal, José Morrell, entró sin hacerse anunciar. Tenía los ojos más saltones que de costumbre y fruncía los labios en un gracioso mohín entre afectado y sensual. El sudor brillaba sobre la reluciente calva. El cuerpo se le quebraba al andar de puro hético. Su voz era meliflua, sus maneras jesuíticas:

—Presidente, tengo que hablar contigo ahora mismo, si no te importa. Es una emergencia. No me digas que no.

—Pepito, hijo, te he dicho que me llames «Señor Presidente» —le replicó solícito el avejentado Líder Modélico, todo ojeras y papada, de ojillos achinados y zumbones, tez amarillenta. Estaba recostado sobre una floreada hamaca tropical, regalo del dictador Pérez, de Venezuela, y se abanicaba con desgana. Tenía puesto el monitor holográfico de aprendizaje del inglés y lo apagó con un gesto paciente que invitaba al ministro a que siguiera.

—Señor Presidente, se ha de hacer algo para tirar adelante. Lo que me temía ha sucedido. Hemos hecho tantas desgravaciones para fomentar la nupcialidad, la natalidad y el ahorro que en la declaración de la renta de este año prácticamente todas han dado negativas. Va a ser muy difícil contener la noticia. Ya sabes que a Miguel Ángel Almiar le ha dado ahora por jugar a independiente en la agencia FG. Para empezar, acuérdate que no le ha gustado nada que hayamos cambiado el antiguo nombre de EFE. Bueno, hemos llegado a un compromiso para evitar la ruptura simbólica con el régimen anterior. Pues lo mismo habría que hacer en este tema del impuesto sobre la renta.

El Líder Modélico miró cejijunto a su ministro por encima de las gafas. Su boca se cerró en un gesto enérgico antes de hablar. Luego musitó como quien piensa en voz alta:

—Hay que explicar a la ciudadanía nuestro proyecto de futuro para que lo entiendan bien. Hay que ser autocríticos. No hemos acertado a explicar nuestra plataforma básica. A mi juicio, se trata de una cuestión básicamente comunicológica.

La voz del edecán salió todavía más queda y afectada. Jadeaba espesa por el calor o por la dificultad de la entrevista:

—Sí, les vas a explicar tú que a Mario Marqués, después de haber llegado hace



dos años al «Banestovizbao», Represión Fiscal tiene que devolverle sesenta millones de ecus. Por cierto, habrá que pagarle con un cuadro de El Prado. Y así todos los demás. Isabel Kreisler, con cuatro matrimonios y nueve hijos (cinco de ellos adoptados), ha logrado desgravar tanto que tenemos que devolverle más de doce millones de ecus. ¿Quieres que siga?

—Pepito, llevas en esto de los impuestos, de alguna manera, más de quince años. Tú invéntame algo para reconducir el debate. Es obvio que para eso te pago.

—Señor Presidente, el impuesto general sobre la renta no nos sirve. Tampoco podemos eliminarlo de golpe, pues es el que nos permite fomentar que la gente se case y tenga hijos. Si no fuera por este estímulo todavía tendríamos que importar más criaturas para adoptarlas, más de doscientas mil el año pasado, casi todas de color. Así no podemos seguir. Vamos a ser un pueblo decadente, de mulatos. Antes de llegar a ello hay que hacer algo. Desde hace unos años casi todos los conflictos, de alguna manera, son conflictos raciales o fiscales. Se han de diseñar sistemas tributarios más imaginativos...

El Líder Modélico se sabía ya el discurso (que los críticos llamaban racista) y le cortó tajante con un gesto enérgico que se reflejaba en la arruga vertical del entrecejo:

—Que se abra un gran debate global. Quiero que todos se retraten. Que cada palo aguante su vela, eso es lo que digo, que cada palo aguante su vela.

Dicho y hecho. Un refrán del Líder Modélico era una orden. ¿No le acusaban de ser personalista? Nada más legitimador que un gran debate —pensó en voz alta el ministro Morrell. Él lo podría organizar muy bien. Tendría que ser por teleconferencia, retransmitido en directo por todas las cadenas. Se les podría hacer un precio especial por ser de inserción obligatoria. Que dieran su opinión todos los interlocutores sociales. Que expusieran los líderes políticos las dificultades para satisfacer el gasto público y sobre todo que aportaran ideas para establecer impuestos alternativos. Se necesitaba un nuevo tributo que se pagara con gusto (es un modo de hablar) y que viniera a sustituir al fallido impuesto general sobre la renta, si bien se mira una reminiscencia de la dictadura anterior. Lo que no se podía era alterar el esquema de desgravaciones. De lo contrario, nadie ahorraría nada y casi nadie querría tener hijos. Había que cortar el exceso de adopciones de niños africanos. No era cuestión tampoco de abusar de la práctica de la expropiación sin indemnización que con tanto éxito se había aplicado hacía unos años en los casos de Tumasa y El Corty Británico. Sus pensamientos se vieron alterados por el soliloquio del Presidente. Es como si hubiera leído esos pensamientos:

—Pepito, hijo, lo que quiero es pluralismo al máximo nivel para consolidar aún más el arco parlamentario. No hay que descartar ninguna hipótesis, pero si todas las palabras se toman como yo las digo, es decir, si eso no se traduce en que yo digo que aquí se va a convocar, hay alguna posibilidad de que se convoque la próxima

teleconferencia sobre este tema. Quiero que parezca todo espontáneo, como siempre. Tenemos que objetivizar el análisis. Seleccióneme los interlocutores políticos que mejor se expresen. No dejes de llamar a los líderes de los principales partidos, por lo menos Graznar y Laguita. Hasta puedes invitar al viejo Nicolás, que desde que es secretario general del Partido Laborista ya ni nos habla. Si sigue así le quitas la subvención y en paz. Por cierto, dile a Alfonso que organice unas discusiones sobre lo de la teleconferencia en todas las agrupaciones y en los clubes Divino Tesoro. Por algo son la obra predilecta del régimen. Tendrán que mojarse los intelectuales, tendrán que mojarse los intelectuales. Que tire de la lista de premios y al que no se reporte de inmediato, fuera subvención. El que mama, que no llore.

La teleconferencia sobre el gran agujero fiscal y sus remedios fue calificada por algún crítico como «un monumento electrónico a la tradición del arbitristo español». El crítico pertenecía, naturalmente, a una de esas infames tertulias de la radio, una vieja institución que no ha logrado desaparecer del todo, a pesar de las numerosas protestas que sigue generando. Menos mal que en el programa semanal de la teleconferencia se consiguió bloquear automáticamente todas las señales de radio, de televisión y de vídeo, de tal forma que sólo quedaba expedita la que transmitía la teleconferencia. De esta forma se logró un techo en la audiencia difícil de igualar: treinta millones de espectadores. Tantos no podían estar equivocados. La audiencia récord no sólo se consiguió por el estímulo del sorteo instantáneo de un coche eléctrico por cada millón de televidentes. Existía un verdadero interés por estas cuestiones. No hay más que recordar el anterior programa de la teleconferencia sobre si se debía introducir la pena de muerte para los casos más graves de delito fiscal o de opinión desestabilizadora.

Unas palabras sobre el formato de la teleconferencia por si algún lector no estuviera familiarizado con el género. Se trataba de un debate en el que los participantes discutían a través de su visión recíproca en la pantalla del televisor. Cada uno estaba en su sitio, normalmente su despacho. Delante tenía dieciséis pantallas, dos enteras y otra dividida en catorce cuarteles. En una de las enteras se veía y se oía al que estaba en el uso de la palabra; en la otra aparecía siempre el moderador. En las restantes se podía ver el gesto, aunque no la voz, de los demás. El sistema exigía una gran disciplina en el turno de intervenciones y réplicas. Era imprescindible que únicamente hablase una persona al tiempo, que era la que pasaba a una de las pantallas grandes. El esquema visual se repetía para los televidentes que tuvieran una estación de trabajo, aunque en este caso mejor hubiera sido llamarla «estación de ocio». Había además una infinidad de estas estaciones en todos los lugares públicos, incluidos trenes y aviones.

Las intervenciones eran en principio de diez minutos. A partir de ese tiempo, un pequeño electrodo implantado en la oreja de cada orador recibía una pequeña señal

eléctrica que empezaba a afectar al lóbulo del habla. La sensación no era dolorosa; un simple zumbido que se hacía cada vez más intenso hasta que impedía seguir hablando. Naturalmente, sólo lo percibía el orador. Si persistía en hablar a partir del inicio del zumbido, podía llegar a la afasia momentánea. De todas formas, este control era potestativo del moderador, quien podía activarlo o no, con mayor o menor intensidad, según aconsejara la situación del debate. El sistema se había instalado antes en el Parlamento con notables resultados. Se conoció en seguida por «el rodillo electrónico» o por «el aparato». La frase del presidente del Congreso era invariablemente la de «¿Le funciona el aparato a su señoría?». Aunque aludía a una especie de cuchufleta de años atrás, la frasecita fue protestada muy en serio por la minoría de diputadas, a causa de sus connotaciones machistas.

La teleconferencia sobre la crisis fiscal duró tres horas largas. Aquí se va a seleccionar lo fundamental, las intervenciones más destacadas. Eliminamos los numerosos comentarios que se fueron acumulando a partir de los retrograbadores. Como suele suceder en estos casos, pertenecen muchos de ellos al género escatológico. La institución del retrograbador es una mezcla del Defensor del Pueblo y de las pintadas en los servicios de caballeros. Se registran las quejas, los exabruptos, las protestas y también las frustraciones. Aunque un código secreto permite identificar cada una de las grabaciones con el correspondiente NIF (Número de Identificación Fiscal), hay recursos para burlar ese control. Por ejemplo, la mayoría de las respuestas con comentarios se suelen emitir desde las pantallas situadas en lugares públicos. País de pícaros.

La transcripción del debate revela el alto sentido de libertad y pluralismo que reina en la subcomunidad española «en estos momentos liminares del milenio», como acostumbra a decir Alfonso Paz. Bien es verdad que casi todos los participantes ostentaban altos cargos, pero, por eso mismo, representaban al pueblo y éste es soberano. Como es natural, estamos hablando de democracia participativa. La mejor prueba es la presencia de algunos líderes de la oposición y naturalmente la acción de los retrograbadores.

El debate comenzó con la introducción del que iba a actuar de moderador, el ministro de Represión Fiscal, José Morrell:

—Bien, señoras y señores, una vez más estamos aquí en la teleconferencia de cada mes. Para que se hagan una idea, éste es un debate libre, a la manera de como se desarrolla *La Llave* que dirige José Luis Botín en una de las cadenas privadas desde hace más de diez años; primero lo había hecho en la pública. La diferencia es que aquí no ponemos película antes. Les voy a introducir a los participantes. Son caras conocidas de todos ustedes. Llevan muchos años saliendo en los telediarios: Alfonso Paz, Luis Umbría, Joaquín Menina, José Rodríguez de la Burbuja, José María Graznar, Julio Laguita, Carlos Tomillo, Georges Maura, Nicolás Cuadrado, Francisco

Hernández Bermúdez, José Luis Rastacueros, Manuel Chapines, Narciso Terra, Enrique Música Hatroz y Rosa Marqués. Es el orden en que los ven ustedes en la pantalla múltiple y por el que van a intervenir. Se trata de un puro azar. Cada uno está en su despacho, pero todos se están viendo en la pantalla. La imagen principal elige siempre al que está hablando, acaba de hablar o va a empezar a hablar. Por eso me permito decir a nuestros invitados que no se interrumpen mucho porque entonces el monitor automático tarda en «pinchar» la imagen. Gracias anticipadas a los participantes por su colaboración. Ya saben el tema de esta noche: «El gran agujero fiscal y las soluciones para taparlo». Hemos preferido un título poco técnico para indicar que el tema está en la calle y que se necesitan todas las opiniones. Este programa, como los otros, ha sido patrocinado por Galerías Depreciadas, empresa a la que damos las gracias. Así que vamos a empezar. La idea es que cada uno de los participantes nos vaya dando sus argumentos para sustituir, con un nuevo impuesto, la pérdida que significa que en el Impuesto General de la Renta de las Personas Físicas este año casi todas las declaraciones hayan dado negativas y, por tanto, que el Estado tenga que devolver una cantidad ingente de dinero. Anticipo que, como no hay suficientes recursos en el Tesoro Público, muchas devoluciones serán en especie. Por fortuna, el Patrimonio Subcomunitario es rico. Todo esto es un gigantesco desafío, un reto enormemente importante para estimular la imaginación. Se ruega a los televidentes que utilicen el botón de su retrograbador para apoyar con sus votos los argumentos que vayan escuchando. La intervención que reciba más votos será la que prospere de cara a confeccionar el correspondiente decreto del nuevo impuesto, a falta, obviamente, del refrendo presidencial. Este sistema interactivo es mucho más democrático que el que se empleaba en el antiguo Parlamento, antes de la última reforma constitucional. Ahora es el pueblo el que decide directamente sin intermediarios. Por eso es la nuestra, después de la última reforma constitucional, una verdadera democracia de participación. El Parlamento ha quedado sólo para los actos solemnes, que lo son más que antes, y el trabajo más técnico de las comisiones. Todo ello ha supuesto una importante profundización de las instituciones. Pero vayamos al grano, que el tiempo corre. El señor Alfonso Paz tiene la palabra.

# Alfonso Paz

**E**stamos ante un verdadero hombre del Renacimiento, un hombre universal que brilla en el firmamento de las artes, las ciencias y la política. En realidad, dimitió de los cargos políticos directos en 1991. No fue una sorpresa porque su carrera estuvo siempre ligada estrechamente a la del Presidente, su compañero del alma, quien se retiró en esa fecha, con estudiada táctica, ante la dificultad de tener que gobernar con un gobierno sin mayoría absoluta y asaeteado por un rosario de mociones de censura y de recursos sobre fraude electoral. Alfonso Paz le siguió en el autoexilio momentáneo.

En 1992, con el definitivo retorno del Líder Modélico, Alfonso Paz fue nombrado presidente de la Real Academia de las Lenguas de la Subcomunidad. «Estando Paz, debería llamarse la Academia de la Lengua Viperina», en frase del director de *El Universo*. La verdad es que, desde ese puesto, Alfonso Paz logró dar un impulso a las diferentes lenguas que se hablan en España, incluyendo el suajili, la *lingua* franca de la numerosa colonia africana. La Academia ha dado origen a prometedoras empresas, como la Renovada Escuela de Traductores de Toledo, en la que se están utilizando las más modernas estaciones de trabajo para traducir a cuatrocientos cincuenta idiomas minoritarios el contenido de las obras culminantes de la literatura de todas las culturas. Este proyecto lo lleva a cabo ARTEK-X, la multinacional española de informática.

En 1993, por un decreto especial, Alfonso Paz fue nombrado catedrático de Literatura Española en la Universidad Pablo Iglesias de Madrid. Desde entonces su figura se ha hecho muy popular entre los estudiantes, casi todos hijos de inmigrantes. Destaca la innovación pedagógica que defendió en el proyecto docente: cada asignatura debe estudiarse con un único texto. Profesores y alumnos acogieron la medida con simpatía.

En 1994, Alfonso Paz recibió el nombramiento de presidente de la Comisión del Tercer Milenio, desde donde impulsó algunas iniciativas, como el traslado de la capital de la Subcomunidad al nudo de Bailén (a unos minutos de helicóptero de El Olivar), lo que ha permitido la descongestión de Madrid. Suya fue también la iniciativa del Programa 3000, un seminario permanente para estudiar los proyectos socialistas a largo plazo. Participan en él más de doscientos intelectuales de renombre, los autodenominados «orgánicos». Baste citar a Fernando Caudín, Ludolfo Andamio, Salvador Triginer, Elías Daza, José Félix Tizano, Juan Luis Corvián, Javier Pastizal, Carlos Luis Ansúrez, Ramón Cacabelo, Xavier Rupert de Besós, entre otros nombres, casi todos ellos premios nacionales de ensayo.

Otro de los empeños de la Comisión del Tercer Milenio ha sido la publicación de las obras completas del Líder Modélico, dispersas como estaban hasta la fecha en hemerotecas y videotecas. Incluirán un tomo de *Memorias*, que el caudillo Gómez dicta en su retiro de El Olivar.

La Comisión se ha impuesto igualmente otra empresa monumental, nunca mejor dicho. Todo proviene, como tantas otras veces, de una frase del Líder Modélico. Esta: «Hay que cerrar, de una vez por todas, el ciclo de la reconciliación subcomunitaria». Alfonso Paz aventuró en seguida una interpretación práctica a esas enigmáticas palabras. Había que dar al Valle de los Caídos una función cívica definitiva. En la rotonda del altar mayor estaban enterrados, frente por frente, Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera. «No se trata de aventar cenizas, que luego caen malditas sobre nuestras espaldas», dijo Alfonso Paz en ocasión memorable. Y añadió: «Concluyamos el siglo y el milenio con la inhumación, a los otros dos lados de la rotonda, de los restos de Antonio Machado y Buenaventura Durruti. De esta forma las dos Españas quedarán eternamente convivientes». Se cumplió la orden. Los restos de los dos prohombres republicanos ya están enterrados bajo la gélida bóveda de la basílica del Valle. Lo de que sean «convivientes» no deja de ser una generosa licencia retórica. La impresionante ceremonia tuvo lugar en un día señalado, el 20 de noviembre de 1995. Se eligió precisamente para conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Franco. Se conjuraba de manera definitiva la efemérides. Téngase en cuenta que Durruti también murió un 20 de noviembre, como Primo de Rivera y Franco. Extrañas casualidades. Las mismas que forzaron después la elección de la fatídica fecha para asesinar, en distintos años, a destacados dirigentes del independentismo vasco. Algún crítico malintencionado sugirió que el señalamiento del día para la ceremonia antedicha obedeció más bien a que se trataba del aniversario del estreno de la primera sinfonía de Mahler, la debilidad del melómano Alfonso Paz.

La retirada de la política activa por parte de Alfonso Paz no fue táctica como la del Líder Modélico. Era clara su orientación cultural. Se le reavivaba la primitiva vocación. Con todo, siguió ejerciendo una notable influencia como líder del ala radical del Partido. Algunos críticos han sugerido que desde ese puesto ha seguido nombrando ministros como cuando era vicepresidente del Gobierno. Formalmente es el responsable de los clubes Divino Tesoro de los jóvenes socialistas, otra plataforma de gran influencia cultural y política. De ellos han salido vocaciones políticas tan decididas como la de Javier de Guerra, actual gerente del Consorcio Almadrabero Hispanomarroquí, la multinacional pesquera promovida por Enrique Rascabola, que se ha situado a la cabeza de la Comunidad.

Otra forma de influencia de Alfonso Paz es su participación regular en las tertulias del programa radiofónico *Deuteragonistas*, que dirige Luis del Colmo en la cadena POPE y que se transmite en directo a toda América. Alfonso Paz se expresa en ellas con total desinhibición e incluso se atreve a ridiculizar a algunos personajes del entorno familiar y amical del Líder Modélico. En este mismo sentido de denunciar la corrupción y el personalismo del cimbório presidencial se incluye su famosa «tercera» de *ABC*, titulada «Un palomino por añadidura los domingos». Alfonso Paz recibió una reprimenda del «cuñadísimo» por la clara alusión del artículo, pero logró el Cavia, que era lo que andaba buscando.

El aspecto más discutible e imprevisible de la trayectoria vital de Alfonso Paz ha sido su reciente conversión a la religión islámica. Bien es verdad que en todo momento ha dejado claro que nada tiene que ver su postura con las corrientes integristas (por ejemplo, con la todopoderosa Organización Sufita de Granada, que extiende sus ramas a todo el Magreb). Su conversión se debe más bien a razones que podríamos llamar de estilo de vida. Su cuarta mujer, Fátima, es una princesa árabe, especializada en Antonio Machado, muy religiosa y líder del movimiento que reivindica la poligamia. Su influencia ha sido tanta que el nuevo Código Civil de 1998 ha tenido que reconocer el derecho a la poligamia (o mejor, la «cuatrigamia», como suele advertir Alfonso Paz), por lo menos para el caso de la nutrida minoría musulmana. La reforma ha afectado a varios países del sur de Europa, donde abunda la población inmigrante que proviene de los países africanos de religión musulmana, algunos de ellos incorporados recientemente a la Comunidad. Hasta el Vaticano ha tenido que ceder, hay quien dice que debido a la influencia del Papa africano.

Alfonso Paz es un hombre de vastísima erudición. Terrible polemista, son muy celebradas sus sátiras contra los banqueros y algunos políticos del PPCDS (Partido Popular Progresista del Centro Democrático y Social). En 1994 fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Rosario (Argentina) y aclamado por las masas justicialistas. Famosa fue su frase de salutación, que recordaba la del presidente Kennedy en Berlín: «¡Yo también soy un descamisado!» Aludía con ello a su humilde origen y a las posiciones radicales (en el sentido europeo, no argentino) y nacionalistas que siempre ha mantenido.

La transcripción de la intervención de Alfonso Paz en la teleconferencia presenta algunas lagunas, puesto que, por razones de lógico respeto a su papel eminente, el moderador no quiso recortarle mucho el tiempo. De todas formas los párrafos que se omiten tienen poco que ver con la sustancia del debate. Son más bien recursos eruditos, a los que nuestro personaje es tan aficionado. Oigámosle.

—Yo soy un hombre de letras y entiendo poco de estas cuestiones de economía. Si hay un «agujero fiscal», como se ha dicho, habrá que consultar a los técnicos, cosa que yo no soy ni por lo más remoto. En todo caso soy un experto en transmitir ideas generales, *ars dicendi peritus*, que escribiera el clásico. Pero, como decía Juan de Mairena, «en las facultades de Teología debería haber una cátedra de Blasfemia que explicara el mismo Diablo» (cito de memoria). Pues yo soy ese diablo que va a blasfemar de Economía en este debate, en el que, según veo, predominan los economistas. Para mí no hay nada más lejano que lo crematístico. Claro que entiendo que aquí se trata de dar ideas generales, «el deber ser» en sentido kantiano. Para eso estoy siempre dispuesto.

—Perdón, señor Paz —le interrumpió con melosa cortesía el ministro Morrell—, lo que aquí interesa es la propuesta que hace cada uno. No es una solución técnica,

que eso ya vendrá más adelante, sino un planteamiento político, de cara a los ciudadanos y ciudadanas de esta subcomunidad. Este es un ejercicio de democracia directa.

—No, si ya voy. Para mí no hay más democracia que la directa, como en la antigua Grecia. La democracia liberal es una aberración producida en el medio cristalino de la lucha de clases. «Un invento de los ingleses, como pueblo de boxeadores que son», que decía también Juan de Mairena. A propósito, este debate me recuerda la situación de *Contrapunto* de Huxley, que es la gran novela del siglo que acaba de terminar, digo la gran novela, obviamente, en la versión original, que en la traducción al español abundan los hispanoamericanismos. Por fortuna, la hemos retraducido en el «tradartek» y ahora podemos gozar de un texto impecable. Pero me he perdido. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Yo bien quisiera aportar una solución práctica, pero es que soy un teórico incorregible. Siempre he sido un teórico. No hay nada más práctico que una buena teoría, creo que dijo Einstein. Mi teoría en este caso es que los impuestos deben de ser inversamente proporcionales a la capacidad que tienen los ciudadanos de utilizar los servicios públicos. Para que se me entienda, un padre de familia con seis hijos, todos ellos en edad escolar, utiliza más servicios educativos, sanitarios, transportes, etcétera, que una persona sin hijos. El primero debe de pagar más impuestos. Ya sé que el principio admite una corrección. Es la situación actual en que la población de la subcomunidad española se ha hecho regresiva y tenemos que importar niños africanos. Hay que primar la natalidad y de ahí paradójicamente el «agujero fiscal». Bueno, esto es conocido. ¿Cómo resolver el apotegma? Esto es como el juego lógico de Aquiles y la tortuga. Simplificando, hay que seguir con las subvenciones a la natalidad (que existen en toda la Comunidad, excepto en Irlanda y Polonia, donde no se necesitan; por lo visto allí son católicos de verdad), pero hay que tapar el famoso «agujero». Tengo dos soluciones, una a largo plazo y otra a corto plazo. A largo plazo habría que considerar que las subvenciones familiares de estos últimos años se han ido dando a título de préstamo. Es decir, a medida que los niños a los que iban destinadas vayan ingresando en la mayoría de edad, tendrán que devolver al Estado esa inversión. Con interés, por supuesto. A corto plazo, se impone una solución algo más drástica (como saben ustedes, drástico significa en griego «purgante»), es decir, la purga Benito, que dicen en Sevilla. Aquí hay que ir a los socialistas utópicos y convenir con ellos en que la propiedad es un robo. No se alarmen, que los veo en las pantallas, también decían eso los Padres de la Iglesia, según tengo oído yo al cardenal Enrique Moret Sobao. Si la propiedad es un robo, lo que hay que hacer es aplicar el principio de «herencia cero». Quiere esto decir que no se puede transmitir nada por herencia, excepto objetos simbólicos, claro. De esta forma se conseguirá además que los hijos amen a los padres con verdadero afecto y no por heredarles. Ya sé que se me va a tachar de socialista utópico por esta

propuesta. Es un principio. Luego los técnicos tendrán que desarrollarlo en decretos y baremos, que yo de eso no entiendo. No podemos adentrarnos en el siglo XXI con los restos de una sociedad de clases y la propiedad es la base de esa sociedad. No estoy en contra de todo tipo de propiedad, cuidado. Me parece muy bien que cada uno disponga de los bienes que ha ido acumulando con su trabajo, incluso con el trabajo de los demás, que de todo hay en este capitalismo salvaje que todavía colea. Pero nada de transmitirlo a la otra generación. Que los padres inviertan su dinero en la educación de los hijos, por ejemplo, me parece muy bien. Es lo que hago yo, que mis dos hijos mayores están ahora en universidades americanas haciendo el Ph. D. Pero cuando yo falte todo lo que poseo volverá al Estado. A su vez el Estado lo reparte a través de una buena red de servicios públicos, que ha mejorado mucho y que todavía falta mucho por mejorar. Señores, esto es el socialismo rectamente entendido, el socialismo de los «descamisados», no me importa decirlo.

—¿Puedo intervenir? —levantó un dedo Luis Umbría, como si dijéramos el anfitrión del debate—. Pienso que aquí se están confundiendo las cosas. Lo que condena el socialismo es la propiedad de los medios de producción cuando ésta pierde su misión estimulante de la iniciativa empresarial. No podemos abolir la herencia ahora que hemos aceptado a Bulgaria y Manchuria en la Comunidad y esos dos países han tenido que readaptar sus instituciones a las nuestras. Lo tengo dicho: el mundo es una «aldea global» y no puede haber islas utópicas. Aquí lo que se pide es una propuesta realista. No hay que criticar los principios básicos de la civilización occidental.

—¡Alto ahí! —bramó Alfonso Paz, elevando las cejas en un característico gesto colérico—. No admito lecciones de filosofía de la historia. El compañero confunde la crítica con las malas tripas, como así mismo decía Juan de Mairena, y perdón por citar tantas veces a mi maestro, pues yo fui a su escuela. Lo mío es crítica, pero no malas tripas. Ya he dicho que se trata de una solución a corto plazo, de emergencia, podríamos decir. Una vez que desaparezcan las clases, claro que puede haber transmisión hereditaria, entre otras cosas porque al otro mundo no nos podemos llevar nada de éste. (Esto, que parece de Mairena, es mío). Bueno, déjenme terminar mi intervención, ya les tocará hablar a todos ustedes. El impuesto al cien por cien de las herencias no sólo permitiría tapar el «agujero fiscal» que hoy nos convoca, sino que haría posible que el Estado pudiera redistribuir una cantidad importantísima de riqueza. Mucho de ella, señor Umbría, iría a parar a manos de los empresarios en forma de ayudas y subvenciones, si es eso lo que a usted le preocupa. No me opongo a ello. Después de todo, los empresarios son los que crean los puestos de trabajo. Diré de paso que los sindicatos son los que destruyen los puestos de trabajo, con las huelgas salvajes y la incapacidad para dialogar. (Luego, luego, señor Cuadrado). Los empresarios son, por tanto, nuestros aliados naturales. Para que vean que mis ideas no



son nada radicales, yo, señores, provengo de un ambiente de «descamisados», pero soy un conservador inteligente, eso es lo que soy. Los intelectuales queremos conservar lo bueno y transformar lo malo. No me venga con sonrisitas escépticas, señor Umbría. Ya sé que mi propuesta tiene un fallo lógico: que la gente donaría sus propiedades en vida. Está previsto, está previsto. Las donaciones *inter vivos* (nunca mejor dicho) serán controladas con todo cuidado y más las que se realicen dentro de la misma familia. ¿Está claro? Corto porque me empieza a zumbar la cabeza.

—Mi querido señor Paz —observó obsequioso el moderador—, no me ha entendido usted o no me he explicado yo. Perdone. Usted tiene que hacer una sugestión técnica, entre otras cosas, para que la audiencia pueda emitir sus votos. La supresión de la herencia es un principio filosófico, utópico además, pero no admite la posibilidad de que votemos sobre ella.

—Acabo de comprobar que *moderator* quiere decir «dictador» en latín. Lo que usted pretende es que yo diga lo que *usted* está pensando. No estoy dispuesto a comulgar con ruedas de molino, entre otras razones porque soy musulmán. Yo digo lo que me parece. El desastre fiscal lo ha provocado usted y ahora nos quiere echar el muerto a los demás. Conmigo no cuente. Yo voy por la libre, como dicen los cubanos.

El rostro del moderador se iba encendiendo a medida que hablaba Alfonso Paz. No dijo nada, no le interrumpió, pero se vio cómo apretaba el botón del aparato. Alfonso Paz acusó el zumbido y se echó las manos a la cabeza, siempre tan gestero. En la pantalla habían «pinchado» ya al siguiente orador, quien sonreía beatíficamente. La amenaza se cumplió y no hubo lugar a la votación. En este juego de las teleconferencias, ya se sabía, a Alfonso Paz se le invitaba por ser «fijo» y para que hiciera de provocador. Luego, lo que dijera era lo de menos.



# Luis Umbría

**E**n el momento de la teleconferencia desempeñaba el cargo de ministro de Televisión, Telecomunicaciones y Transportes —el todopoderoso MTTT—, acaso el alto cargo con más amplias competencias. A Umbría se le llama coloquialmente «hiperministro» y a su departamento se le menciona en la retórica oficial como «la columna vertebral del Estado». No se olvide que en 1999, la subcomunidad española era ya una potencia en informática y electrónica, uno de los logros más indiscutidos del «fecundo felipato».

A pesar de desempeñar un puesto con tanta responsabilidad, Luis Umbría saca tiempo para hacer lo que más le gusta, que es escribir una columna diaria que aparece simultáneamente en más de cincuenta periódicos y se reproduce en varios teletextos. Algunos críticos señalan que puede ser el sucesor más calificado de Gómez, acaso por las inmejorables conexiones que mantiene con las empresas aeroespaciales de Alemania y Japón. Desde luego se ha ganado a pulso el título de «el listo contemporáneo» con que se le conoce en los mentideros de Bailén. Es miembro permanente de la Comisión Multilateral con sede alternativa en Boston y Varsovia. Es una personalidad brillante y mordaz, presto a cualquier comentario, animado de su eterna sonrisa, que deja ver unos incisivos demasiado prominentes. Hay quien dice que no es que sonría, sino que los dientes no le dejan cerrar la boca. Su rostro es muy conocido por el público, ya que es asiduo de las teleconferencias (una innovación suya, todo hay que decirlo).

Su aspecto más criticable es la inmensa fortuna que ha amasado en su larga estadía en el poder. Ni siquiera dimitió de Televisión cuando la retirada táctica de Gómez en 1991. Entendió entonces que su cargo era eminentemente técnico y, en efecto, fue confirmado por José María Graznar, el líder del PPPCDS, en su breve mandato.

Sus actividades económicas no se han desarrollado sólo en el campo de las telecomunicaciones o los transportes (la red de trenes monoviga, o RTM, ha sido una de sus iniciativas a título particular). En compañía de Enrique Rascabola —íntimo amigo del caudillo Gómez— ha montado una de las mayores empresas del ramo del ocio, el de más indudable futuro: LEISURE, S. A. Es una empresa integral de espectáculos populares, que incluye boxeo y artes marciales, toros, safaris y carnavales. La empresa se beneficia, como es lógico, de la capacidad de difusión que tienen los servicios públicos de teleconferencia y telespectáculo. Aquí es donde entra la conexión alemana y japonesa, puesto que todo ello se hace por satélite.

El cargo de ministro de Televisión, Telecomunicaciones y Transportes —como decimos, un superministro— se lo ganó a pulso Umbría tras su paso por la antigua Compañía Telefónica y la primitiva TVE. Al acceder a ese segundo puesto, confesó humilde que se quedaría satisfecho con dejar el mismo recuerdo que en Telefónica. La verdad es que no pasó desapercibido el hombre. Su logro más sonado como superministro fue lo que él mismo llamó «el huevo de Colón», nada menos que el fin de las huelgas endémicas en los transportes y las comunicaciones. La solución consistió en automatizar al máximo las operaciones. En 1995 no quedaba prácticamente ningún puesto de trabajo en los transportes y las comunicaciones que no fuera técnico. Las operaciones rutinarias se realizaban por robots y otros dispositivos automáticos. La tarea más difícil fue la de Correos, pero también se resolvió. A partir de 1996 todas las cartas se enviaban automáticamente por fax a los respectivos domicilios. En el caso de los paquetes, una poderosa estación de trabajo avisaba por teléfono del envío y el interesado se personaba a recogerlo en la oficina de Correos, en donde operaba además un dispositivo de cajetines neumáticos que hacían prescindible la mano del hombre. En 1997 se eliminó la conducción manual en trenes y aviones. Las operaciones de billeteaje y reservas fueron sustituidas por impulsos *electrónicos* en las estaciones de trabajo de los respectivos domicilios. Para esas fechas casi todos los hogares contaban con CEM (consola electrónica mínima), la base de otros muchos servicios, como la enseñanza o el diagnóstico sanitario.

Es conocido el contumaz enfrentamiento de Luis Umbría con el que fuera vicepresidente Alfonso Paz, aunque oficialmente no se hable mucho de ello. Los dos son poderosos y se temen mutuamente. Se distinguen ambos por su extremosa facundia. Compiten en una gran cultura y en sus hábitos dialécticos. Representan, respectivamente, las alas liberal y radical del Partido Socialista Nacional de los Trabajadores y Trabajadoras de la Subcomunidad Española (PSNTTSE), como se le conoce de forma oficial después de la crisis de 1992. Precisamente fue Luis

Umbría quien propuso la nueva denominación. El nuevo marbete fue rechazado, entre otros, por Alfonso Paz, debido a su extraña similitud con la denominación oficial del antiguo Partido Nacional Socialista de los Trabajadores de Alemania. Así mismo se opuso Nicolás Cuadrado, lo que precipitó su defección y, poco tiempo después, la constitución del Partido Laborista. La verdad es que las nuevas siglas del partido oficial se corresponden bien con los aires nacionalistas e interclasistas del socialismo español bajo el mandato vitalicio del caudillo Gómez. Habla Umbría.

—En la era tecnotrónica los impuestos deben ser más imaginativos. Es aparente que todos los ciudadanos utilizan la línea telefónica y además la frecuencia de su uso se establece en relación a sus ingresos, más aún si se trata de la estación de trabajo. Puesto que son esos ingresos los que deben determinar el montante de los impuestos, nada más sencillo que estimar ambos parámetros. Una manera puede ser ésta. Cada vez que se utiliza la CEM (retrograbador, multifax, videófono, etc.) se puede registrar automáticamente si la señal es óptima o defectuosa. Como es sabido, dada la acumulación de la demanda telefónica, la mayor parte de las veces tiene lugar una comunicación defectuosa por saturación o interferencia. El aparato de registro puede anotar las veces en que la señal es óptima y en esos casos envía un impulso a la cuenta del abonado que se conecta instantáneamente con el Ministerio de Represión Fiscal a través del NIF (Número de Identificación Fiscal). Basta aplicar un baremo y los usuarios pagarían automáticamente una tasa por cada llamada que hicieran sin defectos. De esta forma se conseguiría el ideal de que el pago del tributo tuviera lugar en un momento satisfactorio para el contribuyente. El único inconveniente de este sistema es que el número de interacciones telefónicas sin interferencia o saturación es realmente escaso, casi una rareza en las horas punta. Tanto es así que, de acuerdo con las tendencias privatizadoras, hemos implementado una serie de concesiones para la instalación de líneas telefónicas privadas, en muchos casos un solo cable óptico de abonado a abonado. Con este sistema no es posible aplicar la tasa propuesta, pero en esos casos se puede añadir una corrección. Bastaría con elevar el canon de la concesión de las líneas privadas, además de regular la tasa de instalación de la CEM. Aprovecho la ocasión de esta teleconferencia para indicar que es todo un éxito de la política económica de este Gobierno el hecho de que la demanda telefónica se halle cada vez más insatisfecha. Nada menos que hay una lista de dos millones de hogares que tienen solicitado un videófono. Quiere esto decir que el nivel de vida de los ciudadanos y ciudadanas sigue subiendo, por encima incluso de las previsiones del Gobierno. Mi departamento ha asumido recientemente los sistemas de transporte público, cada vez más versátiles y asociados con las redes de telecomunicaciones. Después de todo, los trenes ya no necesitan conductor, y mucho menos revisores, un hecho que todavía no han sabido digerir los sindicatos. Aquí se podría diseñar un impuesto complementario también de fácil manejo y con el mismo principio de equidad fiscal. Se traduciría en cobrar el tributo en el momento en el que el contribuyente recibiera una satisfacción. El nuevo impuesto se llamaría «prima de la

puntualidad» y consiste en cobrar un suplemento al viajero si se cumple la condición de que el tren o el avión lleguen a su hora. De esta forma se apagarían las numerosas quejas que en estos momentos tenemos sobre la impuntualidad de los «trenes de alta velocidad», por causas puramente técnicas, como es sabido.

—Un momento, señor Umbría —le cortó el moderador—. Aquí estamos hablando de cuestiones globales, no privativas de cada ministerio. Le agradecería que hiciera usted sugerencias más plausibles.

—Pido apologías al moderador —siguió Umbría con su mejor sonrisa—. Pongo ejemplos de mi departamento, pero el principio puede ser aplicado a todos los demás servicios públicos. Así, los estudiantes no pagarían una tasa de matrícula, sino una tasa por aprobado, que sería más alta si obtuvieran sobresaliente. En la sanidad la cosa está más clara. El hospital sería gratuito si el enfermo se muriera, pero no si se curara. Cuanto más grave fuera la enfermedad y más exitosa la curación, tanto más alta sería la tasa a pagar. Se podría incluso establecer un baremo de rebajas para los pacientes que llevaran al hospital el material quirúrgico imprescindible (gasas, tijeras, termómetros, etc.). No es un invento mío esto que propongo. Se está estudiando en Australia (que, como saben, es el próximo candidato para ingresar en la Comunidad). Allí lo llaman «impuesto satisfactorio». La idea es todo un acierto psicológico, que es el que se aplica, por ejemplo, cuando se cobra a un ciudadano una tasa por recibir algo que aprecia, sea un título académico o el carné de importador de niños. No hay por qué restringir el principio a unos pocos supuestos. Al revés, el Estado del bienestar concede tantas ventajas y satisfacciones que resulta legítimo cobrar un impuesto por cada acto satisfactorio que emane de la acción de gobierno.

—Perdone que le interrumpa, abusando de mi carácter de moderador —cortó meloso José Morrell—. Veo un pequeño fallo lógico en su innovación. Si los impuestos son siempre como consecuencia de un acierto de los servicios públicos, habría que convenir, en buena lógica, en que el Estado debe satisfacer un canon al contribuyente siempre que el servicio público sea defectuoso. Esto podría provocar un aluvión no ya de críticas, sino de malas tripas, como decía Alfonso Paz, bueno, Juan de Mairena.

—Está todo previsto —se iluminó la sonrisa de Luis Umbría—. En primer lugar, los psicólogos saben que los refuerzos positivos cuentan más que los estímulos negativos; vaya, la zanahoria más que el palo. Todas las decisiones sobre esta materia pueden ser explicadas y explicables. Hay que partir de que el Estado obra de buena fe. Las lagunas del servicio público son básicamente por saturación, no sólo en el caso de la línea telefónica, que es obvio. Si sabemos explicar esto a la ciudadanía, como repite nuestro Líder Modélico, las quejas no surgirán más que en los resentidos de siempre. No hace falta recurrir a la compensación económica por parte del Estado cada vez que los servicios públicos funcionan mal. No hay mala voluntad en ello. Es

un puro azar. Esta es la auténtica filosofía socialista. La gente va a estar encantada con el nuevo impuesto. A ver quién no pagaría gustoso un doble franqueo en las cartas si supiera que éstas van a llegar puntualmente a su destino. Pues así todo. En el fondo es la idea de la propina. La gente da propina en un bar o restaurante cuando queda especialmente satisfecha de la consumición, de la compañía, del ambiente. Es un dinero, éste de la propina, que se da con gusto porque acompaña a una satisfacción. Pues lo mismo en el caso del nuevo impuesto. Todo consiste en saber aplicar la psicología a la trama fiscal. Necesitamos menos ideología y más ingeniería del conocimiento. Esta es mi reflexión.

—¿Puedo discrepar? —se oyó la voz y se vio en seguida la imagen de Nicolás Cuadrado—. A mí esto, la verdad, me suena a la vieja tecnocracia. Como cuando el señor Umbría propuso lo de la obligación de una fotografía holográfica del interesado para incluirla en todas las instancias, recursos y demás papeles oficiales. La idea era la de crear una especie de monopolio oficial, dependiente del MTTT, para la expedición de tales holografías. Fue un fracaso porque pronto se comercializaron las maquinitas coreanas con las que cada uno se podía hacer, baratísimas, todas las holografías del mundo.

—Hombre —interrumpió colérico Umbría—, todos sabemos quién estaba detrás de las famosas maquinitas coreanas, así que mejor será no menearlo. En la sugerencia que acabo de hacer no hay nada tecnocrático, sino que es la esencia de la democracia participativa, el régimen original que nos hemos dado y que en este momento desean copiar tantos países.

—Todo eso está muy bien —arguyó el moderador—, pero estoy mirando la pantalla del retrograbador y su propuesta no recibe muchos votos. Vamos a ver. Apenas medio millón. Luego los sociólogos estudiarán de dónde proceden y los comentarios que emiten. De momento tengo que decirle que el juicio popular es éste. La gente no está convencida de que hay que pagar cada vez que le atienden bien en una oficina pública. No sabemos si es escepticismo o falta de espíritu cívico. De desagradecidos está el mundo lleno, señor Umbría. Vaya tomando nota. Vamos con el siguiente invitado.



# Joaquín Menina

**E**l veterano director del Instituto de Inmigración de la Subcomunidad Española es la viva representación de Trotsky, si bien un Trotsky rollizo y con una mirada entre triste e irónica. Su cargo le viene de su antigua profesión de demógrafo y quizá de su gran capacidad de comprensión del sufrimiento ajeno. Se le conoce más bien como novelista. Sus relatos son históricos e intimistas, de fácil lectura, con personajes en clave que han sido reales. Aunque ya hace años que dejó de ser presidente de la Autonomía Madrileña, su paso por ese cargo dejó buenos recuerdos. La que fuera catedral de la Almudena se llama ahora Auditorio Subcomunitario de Música Joaquín Menina.

Durante un tiempo, Menina representó una especie de reserva del ala crítica del antiguo PSOE y hasta estuvo en dudas de si incorporarse o no al Partido Laborista, pero esos tiempos oscilatorios pasaron. Lleva ya varios años alojado en Inmigración, un cargo eminentemente técnico y en todo caso pensado para una persona que, como nuestro personaje, es una mezcla de reformador social y de diplomático.

Los problemas de la inmigración son ingentes. Baste decir que la sede del Instituto de Inmigración de la Subcomunidad Española (IISE) necesita para alojarse todo el edificio de los viejos Nuevos Ministerios en el centro de Madrid. Ha parecido prudente no llevarse este organismo a Bailén por sus vínculos orgánicos con la Administración Comunitaria y por el peso de la inmigración en la autonomía madrileña. Un gran contingente de la última ola inmigratoria trabaja en las empresas de robótica situadas en el parque empresarial de Las Rozas-Cantoblanco. La subcomunidad española cuenta con más de cuatro millones de inmigrantes extranjeros, la mayor parte africanos (mayormente de Kenya, Sudán, Etiopía y países del África Central). A ello hay que añadir el contingente anual de niños que se «importan» (éste es el verbo que se emplea para la ocasión, sin demasiado rebozo) para su adopción: cerca de un millón en el último quinquenio. Las dos corrientes inmigratorias y el predominio de las personas de color ha provocado una fuerte corriente xenófoba. Todos los esfuerzos de Menina para contenerla han sido inútiles. La situación en Canarias resulta explosiva. En esa autonomía la mayor parte de la población es extranjera y de color. En Andalucía se plantea otro problema con un nuevo tipo de movilidad geográfica, la que protagonizan sobre todo los japoneses que vienen a residir aquí una vez que se jubilan. Su presencia no provoca furiosos racistas, pero sí problemas de ajuste. Por ejemplo, el territorio histórico de Almería es ahora prácticamente trilingüe: castellano, japonés y suahili (por la población negra).

Lo anterior sirve para situar tanto al personaje como el debate de la teleconferencia. En efecto, los problemas de la inmigración están muy relacionados con el «agujero fiscal». Es desproporcionado el volumen de servicios sociales que requiere una inmigración tan nutrida, sea de adultos o de niños.

Joaquín Menina fue el responsable de la publicación del *Libro Blanco sobre los Negros en España*, que se situó en las listas de los más vendidos durante el otoño del 2001. También estuvo en ellas, por cierto, la novela *Las senectudes socialistas* del propio Menina, una narración satírica sobre el acomodo social de los jóvenes protegidos por el Partido (se identifican, entre otros, a Javier de Guerra y Nicolás Cuadrado, *junior*). Ambos títulos provocaron un torrente de críticas y protestas. Aun así, nuestro hombre conservó la poltrona por su excelente relación personal con el caudillo Gómez. No todos pueden decir lo mismo. Se rumorea, incluso, que Menina ha escrito alguno de los discursos más líricos del Líder Modélico, por ejemplo, el de la recepción del Premio Nobel de la Paz, otorgado en 1994 después de los esfuerzos en pro de la unión de la OTAN con el Pacto de Varsovia. Oigámosle.

—Yo, como demógrafo, tengo que advertir que la curva de la población española ha llegado a la asíntota, es decir, ya no crece más. Se insinúa incluso que va a comenzar a decrecer. Llevamos ya cinco años en que ha habido más muertes que nacimientos (incluyendo en estos últimos a los niños importados para adopción). Esto significa que cada vez hay menos personas activas y, por lo tanto, menos



contribuyentes. De nada ha servido la política de munificentes subsidios al número de hijos. En realidad ésa ha sido una de las causas que ha disparado la actual crisis fiscal. Por lo tanto, se impone una corrección del problema en sus mismas causas. Hay que recoger un impuesto que al tiempo contribuya al aumento de la natalidad. Como es sabido, los modernos sistemas de control natal han quedado obsoletos por contraproducentes para la salud, así que la gente ha vuelto al clásico sistema del preservativo. Naturalmente, no son las engorrosas fundas de antaño, sino la película de látex extrafino producida en ausencia de gravedad en los laboratorios espaciales. La eficacia del nuevo producto (más biológico que químico) es tal que incluso se dice que las nuevas series de preservativos, prácticamente invisibles de puro finos, lo que hacen es aumentar la sensibilidad, amén de proteger al usuario de los peligros del sida. Visto este resultado, no debe extrañar que más del ochenta por ciento de las parejas en España se hayan habituado a este sistema. Su fabricación es un monopolio estatal y gracias a él hemos logrado que el ISI (el Instituto Subcomunitario de Industria, el antiguo INI) sea definitivamente rentable sin tener que recurrir a más enajenaciones de su patrimonio. Por lo tanto, es fácil la instauración de un impuesto por cada preservativo que se utilice. De esta forma se lograría otro efecto beneficioso. También es conocido el hecho de que los españoles somos cerca de treinta y ocho millones (descontando a los vascos, claro está, desde la última reforma constitucional), pero recibimos al año más de doscientos cincuenta millones de turistas. La relación es tan desproporcionada que se ha convertido en otra de las razones que han precipitado la crisis fiscal. Resulta que tenemos que disponer de unos servicios públicos pensados para los doscientos cincuenta millones de visitantes, aparte de la población española, pero con sólo siete millones de personas ocupadas. Se impone alguna corrección de esta desproporción. El impuesto sobre el preservativo viene a cumplir admirablemente ese requisito. Son muchos los turistas que aprovechan las vacaciones para una cierta licencia sexual o al menos para hacer uso del matrimonio a un ritmo algo más generoso que el normal. Ese desahogo se traduce en el mayor uso de preservativos. Dado que los nuevos preservativos espaciales son un artículo perecedero (hay que guardarlos en el congelador, por su estructura proteínica), se tienen que consumir al día. Es decir, los turistas tienen que comprarlos en España. El impuesto sobre el preservativo supondría una voluminosa renta para el Estado español, que, además, sería pagada en gran medida por la corriente turística. Es evidente la múltiple funcionalidad de un impuesto de esta naturaleza.

—¿Puedo intervenir? —era la voz ronca de Alfonso Paz—. No entiendo de mentiras estadísticas, pero sí sé que esa propuesta del señor Menina va a provocar indirectamente el aplauso del Consejo de las Iglesias Monoteístas, y que conste que yo soy miembro de la religión musulmana. Hay que mantener el principio de la

separación de las Iglesias y el Estado. Por eso mismo me temo que el impuesto sobre el preservativo iba a plantear muchos problemas de interferencia religiosa. No podemos, desde las instituciones del Estado, auspiciar la campaña de las Iglesias en contra de los preservativos. Lo que faltaba, castigar fiscalmente el uso de esos adminículos tan combatidos por las Iglesias, especialmente los «papistas» y los «aleluyas». Esto sería tanto como caer en brazos de la derecha.

—Nada de eso, señor Paz. Mi sugerencia se enmarca en una óptica de izquierdas, como una iniciativa en favor del proletariado. Es como el metro de Moscú, que es de la máxima calidad, pero al servicio del pueblo porque se ha hecho desde una óptica socialista. Pues esto es lo mismo. Nada hay más placentero que la cópula y en esto le doy la razón a lo que antes decía Luis Umbría, que los impuestos deben ponerse allí donde hay un acto satisfactorio. ¿Es que se imaginan un acto más satisfactorio que el que todos ustedes están pensando? No lo digo más claro en atención a que es la hora de máxima audiencia. Fíjense que no estoy proponiendo que el Estado se inmiscuya en la vida íntima de las parejas. Por eso se grava el preservativo, no el «acto» como tal. ¿Que todavía hay un veinte por ciento que no utiliza el preservativo? Peor para ellos. No gozarán tanto y correrán el riesgo de todo tipo de enfermedades. Ni siquiera se pueden justificar diciendo que quieren tener descendencia. Como saben, hoy casi todas las concepciones se realizan clínicamente, sin contacto corporal, por implantación e incluso ya algunas por donación. De esta manera el amor, el sexo, se ha desvinculado totalmente de la procreación. Esto es lo progresista. Si se me permite jugar con las palabras, diría que la demanda de preservativos es lo que los economistas llaman «inelástica», es decir, se consumen con cierta prescindencia del precio, sobre todo porque es muy barato. El ejemplo clásico es el de la sal, cuyo consumo es muy constante, sea cual sea su precio. Por cierto, esta razón es la que llevó a muchos Estados en la Antigüedad a poner un impuesto sobre la sal. En el caso que propongo, el impuesto se halla bien repartido y en gran medida lo pagan los extranjeros. Supongo que a las mujeres les gustaría advertir que es un impuesto que van a pagar los varones.

—Por alusiones, puesto que soy aquí la única mujer —interrumpió Rosa Marqués—. Vamos a ver si me explico. Fui alumna hace muchos años del profesor Menina y sé de qué pie cojea. Aunque él insinúe lo contrario (para conseguir más puntos en el retrograbador), este impuesto sobre el preservativo me parece a mí típicamente machista y bastante injusto. Sólo faltaba que a los hombres se les hiciera pagar un extra por «holgar» con sus compañeras. La insatisfacción femenina iba a llegar a cotas de verdadera desesperación colectiva. Si el impuesto es alto (y tiene que serlo para tapar el «agujero», no se rían, perdón por la alusión, quiero decir el «agujero fiscal»), decía que si el impuesto es alto, muchos hombres van a adoptar una actitud de «retirada». Esto significaría, de alguna manera, un inmenso y colectivo *coitus*

*interruptus*, simbólicamente, claro está. Todo lo más que se conseguiría sería el retroceso a la forma tradicional del acto sexual sin preservativo, algo que repugna a la psicología femenina porque restaría sensación de placer. Por todo eso la propuesta del profesor Menina es perfectamente machista. Entonces, no acierto a comprender cómo va a aumentar la natalidad con ese procedimiento. Lo que ya no veo por ninguna parte es cómo puede compararla con el metro de Moscú, esa horrende. Son ganas de hacer frases. Está bien que el señor Menina sea un *best seller* con sus novelas, pero en este caso la licencia de su prosa parece como demasiado. ¿Es que quiere volver a la situación de hace cuarenta años, la que relata precisamente en una de sus novelas? Hablando de novelas, a mí me parece que con lo de los preservativos espaciales nos acercamos al «mundo feliz» de Huxley. Lo que no ha dicho nuestro comunicante es que para la fabricación de esos adminículos se necesitan fetos humanos y hasta placentas humanas. No todo es tan «aeroespacial» como parece. Hay cierta sordidez en todo este invento, algo que repugna a toda mujer bien constituida.

—Mi querida Rosa, no es para ponerse así. Tú sabes tan bien como yo que ha sido la introducción de los nuevos preservativos espaciales o proteínicos lo que ha elevado la frecuencia del acto sexual en las parejas, hasta hace unos años entristecidas con la escasísima cadencia del «débito conyugal». Es más, los estudios dicen que, a causa de los nuevos productos, se logra un apreciable incremento de sensibilidad, lo que supone no sólo un refuerzo de la frecuencia de relaciones, sino una mejora cualitativa. Ante tales progresos, no estaría mal que el Estado se apropiara de una parte de esa «plusvalía sexual». Lo de las placentas, los fetos y todo eso no es más que sensacionalismo. Parece mentira que una socióloga caiga en esa trampa. Es cierto que se necesita un cierto compuesto hormonal como catalizador de todo el proceso, pero la materia prima consiste en desechos clínicos perfectamente reutilizables. Sobre todo no quiero extenderme más, por delicadeza. Lo del metro de Moscú viene a cuento en todo lo que sea proporcionar bienestar a un gran número de ciudadanos y ciudadanas, y nunca mejor empleado el doble género. El mejor indicio de que las cosas van a mejor es que la palabra preservativo ya apenas se utiliza y aún menos las otras más vulgares. En la publicidad se llaman ahora «reforzativos». Me parece muy bien el neologismo, pues se trata de subrayar el aspecto positivo, vigorizante. En resumen, que este impuesto se distribuye muy bien, satisface al usuario y no le duele mucho pagarlo. El balance es francamente positivo. A riesgo de pasar otra vez por machista o paternalista, yo le sugeriría a Rosa Marqués que hiciera un esfuerzo de imaginación para pensar un poco más en la situación de las mujeres que empiezan ahora su ciclo fértil.

—Bueno, bueno, señor Menina, absténgase de alusiones personales —suavizó el moderador—. Permítame un pequeño retoque. Dice usted que éste es un impuesto general, que se distribuye bien, pero claramente gravaría más a los jóvenes y nada a

los célibes. Esto puede provocar protestas en el estamento juvenil. Sólo le faltaba una cosa así a los sindicatos. Mejor pretexto para organizar insumisiones fiscales no lo iban a encontrar.

—Recojo la crítica. Las cosas se pueden ver también de otro modo. En efecto, los jóvenes pagarían más, pero también tienen más satisfacciones. Visto por el otro lado, la tercera edad (que ha de ser protegida, según la Constitución) tendría en este caso un respiro fiscal, que no sería nada malo. Respecto a los célibes, bastante duro es el celibato como para que encima les exijamos un impuesto. Insisto en lo acertado de mi idea. Lo único que me preocupa es que disminuya drásticamente (de acuerdo con la etimología que aquí ha quedado establecida) la frecuencia en el uso del matrimonio, o de la pareja, tanto da. Sólo sería un efecto ocasional. Confío en la naturaleza inelástica de esta demanda. Y perdón otra vez por el juego de palabras.

—Abundando en lo que aquí se está diciendo —terció Nicolás Cuadrado, gran amigo de los gerundios administrativos—, me parece que pasan ustedes por encima el problema real del descenso de la natalidad que a todos nos preocupa. Puede que a los empresarios no, porque así en el futuro disminuirá la presión salarial. Vosotros los técnicos algo tendríais que hacer para animar a las parejas jóvenes; si no, no sé lo que sería del futuro. Estoy con Rosa en que no veo cómo tu iniciativa pueda ayudar a elevar la natalidad.

—Para responder a lo que antes me preguntaba Rosa, el aumento de natalidad vendría precisamente porque más gente se preocuparía menos del sexo y más de la procreación —hablaba otra vez Menina—. No soy sospechoso de favorecer una política natalista y por eso mismo podrán confiar en lo adecuado de esta medida. Si el problema fuera sólo el descenso de la natalidad, la cosa tendría fácil solución. Lo demuestra este hecho. En la primera semana de marzo de 1992 se produjo un inesperado aumento en el número de nacimientos, algo así como un veinte por ciento más de la cifra media. La explicación es clara. Exactamente nueve meses antes, el primero de junio de 1991, se produjo una huelga general en todos los canales de televisión. Resulta significativa la covariación entre los dos fenómenos. Según eso, si suprimiéramos la televisión se lograría un aumento de los nacimientos, hasta ese punto somos todavía primitivos. La cuestión está en que la premisa no se puede cumplir, pero teóricamente indica que la conducta humana es condicionable. A mí personalmente lo que me importa es que la sociedad continúe, aunque sea con el mismo número de habitantes, más o menos, y aunque sea con una alta proporción de bebés «importados».

—Bueno —sentenció el moderador—, la propuesta está hecha y vamos a ver qué dice el pueblo soberano. ¿Cuántos están a favor del impuesto del preservativo, perdón, del «reforzativo»? No está mal, no está mal. Cinco millones y medio en números redondos. Tengan en cuenta que en este tipo de consultas más de la mitad

suele abstenerse. Así que cinco millones y medio es una buena marca, sobre todo si tenemos en cuenta que la base real es aquí la población adulta, ni viejos ni niños. No me disgustaría a mí un impuesto así, fácil de administrar, que lo pagan también los extranjeros y que se recoge todos los días. Pero sigamos, que todavía quedan más oradores y ya veo impaciente al señor Graznar. Su turno, Y, por favor, sean concisos porque todavía quedan muchos invitados por hablar.

# José María Graznar

**E**s el sempiterno presidente del PPPCDS, principal partido de la oposición. En realidad, el Líder Modélico no podría vivir sin él, tantas famosas agarradas dialécticas han sostenido ambos en el Parlamento. Después de tantos años de confrontación diríamos que se han fecundado mutuamente las mañas. La fama de Graznar creció cuando logró la fusión de los dos partidos anteriores, el Popular y el Centrista. Hay que reconocer en aquella ocasión la conducta generosa del antiguo presidente del Partido Centrista, Adolfo Soares, quien se retiró de la política directa para dirigir la prestigiosa Fundación Santa Teresa, en Ávila, volcada hacia el proyecto de comunicación con los habitantes de otras constelaciones (no de otras galaxias, como se ha dicho con evidente exageración).

A José María Graznar le acompaña una figura muy cuidada, atildada incluso. Calza zapatos de tacón alto y luce mostacho blanco, cada vez más ostentoso, que oculta la inmovilidad del labio superior. Es un cáustico orador parlamentario, que ha llevado adelante con gran brillantez más de una docena de votos de censura. El Congreso ha aprobado algunas de sus insistentes propuestas, como la constitución de un canal de televisión para retransmitir en directo los debates y trabajos de las comisiones parlamentarias o la presidencia de la magna representación española en la beatificación del cardenal Herrera Oria. Parece tan acostumbrado a su papel de líder del principal partido de la oposición que no sería fácil su acomodo como jefe del Gobierno.

Graznar es autor del libro *La ilusión de gobernar*, un superventas desde hace años, aunque las maledicentes lenguas de los críticos aseguran que su redacción se debió en generosa medida a la mano («negra») del periodista Federico Jiménez Laiglesia. Es uno de los pocos políticos que no se ha divorciado y que no ha forzado ninguna colocación para su mujer. Después de varios años de reiteradas solicitudes, logró que le habilitaran la antigua Casa de Velázquez (frente por frente de La Moncloa) como sede oficial de la oficina del líder de la oposición. Se opuso, testarudo, a trasladar esta oficina a Bailén. «Allí estará la capital, pero aquí está el capital», fue lo que dijo. A su oficina se la conoce, en la jerga periodística, como «el gabinete a la sombra», crítica que no parece incomodar a Graznar. Es más, él mismo habla de sus «ayudas» (éste es el nuevo terminacho) como «el Gobierno en la sombra». Lo es literalmente porque trabaja en un edificio que parece una prolongación de La Moncloa, paradójicamente ahora que desde hace algún tiempo no acoge ya al Presidente del Gobierno. Lo que no ha conseguido Graznar es que le dejen el complejo de La Moncloa como residencia del líder de la oposición, a pesar de que este cargo parece que va a ser en la práctica de carácter vitalicio. Es parte de la envidiable estabilidad que ha conseguido el régimen español.

Hay que reconocer el decidido patriotismo de una figura como la de Graznar, tan perfectamente acomodada a ese papel secundario. Quizá como contraste de su función vicaria, Graznar habla siempre de «nosotros». El plural es a veces mayestático, pero las más de las veces impersonal y hasta humilde. Virtudes son en estos tiempos de tan acusados personalismos. En Graznar los defectos son virtudes, y a la inversa, según como se mire. Por ejemplo, esa cualidad tan suya de saber escuchar, tan rara en un político. Su intervención en la teleconferencia fue técnica, fría incluso, pero terminante. Es su estilo. Gocemos de él.

—Señores, nuestras ideas al respecto pasan por un decidido propósito de reducir al máximo las funciones del Estado, un Estado que se nos ha hecho un Leviatán de las siete cabezas. Esto significa para nosotros menos gastos públicos y, por lo tanto, menos impuestos. Así, por ejemplo, está en nuestros planes la eliminación de casi todos los coches oficiales, excepto los de verdadera necesidad por razones de seguridad, no más de dos docenas en total. Hemos programado unos cursillos intensivos para que los altos cargos aprendan a conducir su propio coche. Antes de eso daremos avales para que puedan adquirir ese automóvil si no lo poseen ya. El

ahorro o la contención de la actividad pública no es sólo cuestión de símbolos. En nuestro programa figura, como es sabido, la supresión de algunos departamentos, como el de Represión Fiscal. En realidad, las labores que realiza ese ministerio, en su parte recaudatoria, bien pueden sustituirse por la iniciativa privada. Después de todo, la compleja operación de pagar los impuestos puede ser asumida por la red de gestorías y asesores fiscales. De hecho, ya es eso lo que funciona ante la maraña ininteligible de las disposiciones fiscales. Si esa red se completa con el sistema bancario, los bancos privados y la cuenta del Tesoro Público del Banco de la Subcomunidad Española, ya tenemos casi todo el mecanismo de tributación fuera del organigrama de Represión Fiscal, es decir, a un coste mínimo. Quedaría sólo la decisiva función de inspección de los tributos (permítaseme un prurito profesional, pues ésa es mi carrera original). Puede sustituirse por las auditorías, empresas que tienen cada vez más cometidos. No sería ajeno a su negocio la determinación de qué casos rozan la infracción fiscal. Sólo falta el complemento de la policía fiscal, pero ésta puede alojarse mejor con el resto de los servicios de seguridad.

—Perdóneme la interrupción —se asomó en la pantalla el moderador—, pero yo también tengo un prurito profesional. De modo que me quiere usted dejar sin trabajo.

—Antes de eso vamos a ganar las elecciones, vamos a reformar la Constitución y se van a quedar todos ustedes sin empleo —continuó imperturbable Graznar—. Lo malo es que, después de tantos años, ya casi no saben hacer otra cosa. Pero a quien vamos a dejar sin trabajo es al hipotético candidato de nuestro partido para este departamento de Represión Fiscal, que, por lo tanto, no lo tenemos. Así de claro. No es el único caso. En nuestro programa figura la supresión de seis ministerios, ocho secretarías de Estado y veintitrés direcciones generales. En compensación, sólo proponemos la creación de dos nuevos organismos: el Ministerio de Familia y Adopciones y la Secretaría de Estado para las Relaciones con las Minorías Étnicas. Representan los dos a sendos nuevos fenómenos de lacerante urgencia. Por lo demás, resulta ridículo que exista un portavoz del Gobierno con categoría de ministro.

—Todo eso está muy bien y lo repite usted en todas las campañas electorales —cortó esta vez tajante Morrell—, pero usted, a quien le gusta tanto empeñar su palabra, no nos ha dicho esta boca es mía sobre el asunto que nos convoca. ¿Qué nuevo impuesto va a sustituir al de la renta?

—Si no me deja explicarme, no se lo voy a poder decir —cortó Graznar, al tiempo que se le escapaba una incomprensible risita nerviosa—. Este es un asunto técnico que no puede dilucidarse de esta forma demagógica y populachera. Lo populachero siempre ha sido la caricatura de lo auténticamente popular. Nuestra idea es que para proponer un nuevo impuesto, aunque venga a sustituir a otro que fenece, tenemos que tener clara cuál es la capacidad que posee el Fisco de aumentar el esfuerzo impositivo. Tengo que referirme aquí a una noción técnica, pero es

imprescindible. Es la famosa constante de Michaelis, por el nombre del famoso Premio Nobel de Economía de hace dos años. Así como hay una constante de Plank en el universo, hay esa constante de Michaelis en el pequeño universo de la recaudación fiscal. Viene a decir que si multiplicamos la presión fiscal por la incertidumbre en la propensión de los contribuyentes a ocultar y dividimos todo ello por el producto de la represión fiscal y la incertidumbre de la actividad de los inspectores, el cociente tiende a ser constante, sean cuales sean los valores reales. Si tuviera un tablero lo explicaría mejor. Es decir, que si subimos el numerador (porque aumenta la presión fiscal —dato objetivo— o porque se alza la incertidumbre en la ocultación —dato subjetivo—) tenemos que subir también el denominador. O lo que es lo mismo, a más presión fiscal más represión fiscal, corregida por la incertidumbre de la actividad inspectora. En la práctica quiere esto significar que Hacienda no puede aumentar la presión fiscal más que a costa de una pérdida de eficacia y aun de legitimidad. Es inútil, por lo tanto, diseñar nuevos impuestos. Los tiranos son pronto derrotados por su propia arrogancia. Para expresarlo en términos de mayor elegancia estadística, aplicaré aquí el no menos famoso teorema de Almond: «Todo incremento de la recaudación fiscal es directamente proporcional al gradiente de cuota por el empuje de la acción represiva e inversamente proporcional al cuadrado del PIB que desaloja». Así que nosotros somos muy pesimistas respecto a esas pretensiones que ustedes tienen de aumentar sin más la presión fiscal. Si se ha autoliquidado el impuesto sobre la renta, ello se debe a razones de equilibrio homeostático. En términos más populares, que no hay más cera que la que arde. Si desaparece un rubro de la exacción fiscal no queda más que una solución: bajar el gasto público de manera drástica. Esto es lo que nosotros proponemos y así lo hemos venido prometiendo en las varias campañas electorales. Que el electorado cree cada vez más en esa palabra que hemos empeñado, se demuestra en el hecho de que no hemos perdido votos.

—Ya salió lo de la «palabra», palabrita del niño José María —el que hablaba era Alfonso Paz—. Ya que se pone usted erudito, tengo que decirle que en el turco moderno hay una voz para mentiroso, que es *palavra*. La voz es una incorporación del ladino, lengua de los judíos españoles de Estambul. Por lo visto, la gente les oye decir siempre *palavra, palavra* al tiempo que mienten descaradamente en los tratos comerciales. Así que ustedes siguen repitiendo lo de la «palabra» como eslogan electoral desde hace una docena de años y así les va. No han perdido votos porque se han fusionado dos partidos y encima en los comicios logran la estratagema de presentarse en coalición con los pequeños partidos regionalistas. A ver si se enteran, si ustedes siguen políticamente vivos es porque nosotros no queremos aparecer como partido único. Prefiero la crítica que nos hacen por ahí, que nosotros estamos subvencionando al PPCDS y a los grandes expresos europeos.

—Alto ahí —bramó el moderador—. No tolero esas alusiones improcedentes que



se desvían totalmente de nuestro tema. Esto no es una campaña electoral, señores míos. Siga usted, señor José María, y perdone.

—Ya que hablamos de elecciones, diré que también tenemos un plan de reducción del gasto público. No es sólo por ahorrar, por ser más eficaces, sino por aumentar la legitimidad democrática. Cuando llegemos a responsabilizarnos del Ejecutivo (después de derogar la nueva cláusula infamante de la Constitución que habla de la magistratura vitalicia del Presidente), vamos a ceder la función de organizar las elecciones, el censo, el escrutinio, la comunicación de resultados y todo lo demás a las comisiones voluntarias de ciudadanos que se organicen al efecto. Podrán participar, como es natural, los medios de comunicación, las empresas de sondeos y los partidos, pero todo ello a nivel privado. Sólo se reservará al Estado una función inspectora y supervisora, pero dependerá del Poder Judicial, no del Ejecutivo. Los jueces, ya se sabe, son extraordinariamente austeros. Por aquí vamos a ahorrar también un buen pellizco. Si sumamos todas las economías propuestas, no hará falta sustituir el impuesto sobre la renta por otro nuevo. Esta es nuestra opinión, como pueden ver, la más radical de todas.

—¿Puedo? —insinuó con falsa timidez Alfonso Paz—. Sólo le falta decir al líder de la derecha que es una propuesta anarquista. Así tendríamos ya completa la maravillosa confusión. Así que ustedes quieren ir debilitando el Estado para que engorden todavía más los peces grandes. No me extraña que sigan siendo ustedes el principal partido de la oposición *per saecula saeculorum*. En el fondo han sido las presiones de su partido y las de los grupos que hay detrás lo que han provocado la ruina del erario público al subir sin parar las asignaciones por cada hijo, de sangre o adoptado. Ya sé que la decisión ha sido nuestra, no me haga muecas. Pero las decisiones políticas no se toman en el vacío. Nosotros hemos sido respetuosos con las legítimas presiones de la sociedad civil, pero ahora añado que esas presiones se han visto fundamentadas por las prédicas de la sociedad religiosa. También es curioso que se preocupen por la familia los que no son capaces de fundar una.

—Mire, hasta ahí podríamos llegar —gritó enfurecido Graznar—. Ya está bien de anticlericalismo trasnochado. Comprendo que usted alardee de haber mantenido varias familias al tiempo, pero su desordenado ímpetu genésico no le da derecho a ridiculizar la libre vocación por el celibato de tantas personas dignas. Es usted académico de la lengua, pero de la lengua venenosa.

—Calma, señores —moderó el moderador, al tiempo que extendía las manos con gesto sacerdotal, que tan bien se correspondía con las alusiones del debate—. Nos estamos yendo del tema, que es muy concreto. Llevamos muchos años discutiendo estas cosas y esto no es una moción de censura de las de antes, ni un debate electoral. Nos convoca un asunto técnico serio. Comprendo que el líder de la oposición se resista a sugerir un nuevo impuesto. Está en su derecho, aunque en mi opinión lo

suyo es la tradicional insularidad de la derecha. Sus razones tendrá, sus razones y sus intereses. Pero éste es el pluralismo que nos hemos dado y que protege tan celosamente nuestro Líder Modélico, que por eso es y debe ser vitalicio. La ciudadanía tiene derecho a conocer el abanico completo de todas las opiniones. Hemos escuchado el contraste del principal partido de la oposición. En realidad, no nos aporta ninguna salida a nuestro dilema. Gracias de todos modos, para que se vea que no somos arrogantes. Nuestro próximo invitado...

—Cuestión de procedimiento —de nuevo se oyó la risita a destiempo de Graznar—. Parece que se le ha pasado el trámite de la votación. Es un curioso olvido que los televidentes sabrán apreciar.

—Perdone, en este punto tiene toda la razón. Entonces, veamos la pantalla, eso, que ya está terminado el cómputo. No está mal, ocho millones y pico de votos. Más de los que se podría esperar. Hay que tener en cuenta que se trata de una propuesta demagógica. Todo el mundo es partidario de que le rasquen los bolsillos lo menos posible. Pero a ver quién es el que se sentiría a gusto con las calles sin asfaltar. Luego son ustedes los que más se quejan de la inseguridad ciudadana y todo eso. Ahora sí que tenemos que pasar a la próxima intervención. Vamos de un extremo a otro.



# Julio Laguita

**A**ntiguo comunista, desde hace bastantes años lidera el partido Izquierda Federada, el que sus miembros consideran como el «auténtico socialismo». Famoso parlamentario, en los primeros años noventa fue el terror de las mociones de censura, hasta que éstas fueron suprimidas por la reforma constitucional del 94. Su oratoria es un tanto curial, como lo es su físico y sus ademanes. Conserva el apelativo de «el Califa», que le pusieron de joven, y el de «el Predicador», que se ha ganado después, acaso por la similitud con esa imagen extraída de las películas del Oeste. Con el tiempo, y en contra de lo que suele suceder, ha ido radicalizando sus posturas. Así, ha sido el portaestandarte de lo que sus adversarios llaman las «causas perdidas»: la supresión de las fuerzas de paz y seguridad, el llamamiento a la dejación de las armas en la guerra de África, la propuesta de reparto de los solares no edificados. Su gesto más criticado fue el viaje que realizó en 1997 a Indonesia después de que ese país se convirtiera en una terrible amenaza totalitaria no sólo para sus vecinos, sino para todos los continentes, a través de un minucioso plan de guerrillas y movimientos terroristas. Así mismo se le han criticado sus devaneos con la Organización Sufita (él dice siempre Sufí), en la que militan precisamente dos renombrados escritores españoles, Juan Goytisano y Fernando Sánchez Escarbó. Sus posiciones extremas le han llevado a una creciente notoriedad. Después de Gómez, es la figura política más conocida. No obstante, su partido ha ido perdiendo votos quizá como consecuencia de la radicalización de su programa. Es más que nada un partido testimonial, parecido en esto al Partido Laborista, con el que algunas veces se coaliga. Izquierda Federada recibe el apoyo de los llamados «movimientos monotemáticos», los que polarizan sus objetivos, como Amigos de la Bicicleta, Eutanasia Activa, Drogas Libres, Asociación de Profesionales Africanos, Federación de Padres Adoptivos. Algunos expertos icónicos aseguran que la pérdida de votos tanto de Izquierda Federada como del Partido Laborista se debe a lo escueto de sus siglas. A los españoles les gusta la tradición de los partidos con larguísimos nombres, como el de FET y de las JONS o ahora los dos partidos centrales, PSNNTSE y PPPCDS.

Con independencia de los avatares del partido que dirige, nos encontramos ante un hombre con un aura de honradez personal. Es el único líder que ha rechazado el helicóptero oficial y los escoltas a que tiene derecho. Vive con extrema modestia. Se cuenta que en el Congreso suele abonar el gasto particular que hace de ciertos servicios, como el videófono.

Laguita es el prototipo de «verdadero creyente», lo opuesto al político pragmático, que es el que domina en el ruedo político español. Así, por ejemplo, se recuerda su firme oposición a la fusión del Pacto de Varsovia con la OTAN, un paso que propuso el partido oficial y que apoyaron con entusiasmo los centropopulares. Otro rasgo curioso de su actitud es que también se opuso a la reforma del Código Civil que instituía la poligamia. Todavía más llamativa ha sido su protesta contra el «Programa de aborto gratuito para adolescentes» que ha llevado a cabo el Ministerio de la Salud. La gran paradoja de su conducta es que precisamente, por extremar sus posiciones radicales, permite que muchos votos de izquierda pasen a engrosar el activo político del PSNNTSE. Como «aliado de los socialistas» le suelen tratar los líderes de la derecha y en general los medios de comunicación. Esta imagen es algo que le enerva y que vuelve a alimentar su radicalismo. Lo sorprendente es que el liderazgo del partido se nutre de las defecciones que se van produciendo en el partido oficial, no porque dejen de ser socialistas, sino porque quieren serlo de modo más verdadero. Oigamos ya su exaltado verbo, como se decía antes. En su caso le corresponde la frase hecha, tan pretérita parece su oratoria.

—Nosotros no andamos con medias tintas, ni con cuartos de tintas. Somos la alternativa verdaderamente socialista al Gobierno de Bailén y nuestro objetivo es que, desde la cuna a la cremación, el Estado abone todos los gastos necesarios para una vida digna. Estamos en contra de las reprivatizaciones, como las que se acaban de hacer con las cárceles o los tribunales de justicia. Vamos a propiciar el carácter público que deben tener muchas actividades hoy privadas, como pueden ser los

servicios turísticos, la pesca, la agricultura de plantación, la exportación de jarabe de mangola, la robótica y las yogurterías. También es curioso que esos renglones más productivos de nuestra economía dependan de los particulares, mientras que hemos nacionalizado los capítulos menos rentables, como la red de trenes monoviga. Ya saben mis teleconferenciantes a dónde voy a parar. Llevo muchos años diciéndolo y lo diré una vez más: el Estado tiene que ser la empresa más rica y más rentable porque es la única nuestra.

—Ya, en eso estamos todos —interrumpió el moderador—. Pero ahora díganos cómo se financia ese Estado cuando una de las principales fuentes de ingresos públicos se nos acaba de agotar.

A eso voy, compañero —prosiguió Laguita con la sonrisa más simpática—. Nuestras reformas no pueden ser parciales, sino omnicomprendivas. Nada más nacer o ser adoptados, a todos los niños y niñas se les proveerá de una pulsera de identificación fiscal. En ella figurará el código de barras de los datos biográficos, que se irán actualizando todos los años a partir de la mayoría de edad. Les recuerdo que IF es partidaria de rebajar la mayoría de edad a los diez años. La única concesión que hacemos al negocio privado es que el Estado regalará un solo modelo de pulsera en acero niquelado. Si se desea una versión en plata o en oro, la diferencia tendrá que ser abonada por los padres o representantes legales del nuevo ciudadano o ciudadana. Esa pulsera servirá para entrar y salir del país, para acceder a los cargos públicos, para votar, para utilizar los servicios públicos, para pagar los impuestos. Nuestra idea capital es que la tímida progresividad, que caracterizaba al antiguo impuesto sobre la renta, se amplíe ahora a todas las transacciones comerciales, a todas las fuentes de ingresos. La pulsera determina el rango económico de la familia de origen y luego, con las sucesivas muescas electrónicas, los cambios en la familia o familias de fundación. Ese dato resulta imprescindible para gravar de distinta manera a unos y a otros en el momento de cobrar o de gastar cualquier cantidad. Esos flujos dinerarios llevarían una tasa variable y progresiva según el estatus correspondiente. Sólo se haría una excepción con los servidores de la política. Estos últimos tendrían el derecho a pagar la tasa mínima, aunque en mi caso personal yo me someto a la tasa que me corresponda según mi pulsera.

—Hombre, permítame —el que hablaba era Luis Umbría—. Le encuentro a usted anclado en el siglo veinte. El mundo no va por ahí, por lo menos el mundo fuera de Indonesia y su zona de influencia. ¿De modo que los yogures costarían distinto precio según fuera la renta familiar del consumidor? Eso sólo se le ocurre al que asó la manteca. Me figuro yo al niño-pijo diciéndole al niño-pobre: «Toma dos ecus y cómprame tres yogures con tu pulserita; uno será para ti por el servicio». Es decir, lo que ustedes van a propiciar es más trampas, por si tuviéramos pocas.

—Le citaré un dicho popular, ya que parece usted muy aficionado al género:

«Cree el ladrón que todos son de su condición». En la sociedad que nosotros vamos a dirigir no habrá mucho lugar para la trampa porque la educación popular será la actividad más mimada por el Estado y no sólo a través de la CEM, sino de manera individualizada, como toda la vida de Dios se ha venido haciendo. En esto somos muy tradicionales. Pero déjeme continuar, señor mío, que aún no he dicho lo fundamental. El diseño de la pulserita, como usted dice despectivo, no es más que un recurso psicológico. Lo esencial es la disposición del Estado a conseguir la mayor dosis de igualdad y de educación. Eso sí que convendrá usted conmigo que van a ser valores del siglo veintiuno. La política de izquierdas está para educar a la gente y no para darle la bazofia ideológica que ustedes le dan. Señor Umbría, que nos conocemos todos desde hace muchos años. Yo soy un nacionalista auténtico y creo en el Estado como un instrumento de perfección de la sociedad. Qué le voy a hacer, tengo el mal de Hegel, pero con la cabeza donde debe estar. Si ustedes no han logrado ese Estado, la responsabilidad no es del todo suya, sino del pueblo que se ha dejado engañar una y otra vez. Lo de ustedes no es un Estado, es una satrapía como la de Ciro el Grande, ya me entiende usted con quién lo comparo. Y luego critican ustedes a los indonesios. Por lo menos ellos han instaurado un gobierno fuerte, pero con la idea de sacrificar una generación para la liberación de todas las demás que puedan venir. Por mi condición de historiador creo que hay que ver las cosas con una larga perspectiva y no aplaudo ni condeno lo que está pasando en Indonesia. ¿Que algunos indonesios quieren parecerse a los países capitalistas? Creo que están bajo el síndrome de la sociedad de consumo. Donde hay discusión ideológica hay vida. En cambio, el partido del largo nombre que usted representa no es más que una tapadera de los intereses de siempre. Hace tiempo que es una momia ideológica. En el mejor de los casos se trata de una sociedad anónima de altos cargos con un capataz que sabe contentar perfectamente las apetencias de todos ustedes.

—Permítame una llamada al sentido común —interrumpió Graznar con su forzada risita—. Ya estamos con el cuento de que los socialistas que nos gobiernan hacen lo contrario de lo que harían los de IF si accedieran al poder. Este es el falso dilema que tiene entretenido al público. La verdad es que unos y otros pertenecen a la misma carnada. Unos se dicen socialistas participativos y otros socialistas verdaderos. Paparruchas. Son todos del mismo pelaje. Unos y otros exprimen a las familias modestas para que puedan seguir viviendo bien unos cuantos, incapaces de aplicar su inteligencia a una actividad profesional cualquiera.

—Por ahí no paso —vociferó Laguita con cara de iluminado, realizada por su gran barba blanca de rabino—. Cuántas veces voy a repetir que nosotros no tenemos nada que ver con los falsos socialistas. La diferencia entre los dos es tan abismal como la que puede existir entre el califato de Córdoba y un reino de taifa, entre la severidad romana y, qué les diría yo, cualquier bacanal en honor del dios Moloch. Lo que pasa

es que el pueblo español se enamoró, allá en su lejana juventud, de un Felipe Gómez y apostó por él, por el cambio. Y en una historia de amor y desamor, este último tarda mucho en cuajar como ruptura definitiva, como vemos en tantas parejas. Después de tantos años hay por fin un montón de gente que está en desacuerdo con la política del falso socialismo, pero no se atreven a dar el paso del divorcio. Y ahí está nuestro trabajo, en que el desamor cuaje en ruptura y apueste por un nuevo amor, una nueva opción, que es la que nosotros ofrecemos como una liberación.

—Estoy siendo muy tolerante para que luego no me acusen de dictador —se introdujo quedo y suasorio Morrell—. Señor Laguita, no me obligue a darle el zumbido. Nos estamos alejando del tema y el sponsor puede quejarse y la audiencia dormirse. Todo lo que usted dice se lo hemos oído por activa o por pasiva en las últimas campañas electorales. Ahora comprendo que son demasiadas elecciones. Por favor, cambien ustedes de disco. Y sobre todo deje usted ya ese aire mesiánico, que el fin de este milenio no va a ser el valle de Josafat.

—Me llaman ustedes mesiánico porque estoy en la altura donde reside la ética, la dignidad, la vergüenza. Esa acusación de mesianismo me llena de honor. Me preocuparía si ustedes me alabaran.

—Mire, señor Julio, esto lo voy a cortar. Es usted impresentable y agradezca al Líder Modélico que le haya invitado a esta privilegiada tribuna. No me queda más que consultar el retrograbador, aunque ya ni me acuerdo qué es lo que se vota. No pretenderá usted muchos votos con la vaga propuesta de subir los impuestos a todo el mundo y encima con la pulserita. ¿A ver? Un millón de votos, pocos más, es decir, los que consigue usted en las consultas electorales y basta. Esto es lo malo de la democracia, que a los mesías se les recuerda que son de carne y hueso. Hay que continuar, que se nos va el tiempo.





# José Rodríguez de la Burbuja

**H**ace honor a su nombre este personaje hinchado de vanidad, extravertido, verbomotor. Incorpora un estilo de hacer política rumboso, de altos vuelos, simpático. Durante algún tiempo fue presidente de la Autonomía Andaluza, hasta que cayó en desgracia en los círculos de Alfonso Paz. Su amistad con el Líder Modélico le valió el título de embajador *at large* para promover los productos españoles, si bien él se cuidó de favorecer sobre todo los productos andaluces. Sus relaciones más fructíferas han sido con el Japón, país que envía a España un gran contingente de turistas y residentes. Hay en marcha una operación para «montar» (ése es su verbo) las procesiones de Semana Santa al estilo andaluz en toda Iberoamérica e incluso en Filipinas y Japón. Burbuja ha conseguido que todos esos «montajes» (incluyen la Feria de Sevilla, los Sanfermines y las Fallas, entre otros espectáculos populares), que difunde por el mundo entero, paguen pingües regalías, una especie de exportaciones invisibles de una activísima economía de servicios como es ya la española.

Burbuja ha sido acusado de corrupción, como tantos otros, pero sin demasiado fundamento. Hay que tener en cuenta que su imaginación comercial le habría proporcionado mucha más riqueza si hubiera prestado sus servicios directamente a las empresas privadas. Por otra parte, nuestro personaje procede de una familia acomodada. El que haya aumentado su fortuna personal es un hecho que sólo debe mover a la admiración y no a la envidia. Si bien se mira, una clase gobernante enriquecida, como la que ahora tenemos, es la mejor garantía contra la tentación de seguir robando. Esto es lo que ocurriría probablemente si se diera paso a una oposición de medio pelo como la que desde hace bastantes años se desgañita entre nosotros para acceder al poder. El hecho de que el electorado siga votando a los mismos, elección tras elección (bien es cierto que con un porcentaje de abstención que últimamente supera el sesenta por ciento), indica la inmensa sabiduría popular. Precisamente a Burbuja se debe el acierto del famoso eslogan «La subcomunidad española, donde su dinero se multiplica», que tantos beneficios ha reportado a las Bolsas españolas, en este momento entre las más florecientes del mundo.

A lo largo de su dilatada carrera, Burbuja ha tenido que sortear numerosos obstáculos y calumnias de sus oponentes. Por ejemplo, de vez en cuando los periodistas recuerdan con especial acrimonia la cena de gala que dio el presidente Rodríguez de la Burbuja a la Asamblea de las Naciones Unidas, reunida en San Francisco con carácter extraordinario en 1995, para celebrar el quincuagésimo aniversario de la constitución de la organización. Nada menos que dos aviones Antonov-225 (el modelo más grande del mundo) fueron fletados desde el territorio histórico de Sevilla con su valiosa carga de langostinos y jamón de Jabugo, entre otras delicias. El problema se planteó con los numerosos representantes musulmanes para quienes el perrillo de la sierra andaluza representaba una afrenta religiosa. Por desgracia, el cambio de clima en el último quinquenio ha acabado con la producción de jamón serrano en España, ya tan mermada por la epidemia de 1994. Esto ha sido un duro golpe para la campaña que había «montado» Burbuja para introducir en el mundo islámico un nuevo tipo de jamón *light*.

Hay mil anécdotas. Más grave fue el suceso de la famosa «Blanquiverde», la lotería andaluza, idea personalísima de nuestro personaje, para oxigenar las finanzas de su maltrecha autonomía. El éxito de la operación fue grande hasta que se comprobó que los mayores premios recaían, por extraño azar, en los billetes que habían adquirido (antes o después de ser premiados, nunca se sabrá) determinados amigos de Rodríguez de la Burbuja. Hubo que llamar al catedrático de Econometría de Málaga para que calculara la probabilidad de que tal cosa hubiera sucedido por las leyes estadísticas. Después de este informe se prohibió dar publicidad sobre los números agraciados, pero la medida terminó por arruinar la dudosa lotería.

Por encima de todas esas historias —en parte una creación de los medios informativos— lo cierto es que Burbuja y sus «montajes» representan un modo de conducir los asuntos públicos que conecta bien con la idiosincrasia española. Este es un país que premia la simpatía y eso explica que seamos, como ha dicho el Líder Modélico, «la encrucijada mundial que atrae turistas, inmigrantes y capitales». Habla el principal embajador de esa empresa colectiva, por lo menos el más locuaz.

—Yo creo que en política no hay que preocuparse tanto del ingreso como del

gasto. La prueba no hay más que verla. Casi todas las huelgas, manifestaciones y protestas lo son por algún colectivo que se queja de que los dineros públicos no se destinan a un uso correcto. También hay que decir que los andaluces sabemos gastar con gracia y ese estilo lo hemos llevado a la política autonómica y a todas las instancias que hagan falta. Este debate lo veo yo una mierda artificioso. Si no se saca dinero con el impuesto sobre la renta de las personas físicas, pues aplíquense las cuotas y los tipos a las personas jurídicas. Si el Estado no tiene dinero suficiente es porque no lo gasta bien y porque hay mucho en lo que gastar. Vamos a cuentas. Todo el mundo sabe el dineral que está costando el «efecto invernadero» sobre nuestro territorio. El proceso ha avanzado tanto en los cinco últimos años como se había previsto para un siglo. Empezó con la broma de que ya no había inviernos, ni nieve en las pistas de esquí. El hecho es que el planeta se está calentando y, entre otras consecuencias, el nivel del mar ha subido de cuatro a seis metros, según las zonas. Para Sevilla eso es una bendición, porque ahora es un gran puerto natural, con una inmensa rada, pero se han anegado los barrios ribereños de bastantes ciudades (Barcelona, Valencia, Málaga, Almería) y algunas ciudades enteras, como Cádiz, han desaparecido. Esta ha sido la gran tragedia que ha empeñado la, por otra parte brillantísima, singladura socialista, pero el mal es global y no es achacable a ningún gobierno. Hay aspectos positivos, como la transformación del clima, que ha pasado a ser cálido en la mayor parte de la subcomunidad, lo que nos permite exportar café, cacao, ron y otros productos antes «ultramarinos». El mundo entero fabrica mangola a partir del jarabe español, un resultado de la excelente agricultura biológica que ha promovido personalmente el Líder Modélico. Pero, en conjunto, la transformación agraria y la contención de las aguas en las ciudades costeras ha provocado un alza importantísima en el gasto público. Me extraña que nadie haya mencionado un factor tan destacado en este debate. Si no es por esta razón, no se habría planteado, de la manera que lo ha hecho, el tema del «agujero fiscal». No sólo ha actuado el tirón de las desgravaciones familiares, sino que se han multiplicado las subvenciones a las empresas para paliar los efectos de la reestructuración climatológica. Si no se analizan las causas, mal andarán los remedios.

—Señor Rodríguez de la Burbuja —cortó solícito el moderador—, todo eso ya lo sabemos. Vaya usted al grano. Este es un debate para plantear soluciones. ¿Es que no trae usted escrita la suya?

—A eso voy, querido moderador, a eso voy. A los andaluces nos gusta improvisar, véase si no lo bien que funcionan las procesiones de Semana Santa en Sevilla, que de un día para otro no se sabe cómo van a salir y al final salen. Lo mismo decían de la Exposición del 92 y ahí tienen, Sevilla se convirtió en esa fecha en la capital del mundo. Creo que vale la pena el moderado déficit que tuvimos con la Expo y que, aprovecho para recordarlo, todavía está sin pagar. Espero que nos sigan ayudando en

Bruselas. Hay otras compensaciones. En este momento, la tradicional Feria de Abril se está montando en veintitantos países y todos pagan royalties por eso. Además, la nueva costumbre constituye la principal vía de penetración de nuestros productos. El ron de Jerez y o el café de Córdoba son productos que empiezan a estimarse en todas partes. Todo eso se ha hecho con improvisación, pero con imaginación. Téngase en cuenta que el cambio de cultivos ha tenido que hacerse de la noche a la mañana. De nada vale reunir a los técnicos o realizar impresionantes estudios estadísticos. Aquí hay que echarle gracia, que quiere decir que Dios la reparte gratis.

—De acuerdo, señor Burbuja —esta vez el moderador acusaba la impaciencia; sudaba—. Pero díganos ya en qué consiste su iniciativa. ¿Qué nuevo sistema de recaudación fiscal propone usted?

—Insisto en que lo importante es la manera de gastar el dinero público. En esto hay que ser rumbosos porque gracias a ello recibimos al año doscientos cincuenta millones de turistas y sólo en Andalucía viven permanentemente dos millones de japoneses, cada vez más longevos. Aquí está la clave del problema y de la solución. Yo siempre que viajo encuentro que todo es más caro fuera de España. ¿Por qué vamos a tener nosotros unos precios tan bajos? ¿Para que, en lugar de doscientos cincuenta millones, vengan trescientos millones de turistas y de residentes extranjeros? Con las ciudades costeras anegadas esto es un disparate. Yo propongo reducir el número de turistas y de residentes extranjeros a doscientos millones (que ya está bien) y que éstos sean más rentables. ¿Cómo? Facilísimo. Que cada uno pague al entrar en España dos mil ecus, es decir, el equivalente a una noche extra en un hotel de tipo medio. Para cada uno de los visitantes este gravamen no es nada y de todas formas muchos se conformarían con dormir en un «hotel-nicho» de los que hay tantos en torno a los aeropuertos. Multipliquen y verán que con ese simple dispositivo recaudatorio lograremos rellenar el «agujero fiscal». De paso, reduciremos el hacinamiento que provoca el turismo masivo, lo que no es poco. Sobraría incluso dinero para financiar algunas obras públicas necesarísimas, pongo por ejemplo el nuevo aeropuerto de Ciudad Real, que serviría tanto para Madrid como para Bailén. Téngase en cuenta que el aeropuerto de Barajas-Torrejón está ya saturado y rodeado de edificios por todas partes. Cualquier día va a haber una desgracia. Remacho, hay que saber gastar. Esa es la gracia de la política, y perdón por la reiteración.

—Un momento —alzó la mano Georges Maura—. Tengo algo que decir. Me parece impresentable que se proponga un impuesto sólo para los extranjeros. Luego nos quejamos de la broma esa que nos tacha de «nacional-socialistas». No se puede extremar el chovinismo de esa manera. Toda la economía española respira hoy porque tenemos doscientos cincuenta millones de turistas y varios millones de residentes extranjeros, que no hacen más que consumir, aunque sea «hoteles-nicho». Entonces, disuadirles de que vengan sería el cuento de la gallina de los huevos de oro.

No, no, señor Burbuja, no estoy diciendo que sea usted, ni nadie, la gallina de los huevos de oro. Es una metáfora, una fábula. Quiero decir que en el mundo en el que estamos, ya sin fronteras económicas, no se pueden poner portazgos a los intercambios humanos. Sería como volver a la Edad Media. Qué curioso que sea nuestro flamante y flamboyante embajador *at large* el que promueva una política de cerrazón nacionalista. Hay que elegir: o se es nacionalista o se es socialista. Las dos etiquetas, si se juntan, se comprimen en una sola: nazis. Yo los he sufrido de verdad.

—Esto es intolerable —gritó, gesticuló y manoteó Burbuja—. Yo no he venido aquí a que me insulten. Comprendo que el amigo Georges se sienta extranjero, pero eso no le da pie para utilizar ese lenguaje abusivo. Deme usted razones, no denuestos. Ya sabemos que a usted no le gustó nunca la nueva denominación del Partido, pero eso esconde una crítica a nuestro Líder Modélico que no podemos tolerar. ¿O es que usted hubiera preferido que se llamara Partido Socialista Unificado?

—Bueno, bueno —terció el moderador moderando—. Estamos dando el espectáculo. Que es en directo, señores. Está bien que haya pluralismo interno y todo eso, pero sin denigrar. De todas maneras, el veredicto final lo dan los retrograbadores. No falla. Vaya, esto va bastante deprisa. Cuatro millones, cuatro millones y pico. No está mal. Algo de nacionalismo sí que hay. Por lo menos es legítimo pensar en la tasa turística. La verdad es que existe ya en otros países y no pasa nada. Por lo menos contendríamos un poco el hacinamiento, que empieza a ser agobiante. La descongestión que ha supuesto la nueva capitalidad del Estado en Bailén y el Museo del Prado en Cuenca no significa mucho cuando se piensa que el territorio histórico de Madrid (prácticamente todo él una gran ciudad) va a superar pronto los siete millones de habitantes, casi la mitad extranjeros. Bueno, me estoy extendiendo en cosas sabidas y ya veo que el señor Tomillo está nervioso. Tiene la palabra y la imagen.

# Carlos Tomillo

**E**s el eterno, inevitable, ministro de Agricultura, Pesca y Nutrición desde hace no se sabe cuántos años. Le tocó la interesante fase de los bruscos cambios climáticos, que han hecho de la mayor parte de España un vergel. En este momento somos los principales exportadores mundiales de mango, papaya, cacao, ron y otros productos naturales de la agricultura subtropical. El zumo de mango o mangola, comercializado por una multinacional hispanoportuguesa, ha pasado a ser la bebida mundial, sobre todo después de las leyes restrictivas del alcohol promovidas por la FAO y adoptadas por la Comunidad. Bien es verdad que importamos casi toda la carne y la leche que consumimos (productos que proceden de los países escandinavos), pero, como suele señalar Carlos Tomillo, «el balance alimentario es enormemente positivo». Es ese saldo lo que le ha hecho atornillarse a la poltrona, de la cual sólo estuvo ausente en la crisis de 1991. Aun así, durante el breve interregno (así se llamó), tuvo la oportunidad de dirigir la FAO, organismo que, debido a su presencia, pasó de la ciudad de Roma al territorio histórico de Zamora. Una Zamora que es en la actualidad activísimo puerto fluvial, cosa sabida es, gracias a la subida del nivel de los mares y a la intensificación del régimen de lluvias. La Tierra de Pan, antaño tan yerma, se ha transformado en una especie de réplica del Valle del Sacramento californiano, naturalmente antes de que éste resultara anegado por el mar. En la parte zamorana de la Tierra de Campos (la comarca de donde es originario Carlos Tomillo) destacan enormes plantaciones de piña, mango y otros productos de creciente demanda en el mundo. No hay que ocultar que nuestro hombre ha sido uno de los impulsores de esa transformación.

Por encima de todo, Carlos Tomillo es uno de los más fieles amigos del Líder Modélico. Se rumorea que juntos han participado en la constitución de la más grande plantación de productos agrarios para la exportación (PRIMORES, S. A.), pero se trata de una leyenda más. Todos esos bulos son expresión del resentimiento. Al igual que la falsa historia que hace de Zamora —al ser un centro de intenso tráfico marítimo y la sede de la FAO— la capital europea de la prostitución. En todo caso, Carlos Tomillo no tiene ninguna culpa de, lo que podríamos llamar, «los costes sociales del progreso» (son sus palabras).

Carlos Tomillo es más bien bajito —como suelen serlo los zamoranos—, sanguino y está siempre de buen humor. Para los europeos boreales representa el arquetipo del meridional. Su imaginación y la buena relación con el caudillo Gómez le llevó a ser el que propusiera el cambio de logotipo del Partido con ocasión de lo que se llamó «rebautizo». En 1992, al constituirse el PSNTTSE, se cambió la insignia de la rosa y el puño por la del pez y la bola. Tomillo argumentó que se reconocía así el carácter ictiófago de la subcomunidad española. El pez se dibujaba más bien como un delfín contorsionante, acaso para dar ilusión de inteligencia y movilidad, pero los críticos de siempre empezaron a hablar de la «pescadilla que se muerde la cola». No deja de ser una falta de respeto. En realidad, la figura del pez, cerrada sobre sí misma y jugueteón con su pelota, daba una apariencia circular, siguiendo en esto la querencia de la estética española que aprecia los símbolos circulares: el ruedo, la castañuela, las tocas ibéricas, el capirote de los encapuchados de Semana Santa, la tortilla de patatas, la sardana, las torres de los castillos, las custodias de las catedrales, las rosquillas. Es claro que los españoles de todos los tiempos se han sentido fascinados por las formas redondeadas. No hay que extrañarse de que sean también los únicos en el mundo que les gusta aderezar el plato de pescadilla mordiéndose la cola, hay quien dice que para llenar más el plato. Hay que arrebatar a los críticos la falsa connotación. Después de tantos cambios de cosmética política, el PSNTTSE ha vuelto al punto de partida: el llamado Programa Máximo del viejo socialismo, interpretado ahora por el Líder Modélico. Ese es el mejor símbolo del pez que se revuelve sobre su aleta caudal en una actitud lúdica. Ya se ha dicho que la nueva denominación del partido es consonante con la tradición española de los largos nombres de los partidos. Por cierto, que Carlos Tomillo supera en esto cualquier ejercicio de imaginación. Desde 1993 es nada menos que presidente honorario del PSZ-PSCYL-PSNTTSE, es decir, si el lector tiene paciencia, del Partido de los Socialistas Zamoranos, del Partido Socialista de Castilla y León y del Partido Socialista Nacional de los Trabajadores y Trabajadoras de la Subcomunidad Española. Un título tan sesquipedálico se corresponde muy bien con las profundas transformaciones económicas e institucionales que a la vista están. Por cierto, que el partido del larguísimo nombre acaba de pedir la autodeterminación de Zamora y reivindicar la salida al mar para ese territorio histórico.

No es sólo que, gracias a la invasión del mar en las costas españolas, se haya creado un riquísimo banco de pesca de bajura, acelerado aún más por las granjas marinas. Esta nueva economía de la acuicultura es otra de las fecundas iniciativas que ha desarrollado el ministro Tomillo, gracias a sus conexiones con el Consejo Mundial de la Pesca de la FAO y sus buenas relaciones con Marruecos. Estas últimas, hay que reconocerlo, deben mucho a los buenos oficios de Enrique Rascabola, aunque conviene desmentir la supuesta conexión de este último con la Organización Sufita.

En definitiva, estamos ante un hombre que se ha merecido el cargo, ya prácticamente vitalicio. A él se debe el cambio de rumbo de la política económica española después de la crisis del 92. Se trataba de conseguir la «solución californiana», es decir, agricultura y servicios, más una industria electrónica y aeroespacial de gran calado. O como dijo Tomillo en la inauguración de la nueva sede de la FAO en el rutilante palacio de San Frontis, de Zamora, al precisar la fórmula del desarrollo para el siglo XXI: «Parques empresariales, parques de atracciones y mangos». El tiempo le ha dado la razón. Pero oigámosle.

—Abundando en el tema del turismo, suscitado por mi compañero Burbuja, voy a presentar la vertiente nutricional, que es la que me compete. De todos es sabido que en este país es frecuente la costumbre de «ir de tapas». Los ciudadanos y ciudadanas frecuentan bares y otros establecimientos de hostelería con el propósito de beber unos vasos de mangola acompañando a una tapa, pincho, banderilla o ración, según los casos. Además, los visitantes extranjeros son los más aficionados a esa sana costumbre. Hay más bares en España que en el resto de la Comunidad. Pues bien, si, como se ha dicho, el principio es lograr que los impuestos repercutan psicológicamente lo menos posible, nada más equitativo que gravar la costumbre establecida de la tapa. El «impuesto sobre la tapa añadida» (ITA) vendría a cobrar una tapa más a las regularmente consumidas. De esta manera se lograría, además, contener el aporte calórico, que en este momento supera en un veinte por ciento las necesidades que los nutriólogos consideran razonables. El único problema de la contención del consumo alimentario está en que provocaría un alza alarmante de los excedentes agrarios, ya de por sí elevados.

—Una puntualización —se coló en la pantalla Nicolás Cuadrado—. No se trata de inventar por inventar. Hablamos de arbitrios, pero no somos arbitristas, ni tampoco arbitrarios, que no es lo mismo. Si se propone un nuevo impuesto tiene que ser, ante todo, para solucionar un problema, arreglar una deficiencia, no para recoger dinero sin más. No me gustan los impuestos sobre el consumo porque repercuten en los trabajadores, pero puestos a imaginar un gravamen sobre el consumo, al hilo de lo que señala Tomillo, se me ocurre uno muy elemental. Pongamos un peaje para entrar en las ciudades, como dicen que existía en la Edad Media. Quiero decir, entrar en un vehículo privado. Sólo así se resolverá, de paso, el inquietante problema de la congestión de tráfico. La contaminación ya ha quedado mitigada con los coches eléctricos, pero éstos, más pequeños, llenan ya todas las aceras de las calles. La única manera de contener el hacinamiento automovilístico es establecer unas «puertas» artificiales para entrar en las ciudades y cobrar un peaje. Esto me recuerda, ahora que lo digo, a las casillas de usos y consumos que había en Bilbao cuando yo era un crío y tirábamos piedras a los *quiris* que las custodiaban. Bueno, no todo lo del pasado es

malo. Mejor sería que la chinchorrería esa de la «tapa añadida», que a los ciudadanos de ahora no les va a gustar mucho. Es que no me parece justo. Incluso lo del peaje lo digo a bote pronto, pero no es lo más recomendable. No es lo mismo imponer el peaje a un trabajador o trabajadora que acuden a la oficina que a alguien que va al centro a divertirse. Todo lo que no sea tener en cuenta la clase social en los impuestos es una monstruosidad. Entiendo que la resolución de los graves problemas de la reestructuración agraria y alimentaria tiene que ir más allá del control de esa costumbre, por lo demás tan agradable, del «chiquiteo» (aunque sea con mangola). Si es sólo eso lo que propone Tomillo, como decía el otro, apaga y vámonos.

—Déjeme continuar Claro que hay más cosas. No ha sido suficiente el plan de primas al abandono de tierras de cultivo. En el último decenio sólo se han abandonado un millón de hectáreas de tierras de labor (aparte de las anegadas por el mar), casi todas de secano. Tenemos que reducir todavía mucho más la superficie agraria útil para homologamos con el resto de la Comunidad. Más que nada porque las últimas incorporaciones a la misma son de países agrícolas. Aparte hay que considerar el reto que ha supuesto la implantación de los nuevos cultivos cálidos, como la caña de azúcar, el mango o el café, por ejemplo. Eso ha significado una diversificación de las exportaciones, pero también importantes costes de transformación. Mi departamento es el que más ha sufrido las consecuencias del «efecto invernadero» al que se refería el señor Burbuja y que están en el ánimo de todos. Al mismo tiempo yo veo que es en la alimentación donde puede estar la llave que nos abra la fórmula para tapar el «agujero fiscal». Esta es nuestra apuesta. No me canso de repetir que los españoles comemos demasiado (y no lo digo sólo por mi orondo perfil). Si el ITA no es suficiente para resolver el problema (es evidente que reduciría el consumo de tapas) hay que pensar en soluciones complementarias. Por ejemplo, se ha hablado aquí de la sal. No es cuestión de volver a tiempos pretéritos. Si miramos para atrás nos podríamos convertir otra vez en estatuas de sal, como en el cuento de la Historia Sagrada que nos enseñaban en el colegio. Por otro lado, hace ya algunos años que hemos sustituido el cloruro de sodio por diversos tipos de sal sintética, que contienen la hipertensión. Hay que ir a lo práctico. Aparte de las tapas, ¿qué es lo que consumen los españoles a todas horas? Es claro que yogures. Hemos superado en esto al último socio en ingresar en la Comunidad, Bulgaria. O lo que es lo mismo, somos el primer país del mundo en consumo de yogur, con dos litros por persona y día. Fue tal el éxito de la campaña publicitaria que realizamos en 1993, para tratar de aumentar el consumo de los excedentes de leche en la Comunidad, que ahora nos encontramos con esta desmesura a todas luces perjudicial. Tanto es así que se están detectando ciertos *side effects*, que dicen los expertos, por el alto consumo de yogur: impotencia sexual en el varón, infertilidad y retraso de la menstruación en las mujeres y una cierta adicción en los niños sobre todo. De nada ha servido la

prohibición de que las yogurterías sirvan sus productos a los menores de catorce años. Lo que no podemos es incluir en la prohibición a las mujeres. Es posible que los efectos secundarios que digo tengan que ver con la disminución de la natalidad que a todos nos preocupa (no sólo a Joaquín Menina o a José María Graznar). Un buen impuesto no es el que obtiene fondos públicos, sino el que corrige las malas costumbres de los ciudadanos y ciudadanas. Las dos fórmulas que propongo cumplen ambas condiciones. Vienen a ser el equivalente a las fuertes tasas que gravan el alcohol en los países nórdicos, desde Islandia a Manchuria.

—Usted mismo lo ha dicho —interrumpió el anciano, pero aún ágil, Georges Maura—. En esos países nórdicos no se ha reducido, como en otros, el consumo de alcohol (que además es alcohol casero, lo que es peor), precisamente por los elevados impuestos que lo gravaban. ¿No pasará algo de eso con las tapas y yogures? Por cierto, ¿qué se puede esperar de un pueblo que se alimenta de mangola, tapas y yogures? Esto es como volver a la Arcadia pastoral, pero en demente. Hombre, puestos a sugerir algo positivo, se me ocurre que podríamos volver a instituir lo de un día de ayuno cívico al mes. Por lo menos en ese día cerrarían todas las yogurterías. El equivalente del gasto cotidiano en yogur pasaría al Fisco. Esta es una medida excepcional, de guerra, pero es que el objetivo de rebajar el consumo de yogur empieza a ser de carácter bélico, como suelen ser las campañas para el cambio de las costumbres. No hay más que recordar lo que costó introducir la «fórmula portuguesa» en las corridas de toros: el escritor Andrés Amoroso llegó a exiliarse a México por esa decisión. Esperemos que ahora no se produzca otra reacción parecida en el gremio intelectual. Téngase en cuenta que en el caso del yogur, por los cambios de clima, tenemos que importar casi toda la materia prima de Groenlandia, lo que hace todavía más cara y caprichosa esta moda.

—De momento —siguió Tomillo— lo que tenemos es que el consumo de yogur se ha convertido en uno de los más importantes símbolos de estatus. Ahora se han puesto de moda las yogurterías para los jovencitos de buenas familias. Son el lugar de reunión de la juventud y es sabido que se impone la costumbre entre ellos de mezclar los yogures con drogas sintéticas. Dicen que así se inmunizan contra el sida. Tonterías. El tema es importante. No veo por qué un impuesto especial sobre el yogur va a estimular aún más el consumo. Sobre todo si lo acompañamos de una gran campaña publicitaria para orientar el gusto por productos alternativos, por ejemplo el chocolate, ahora que somos una potencia exportadora de cacao. Mi departamento está estudiando un plan de reparto de chocolate en las escuelas para habituar a los niños. El impuesto sobre el yogur tendría este efecto saludable de moderar un poco el consumo. Hemos pensado también cambiarle el nombre por el de «leche agria» o «leche cortada». Hay un equipo de sociolingüistas trabajando sobre el tema. Aquí no se improvisa nada, compañero Burbuja.



—Las alusiones personales están fuera de lugar, señor Tomillo —sentenció el moderador—. Deje usted la «leche agria» para mejor ocasión. ¿Tiene algo que añadir de sustancia? Le quedan dos minutos.

—Yo soy de la tierra de los garbanzos (aunque ahora producimos chirimoyas) y por eso soy austero en palabras. Si me sobra tiempo se lo regalo a los que están ávidos de intervenir. Sólo decir que a los hombres se les gana por el estómago. Vean lo rollizo que estoy yo. Es para hacer propaganda de los productos de la tierra.

Las palabras de Carlos Tomillo fueron acompañadas de gestos risueños en la pantalla múltiple. Tenía fama el hombre de labrador dicharachero y nunca defraudaba. Físicamente se parecía más a un viejo campesino francés, con sus enormes mostachos blancos y sus ojillos maliciosos. Fuera por esta razón o por el hecho de que sus propuestas sonaban saludables, el hecho es que la pantalla del retrograbador le concedió ocho millones largos de votos. Por primera vez en toda la noche surgió un aplauso espontáneo por parte de algunos participantes, sobre todo los que todavía no habían hablado. El moderador hizo un gesto para indicar que no le gustaban los aplausos y cedió paso a la siguiente intervención. Era la figura más venerable de la tenida y los asistentes se aprestaron a escucharle con cierta estudiada atención. Sus intervenciones eran siempre las más errabundas. Esta vez no defraudó, como podrá comprobar el que siguiere leyendo.

# Georges Maura

Aunque francés por su formación y sus gustos, Georges Maura es un hijodalgo intelectual de los de lanza en astillero, descendiente de políticos españoles de renombre, monárquicos y republicanos. Fue ministro de Cultura hasta que su departamento se extinguió en 1991 a raíz de las críticas propinadas por Federico Jiménez Laiglesia en su columna de *ABC*. La disolución del ministerio formó parte del plan de ahorro público del interregno (el efímero Gobierno de Graznar), pero la verdad es que luego no fue resucitado por la segunda y definitiva etapa de Gómez.

Antiguo comunista, Georges Maura no perdió nunca el gusto por el «centralismo democrático», en realidad, una herencia que Lenin tomó prestada de Ignacio de Loyola. La crisis del partido en 1991 le permitió volver a su París, donde dirigió la UNESCO por tres años. En 1992 publicó el primer tomo de sus *Nuevas memorias de un hombre de acción*, en donde reveló que se había «sentido felipista casi desde antes de conocer a Felipe Gómez, si bien —aseguró— sólo en caso de emergencia solicitará el carné del Partido». Esa emergencia debió de ser lo que le impulsó en 1994 no sólo a ingresar en el Partido, ahora con las nuevas siglas, sino a aceptar la presidencia del Consejo Económico y Social, que, para mayor inri, se instaló en el antiguo edificio de los Sindicatos Verticales, en el Paseo del Prado de Madrid. Este fue uno de los organismos que siguió en Madrid después del traslado de la capital a Bailén, acaso para hacer ver su independencia del Gobierno.

La evolución ideológica de Maura es hartamente confusa. Aunque años atrás había sostenido que «en el terreno económico no hay forma de rebasar los límites de la economía de mercado» y que «todas las tentativas de superación de esa economía se han convertido en utopías mortíferas», en 1993 pasó a ser un verdadero doctrinario de una organización revolucionaria o radical de la economía. Lo suyo fue siempre una actitud de converso entusiasta. Sigue siéndolo, aunque sea el más provecito de los viejos líderes. Después del primer tomo de sus *Nuevas memorias*, Georges Maura ha dejado de escribir obras literarias. Su ilusión pasó a ser la de publicar en el *BOE*. A su estilo personal se debe el larguísimo preámbulo del Decreto de Jornada Restringida, conocido popularmente por «el 22», por alusión al límite de horas semanales de trabajo efectivo.

Los últimos meses al frente del ministerio de Cultura fue un verdadero ciclón. No se le ocurrió otra cosa que devolver el *Guernica* a Nueva York en vista de que en Madrid había días en que casi nadie entraba a verlo, fuera de algún japonés despistado. La verdad es que, devuelto el cuadro al MOMA (Museum of Modern Art) de Nueva York, otra vez se han formado larguísimas colas para contemplar el Picasso.

Todavía más cómico fue su empeñamiento en no conceder el premio Cervantes a Camilo José Sela, aun a costa de declararlo desierto en la convocatoria de 1990. Este suceso desató el alud de críticas que precipitó su cese y el fin del Ministerio.

No menos discutida fue la decisión de Maura de trasladar el Museo del Prado a Cuenca, en razón del alto grado de contaminación del centro madrileño. Esta fue la versión oficial. La versión de los mentideros fue que así disponía Maura de las instalaciones del Prado para montar en ellas su despacho y también su vivienda. El Museo de Cuenca es el más moderno en su estilo. Los cuadros originales se guardan en inmensas cámaras acorazadas y el público contempla perfectas reproducciones de los mismos.

La espoleta que significó la liquidación del Ministerio fue la decisión, tomada en 1991, de que los premios nacionales habían de ser otorgados sólo a personas longevas, a ser posible que hubieran empezado a ejercer su actividad literaria o artística antes de 1936 y en el bando republicano. Quedaban ya tan pocos en esas condiciones, que la decisión planteó acerbias críticas, entre ellas la citada de Federico Jiménez Laiglesia en *ABC*. Maura tomó el asunto como una cuestión personal y, antes de ceder, provocó la disolución del Ministerio, no sin antes proponerse a sí mismo como Premio Nacional de Ensayo de 1991. Era la gota que rebosaba el vaso. Laiglesia suscribió una «tercera» antológica en *ABC*, titulada «Lo que queda de Cultura».

Estamos ante uno de los prohombres más discutidos del régimen. Genera continuas fobias y filias, que con el tiempo se agrandan. Es numerosa la corte de los que han recibido de él prebendas intelectuales, pero los políticos profesionales no le perdonan sus excesos retóricos, sus radicalismos de converso, no importa a qué nueva religión. Con decir que fue uno de los oponentes más firmes a la fusión de la OTAN y el Pacto de Varsovia, está todo

dicho. A pesar de ese rechazo por parte de los políticos (y muy en particular de Luis Umbría), la venerable figura de Georges Maura es asidua en las pantallas de las teleconferencias. Mantiene en casi todo las posturas más radicales, populistas, acaso tocado por la «gracia de estado» de su cargo al frente del Consejo Económico y Social.

—Aquí se está discutiendo mucho de cómo obtener más dinero para el Fisco, pero yo me pregunto si no va siendo hora de que completemos la revolución burguesa en este país, la que hace que el dinero lo tenga fundamentalmente la sociedad civil. Esa sensación de bienestar se produce ahora a comienzos del siglo XXI, después de una larga y difícil transición democrática. Durante el franquismo había una especie de inmovilidad social. Ahora, con el estallido de la especulación financiera y el dinero fácil, ha surgido una nueva clase social que, gracias a Dios, si es que se puede utilizar esta expresión, ha arrasado con los valores del nacionalcatolicismo. Ya no existe la imagen de esa clase empresarial sufrida y abnegada de los tiempos heroicos de la revolución industrial. Y me parece bien que esos falsos valores se hundan para siempre. En este país se necesitaba riqueza, empresas fuertes que obtuvieran beneficios y eso es imprescindible para que la economía funcione. Nos tenemos que liberar de muchos tabúes. Aquí no hemos tenido reforma protestante ni revolución burguesa y por lo tanto nuestra relación con el sexo y el dinero es ambigua, de fascinación y odio al mismo tiempo. Por eso, sin proponérselo, este debate está siendo el gran desmitificador de esos tabúes. Ahora bien, dicho esto, va siendo hora de que esa nueva clase enriquecida, que no tiene una actitud reverencial ante el dinero y que se ha desmelenado con el sexo, contribuya a los servicios públicos. Entonces, me parecen bien algunas de las soluciones que aquí se han apuntado. Constató, sin embargo, que son muy dispares, demasiado si tenemos en cuenta que casi todos procedemos de la misma familia socialista. Lo que tenemos en común los socialistas es que nosotros no ambicionamos dinero o bienes materiales. Somos el partido de la gente moderada y morigerada. Qué duda cabe que todos los que estamos en esta mesa redonda vivimos mucho mejor que hace veinte años, pero el país entero ha mejorado de nivel de vida, como no lo había hecho durante siglos. Ante este hecho, todas las críticas palidecen.

—¿Podría usted concretar un poco más, señor Maura? —suplicó deferente el moderador, ante la venerable figura que tan bien se expresaba, acaso como una reminiscencia de su abuelo—. Se nos va el tiempo y tenemos que discutir las propuestas concretas.

—A medida que me hago más viejo, vuelvo a las raíces y por tanto me siento más radical. Aunque he cambiado de ideas, siempre he apostado por la violencia si ésta conduce a la democracia, el pluralismo y la libertad. Es decir, si por esos nobles fines se justifica la lucha armada, qué no será si la violencia consiste en confiscar la propiedad privada en aras del interés colectivo representado por el Estado. Digo esto porque mi propuesta es así de radical. El Estado debe confiscar todas las propiedades

de los enemigos del Estado, que no son pocos. Lo que no puede ser es que el Estado subvencione y ayude a ciertas clases, colectividades e individuos, que luego utilizan su poder para desestabilizar la democracia participativa y socialista. Ya se vio con el caso de Tumasa, que acaba de ser sustanciado por el Tribunal Supremo con el beneplácito del Tribunal de Estrasburgo y la Corte Comunitaria de Alma Ata. No nos avergüenza decir que aquella fue la primera operación política a la que han seguido otras no menos importantes. Es posible que estas operaciones no proporcionen mucho dinero al Estado, pero sí legitimidad. Nosotros estamos a favor de los empresarios que saben crear riqueza de acuerdo con los objetivos marcados por el partido. La auténtica economía de mercado, la verdadera revolución burguesa sigue siendo nuestra asignatura pendiente. La lucha por la igualdad constituye una de nuestras señas de identidad más notorias.

—Mi querido Maura —reconvino el moderador—. Todo eso está muy bien dicho y todos le escuchamos con deleite, pero aquí necesitamos planteos concretos. Vamos a ver, ¿quiénes son esos enemigos del régimen a los que hay que confiscar? ¿No se habrá dejado usted influir por las recientes «depuraciones» de Indonesia?

—No seré yo el ingenuo que le dé nombres en esas condiciones. De sobra sabemos todos quiénes son los que se han enriquecido a costa de la especulación. No es sólo el aprovechamiento crematístico, disculpable al fin, como los que han orientado su inteligencia para desprestigiar una fecunda obra de gobierno. Se trata de una solapada desestabilización mental, más peligrosa que el terrorismo incluso. Son las fuerzas de la cultura las que en gran medida nos han abandonado y ésa es una responsabilidad histórica. Algún día se van a acordar de esta traición.

El moderador no tuvo más remedio que apretar el botón del «aparato». Georges Maura se quedó literalmente sin habla. La situación era un tanto patética, más que nada porque se trataba de una figura patricia de universal renombre y alta estima intelectual. Lo peor de todo es que en la pantalla del retrograbador no aparecieron más de doscientos mil votos. Se oyó decir a alguien que esos eran todos los que habían recibido algún premio nacional. El realizador cortó inmediatamente el audio, «pinchando» el rostro interrogativo y plebeyo de Nicolás Cuadrado. El azar había querido que hablara después de Maura. Realmente el uno era la contrafigura del otro.

# Nicolás Cuadrado

**T**iene un aire de taxista o de boxeador jubilado. Es patizambo, coloradote, con cuello de toro o de levantador de piedras. Lleva las camisas más blancas que se han visto, siempre despechugadas. Allí donde llega, se convierte en el centro de atracción. Tiene aura, encanto personal. Después de tantos años de hablar en público, aún se expresa mal, pero no le preocupa. De todas formas, encandila al auditorio. Se le perdonan los vasquismos y los vulgarismos. Después de todo, sigue siendo lo que siempre fue: un dirigente obrero. Lo malo es que ahora quedan ya pocos obreros. No importa, resulta admirable la constancia de Nicolás Cuadrado en una tierra de culos inquietos en la que lo propio, por lo visto, es alternar papeles y posturas ideológicas.

La contumacia de Nicolás Cuadrado consiguió en 1992 que el Gobierno diera un «giro social de ciento ochenta grados», que más tarde, después de la exaltación internacional de Gómez en 1994, se transformó en un nuevo giro de ciento ochenta grados, con lo cual concluyó en el mismo punto de partida.

Esta «revolución» —en el prístino sentido astronómico— obligó a Nicolás Cuadrado a una postura moral de honda trascendencia. En 1995 se despegó con unos cuantos fieles del nuevo PSNTTSE y creó el Partido Laborista. El Tribunal Supremo no le concedió el derecho a usar la marca de Partido Socialista Auténtico que había solicitado, pero todo el mundo entiende —aun sus detractores— que él es un socialista auténtico, acaso el último. Hay que reconocer que los éxitos electorales del Partido Laborista han sido más bien escasos. A sus miembros se les permite desahogarse en las inútiles sesiones del Consejo Económico y Social (cuyo secretario general es nada menos que Nicolás Cuadrado *junior*, enfrentado, por tanto, a su padre), pero no pueden competir con la tela de araña del Partido oficial en el reparto de fondos públicos. Ya se sabe, «si no hay subvención, no hay voto».

Lo que sí consiguió Cuadrado es que el Partido Laborista fuera aceptado en la Internacional Socialista, si bien no pudo impedir que continuara en ese cónclave la venerada figura de Felipe Gómez al frente de su rebautizado PSNTTSE. Los dos viejos rivales se han tenido que sentar codo con codo en los foros internacionales del socialismo, un conglomerado cada vez más heteróclito desde que se han incorporado los partidos socialistas «unificados» del Este europeo y del lejano Oriente, la mayoría de los nacionalistas africanos y algunos iberoamericanos, como el Justicialista de la Argentina, además del influyente Partido Comunista Italiano (la gente siguió utilizando la antigua denominación). La presencia de Nicolás Cuadrado en la Internacional Socialista ha servido para que Felipe Gómez no se alzara con la presidencia de dicha entidad. A partir de ahí el conflicto entre los dos viejos conmitones no ha hecho más que agrandarse. No es que no se hablen, es que, cuando no hablan, se gritan. Nicolás Cuadrado acostumbra a referirse a Felipe Gómez como «el generalísimo», y éste apellida a su contrincante «Square», literalmente «Cuadrado» en inglés, pero en el inglés americano de la calle, algo así como «pardillo». Oigámosle.

—Los trabajadores y trabajadoras de este país miramos con desconfianza las decisiones de los políticos y las políticas por cuanto tienden a reforzar los propios intereses de la gran derecha y nuestro objetivo prioritario es y será un sentido profundo de la solidaridad entre todos los ciudadanos y ciudadanas, la vertebración social y cerrar, de una vez por todas, el tremendo desfase que se da entre lo económico y lo social. Reclamamos una profundización de la democracia y la necesidad de una sociedad más integrada que complete el giro social de hace unos años. Estamos en contra de esa especie de tacticismo que provoca la pérdida de referencia de la propia dirección del Partido Socialista. El Partido Laborista presenta una alternativa, un proyecto de progreso. Tenemos que vivir con

constataciones y en función de cómo se desarrollen los propios acontecimientos. No tenemos la popularidad álgida que logramos en las intensas movilizaciones de los primeros años noventa porque la sociedad de este comienzo de siglo está bastante opacada, pero si hacemos un frente común, lograremos de alguna manera agudizar las tensiones sociales. El Gobierno no entiende otro lenguaje.

—Señor Cuadrado —habló con falsa dulzura el moderador—. Esto no es el Consejo Económico y Social. No es el lugar para discursos. Aténgase al reparto. Está usted aquí a título personal, como veterano luchador de la democracia, para darnos su orientación sobre cómo tapar el «agujero negro». Todo lo demás sobra.

—Para el Partido Laborista, minoritario como es, el referente o el paradigma es así de sencillo. Los impuestos los pagan ahora los trabajadores y tendrían que pagarlos los que especulan con el dinero de los trabajadores, vía ahorros o vía impuestos. Consiguientemente, el impuesto más justo es el que le doliera pagar a los representantes del gran capital. Yo he escuchado con atención las propuestas de los compañeros de la teleconferencia y, lo digo con toda franqueza, casi todas harían felices a los más ricos. ¿Por qué? Porque ustedes, los que están en pantalla, son también de los ricos. Ya lo ha dicho Maura, que hace veinte años no se podía comparar con el tren de vida que ahora llevan. Ahí está la madre del cordero. Mi idea es que el nuevo impuesto tienen que pagarlo, pues, los que cada año viven mucho mejor que el anterior. ¿Cuánto mejor? Pues todo lo que supere el crecimiento medio de los salarios, que por otra parte lo deciden ustedes. Vivir mejor no es sólo aumentar el sueldo, sino adquirir propiedades (a menudo por información privilegiada), disponer de coche y helicóptero, secretaria, gabinete de prensa, despacho, asesores, gastos de representación, viajes y todo lo demás que proporciona un trabajo de alta dirección. Es fácil hacer una valoración global de todo eso, en ecus, y verificar que una persona recibe en un año un porcentaje de más de lo que ha subido la media de los salarios. Pues bien, mi propuesta, habiendo consultado con las bases, es que el nuevo impuesto sea la mitad de eso de más que supera la media. No sé si me explico. Espero que estén todos ustedes en desacuerdo. Eso significaría que igual les duele.

—Hombre, no es que esté o no en desacuerdo —balbuceó Luis Umbría, por una vez con la cara seria—. Lo que pasa es que eso de medir el porcentaje de incremento del bienestar por encima de la media es un imposible estocástico. Si nos estamos quejando de que ha fallado el impuesto sobre la renta porque las declaraciones son todas fraudulentas, por lo menos en el sentido de «fraude de ley», ojo, ¿cómo vamos a confiar en esos cálculos que propone el señor Cuadrado? Supondrían la perfección contable y ya se sabe que la perfección tiende al fascismo. Aun pudiendo calcular esos porcentajes de más, se presenta una duda, digamos, filosófica. Un impuesto de ese tipo iría en menoscabo de los altos cargos de la Administración y en general de los que dirigen la economía y las organizaciones todas. Es decir, sería un frenazo a la

producción de riqueza y al final nos empobreceríamos unos y otros. De aceptar esta proposición, yo eliminaría los incrementos «en especie». Computaría sólo los porcentajes de aumento de dinero efectivo, no los que se refieren a las «facilidades» o *fringe benefits*, que son más bien un incentivo para que los puestos de responsabilidad sean ocupados por las personas más capaces. No podemos tirar piedras contra nuestro propio tejado.

—Ahí te quería yo ver, Luis —exclamó exultante Nicolás Cuadrado—. Las piedras contra el tejado hacen daño si el tejado es de cristal. Veo que el tuyo lo es. Vamos a ver, ¿desde cuándo no te has pagado tú un taxi, un sello de correos, una comida de restaurante, un puro? ¿Cuánto valen los dos coches llenos de escoltas que te acompañan? ¿No te solucionan tus relaciones públicas todos tus problemas? Todo eso es nivel de vida tuyo, no mío. Sobre eso tú no tributas. Consiguientemente, mi propuesta es que sea eso sobre todo lo que deba cotizar a Hacienda, bueno, ahora la llamáis Represión Fiscal; yo soy de la antigua escuela. No sólo en los cargos públicos, sino en las empresas privadas hay que aplicar este principio. El que recibe un sueldo «pelao» y éste sube en función de lo que acuerda el Gobierno, ése no debe pagar impuestos. Esa es mi idea. Vamos a ver qué socialistas sois.

—Nicolás, esto te lo hemos dicho muchas veces —se adelantó con voz queda y mirada franciscana Alfonso Paz—. Lo tuyo es la demagogia, pero no en el sentido original de los griegos. Tú llevas más de una década queriéndote cargar el proyecto socialista de futuro y no lo vas a conseguir. Nuestras señas de identidad tienen más de cien años. Hay algunos que parecen ignorarlo. A mí los ignorantes me ponen fuera de sí. Los votos siguen estando con nosotros. La última encuesta del retrograbador nos daba esta mañana un 35,7 por ciento de los votos, del total con opinión decidida. Es decir, una amplia mayoría minoritaria o minoría mayoritaria, como quieras. Con nosotros están las clases medias, los jubilados, los jóvenes, las amas de casa, los pescadores, los labradores, los artesanos, los comerciantes, los artistas, los deportistas, los funcionarios de cierto nivel, muchos profesionales y técnicos. El país real, ya ves.

—Perdona, no has dicho que estén también los trabajadores —la cara de Cuadrado dibujaba la ironía.

—No lo he dicho por decencia y autoestima. Yo también soy un trabajador —contestó sin pensar, con una sonrisita en los ojos, Alfonso Paz.

—Y yo la sardinera de Santurce, no te fastidia. Lo que hay que oír. Me alegro de que saltéis así. Es lo que yo decía, que os dais por aludidos. Sois vosotros los que no pagáis impuestos, vosotros que vivís de imponer los impuestos. Mucho hablar de fraude fiscal, se entiende, de los fiscalizados, pero yo haría otra lectura. Fraude fiscal es también el que hacen los fiscalizadores al decir que los impuestos los pagan los ricos, cuando es evidente que los pagan los pobres. Los que más se aprovechan de

todo ese esquema son los fiscalizadores, o sea, vosotros.

—Señor Cuadrado —sonó la voz gélida y amenazante del moderador—, no le tolero imputaciones de ese orden. Por menos palabras les hemos enviado el inspector a muchos. Le salva a usted la inmunidad parlamentaria, pero recuerde que no es impunidad.

—Paparruchas, Morrell, paparruchas. O hay libertad de expresión o no la hay. Y si la hay es para todo el mundo, qué cojones. Lo que yo digo lo piensa cantidad de gente. ¿O es que vais a prohibir pensar? La «funesta manía», que decía aquél, ¿no? Hay que ver lo que habéis cambiado. Yo seré un anciano, pero vosotros os habéis hecho mayores.

—No se os puede dejar solos —era la vocecilla de Rosa Marqués, con su cara más compungida que de costumbre—. Debemos evitar que las consideraciones negativas hacia la clase política se extiendan. Estamos alimentando criticismos despiadados. Es lo que comentaba antes fuera de antena con Manolo Chapines: alguien nos ha engañado, trayéndonos aquí para que seamos el ludibrio del país.

—Sí, el ludibrio del manubrio del bodrio, que decía Valle-Inclán —sentenció Alfonso Paz, con cara seria y ojos divertidos—. A propósito, eso de la «clase política» es una expresión fascista, ¿no? Me parece, Rosita, que se te ha olvidado lo que os enseñó Menina en la «Facul».

—No se me ha olvidado —saltó Rosa Marqués— y después he seguido aprendiendo. Lo suficiente para sospechar que todo esto de esta noche es un montaje del Programa 3000 para componer una especie de novela de ciencia (política) ficción o de psicoterapia colectiva. Tú eres el muñidor de todo esto, Alfonso, y tú lo sabes.

—En efecto, Rosa, y lo que tú estás haciendo ahora mismo es una venganza psicoanalítica: matar al padre.

El moderador se dispuso a pulsar varios botones para emitir otros tantos zumbidos del «aparato». Se notó en seguida su efecto porque varios rostros acusaron el trallazo. Nicolás Cuadrado se había quedado perplejo, con su cara de hogaza de pan, ante la última sesión de esgrima dialéctica. Con tanto alboroto, no dio tiempo a comprobar el resultado de la pantalla: cuatro millones de votos. «Bastantes más que papeletas en las elecciones», debió de pensar Nicolás Cuadrado, pero alzó su voz para concluir:

—Tenéis al país anestesiado.

Por un momento, el monitor no supo qué hacer. A pesar de los zumbidos del «aparato», varios bustos pedían la palabra. Las señales se bloquearon. El moderador se pasaba por la monda calva un pañuelo rosa cuidadosamente doblado. En la pantalla principal estaba ya el arrugadísimo rostro, como de tortuga, de Francisco Hernández Bermúdez, que componía todo tipo de muecas reflejas. La voz del moderador intentó ser solemne:



—Tiene la palabra nuestro próximo invitado.



# Francisco Hernández Bermúdez

**H**an pasado muchos años desde que nuestro hombre, candidato por el extinto Partido Centrista, recorría mendicante los despachos de los ricos de su distrito, a quienes había conocido siendo él un alto cargo de la democracia orgánica. Su argumento estaba muy estudiado: pedía fondos; no tanto para ganar las elecciones, como para conseguir detener el socialismo, para impedir que los socialistas llegaran al poder. «Sería un auténtico desastre para España», repetía. Ante tan negro vaticinio, el empresario —patriota él— abría la caja y obsequiaba al candidato con unos olorosos fajos de billetes, «dinero B», como era sólito. La ceremonia se repetía en otras «provincias» (entonces todavía llamadas así, no territorios históricos como ahora) con otros candidatos.

De momento, los socialistas no llegaron al poder, pero terminaron haciéndolo. No debió de ser demasiado desastroso para España. En todo caso, no lo fue para Hernández Bermúdez, quien había conseguido ser ministro con el Partido Centrista y también lo fue con el Partido Socialista, en sus dos versiones, antes y después del «rebautizo». Es más, abandonó la cartera de Exteriores en 1990 y en principio la política, pero volvió de vicepresidente en el Gobierno de concentración —el interregno— de José María Graznar. Desde esa posición maniobró para convencer a Felipe Gómez de que regresara de su retiro en El Olivar. No sólo lo consiguió, sino que el que pronto sería Líder Modélico le volvió a nombrar ministro, esta vez de Economía y Represión Fiscal, lo que en la jerga administrativa se conoce como «la supercuerda». Se trata de un caso no de transfuguismo, sino de trashumancia política. Los pastores llevan el ganado en invierno a que pascen en otras tierras para volver en verano a las de origen. El viaje por la cañada es de ida y vuelta, de la manera más tranquila y regular. La trashumancia implica una gran sabiduría popular.

Hay que reconocer otras buenas cualidades del personaje. Por ejemplo, que no se ha enriquecido personalmente a lo largo de su ininterrumpida carrera en diferentes gobiernos, partidos y aun regímenes. Segundo, que mantuvo siempre un aire de político culto, liberal, discreto y simpático. Tercero, que por encima de todo siguió cultivando su verdadera vocación literaria. Más discutible es la carambola que consiguió en 1991, unos meses antes de la crisis, no desde un puesto oficial, sino como asesor a título personal del secretario general de las Naciones Unidas. El Reino Unido nos cedía Gibraltar. A la vez, nosotros devolvíamos Ceuta y Melilla a Marruecos. En compensación, y para cerrar el triángulo, el Reino Unido se hacía cargo de los fosfatos del Sahara. Todos quedaban contentos en principio. Pronto se vio que, en realidad, las tres partes habían quedado insatisfechas. «Gibraltar español» supuso cuantiosos gastos y la sorpresa de que su panza estaba destinada a almacenar armas nucleares. La euforia de los marroquíes pasó pronto al plantearse, de rechazo, la independencia del Sahara, suceso que provocó la renacionalización de los fosfatos. En todo este episodio tuvo mucho que ver «el Lawrence de Arabia español», el afamado escritor Fernando Sánchez Escarbó. Pero cuando llegaron todos estos descalabros internacionales, Hernández Bermúdez era ya ministro de Economía y Represión Fiscal y no tenía nada que ver con el asunto. En su nuevo cargo impulsó la política de subsidios a las familias y a las empresas con los efectos no deseados que los lectores ya conocen. Su sucesor, Morrell, cambió el nombre del Ministerio dejándolo sólo en Represión Fiscal. En 1998 Hernández Bermúdez se retiró definitivamente de la política activa y escribió una especie de memorias ensayísticas con el polisémico título de *La generación del 98*. Fue nombrado profesor emérito en la Universidad Internacional de El Escorial.

No se puede ocultar la lógica oposición entre Francisco Hernández Bermúdez y José Morrell, que se traduce en el debate aquí registrado. La pugna mutua se reflejaba incluso en los gestos. Hernández Bermúdez extremaba sus esparajismos nerviosos cada vez que Morrell le interrumpía y éste bizqueaba más que de costumbre cuando su contrincante le replicaba. Es una lástima que el lector no pueda apreciar este detalle visual de la famosa teleconferencia.

—Veo con asombro que casi todas las sugerencias parten de la idea de que, como ha fracasado el impuesto sobre la renta, hay que sustituirlo por un impuesto al consumo. Espero que no sea una crítica a la reforma fiscal que yo impulsé hace

bastantes años. Entonces todos éramos jóvenes (incluso Nicolás Cuadrado) y, claro está, confiábamos más en la naturaleza humana. No es que haya que desconfiar de ella, es que hay que incentivarla desde una perspectiva global. Es evidente que no puede sostenerse un impuesto como el de la renta de las personas físicas, que en estos momentos arroja un saldo negativo para el Fisco, es decir, que al final hay que devolver más dinero del que se ingresa, aparte de lo que cuesta la recaudación y del enorme desgaste político que han supuesto los sucesivos rechazos por inconstitucionalidad de las reformas propuestas. Pero tampoco es de recibo, ¿verdad?, que se arbitre un impuesto sustitutorio sobre el consumo, puesto que puede ser sumamente injusto, al gravar por el mismo rasero a ricos y pobres. Mi idea es que hay que llegar a un sistema mixto, un impuesto sobre el consumo, corregido de tal manera que se acepte la progresividad del impuesto sobre la renta. ¿Cómo se articula una cosa así? No por procedimientos de declaración, que nos llevarían otra vez al fraude. Hay que volver a la antigua tesis de los «signos externos».

—Señor Bermúdez —saltó el moderador—. La vuelta a los «signos externos» puede ser un legítimo ejercicio de nostalgia para usted, pero ello nos lleva a épocas pretéritas que todos deseamos olvidar. ¿No le ocurre a usted lo mismo?

Por la pantalla se veían los gestos incontrolados del rostro arrugadísimo, como de labrador curtido, de Hernández Bermúdez. Por un instante se le detuvo la voz y hasta pareció que el maquillaje había sido asimilado de golpe por todos los poros del rostro. Se le veía sudar. El auditorio esperaba una réplica airada, pero ésta no se produjo. Terminado el prólogo de espasmos gestuales, Hernández Bermúdez prosiguió como si tal cosa.

—Hay ciertos indicadores de nivel de vida que traducen muy bien la riqueza de una unidad doméstica, pues de gravar a los hogares se trata, no tanto a los individuos. Aquí hay que hacer uso de los estudios sociológicos, que no siempre son mentirosos. Tenemos, por ejemplo, la última encuesta del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) sobre una muestra de trescientas mil familias a través del retrograbador. Haré gracia de los procedimientos estadísticos. La conclusión es que los indicadores más válidos para determinar el nivel de vida de un hogar son: el número de grifos, el número de minutos diarios en que están inter-activos los aparatos electrónicos (retrograbador, multifax, estación de trabajo, robots, etc.) y el número de yogures que se consumen por unidad de tiempo, todo ello obviamente en términos per cápita o por persona adulta. Una combinación de los tres indicadores permitiría establecer una relación muy clara con el nivel de vida familiar. Por debajo del umbral mínimo (por ejemplo, un grifo, diez minutos interactivos y dos yogures diarios por persona) daría un impuesto cero. A medida que subiera el índice de bienestar doméstico, iría elevándose más que proporcionalmente el impuesto.

—¿Puedo intervenir? —sonó la voz carrasposa de Nicolás Cuadrado—. Un

impuesto así me parece a mí que sería más bien regresivo, ¿no? Las clases pudientes tienen varias viviendas, comen fuera de casa, pueden sustituir el yogur por drogas sintéticas y muchas operaciones interactivas las realizan desde las empresas o los despachos, desde el automóvil, desde una segunda residencia o desde los hoteles. Estamos en las mismas. ¿Cómo se puede sugerir una política tan contraria a los intereses de los grupos destituidos desde la óptica de un partido que se sigue llamando socialista? Habría que decir otra vez aquello de «Porque ya está bien» con que salíamos a la calle todos los primeros de mayo, antes de que prohibieran las manifestaciones. Por cierto, que los sistemas interactivos no son lo mismo que las movilizaciones en la calle. Aprovecho una vez más la ocasión para recusar esa medida de sustituir los manifestantes por maquinitas.

—Mi querido Nicolás —continuó Hernández Bermúdez con la mejor de sus sonrisas—. No estamos aquí para discutir de artilugios técnicos. En la filosofía estamos de acuerdo, en la óptica también. La discusión es de gramática. Lo que para mí es progresivo, para ti es regresivo. Por algún lado habrá que salir. Dame tú la fórmula concreta que tenga en cuenta los indicadores de nivel de vida familiar. Yo lo que quiero, como tú, es que los ricos paguen más al Ministerio de Represión Fiscal, que es el que mejor nos representa a todos. No me valen las declaraciones de los sujetos contribuyentes porque los ricos lo tienen todo inventado para desgravar al máximo. Hay que ir a la medición objetiva de los estilos de vida. Pon tú un impuesto, si quieres, a los animales domésticos, pero el polinomio sería todavía más difícil. ¿Cuántos peces o cuántos pájaros vale un perro? No os riáis. Hay que ir a fórmulas sencillas que el contribuyente pueda calcular.

—¿Puedo hacer una pregunta? Llevo media hora intentando hablar y no hay manera —tomó la palabra Rosa Marqués—. Me parece que se han olvidado ustedes de que el nudo del problema es que la natalidad ha bajado por debajo del nivel de reemplazo y que para mantener el mismo número de habitantes tenemos que importar muchos niños. La solución que aporta el señor Hernández Bermúdez me parece muy alejada del tema. Yo le preguntaría cómo piensa atacarlo. No parece muy racional que sigamos presionando a las economías domésticas. Cuantos más hijos, más consumo. Así no va a recuperarse la natalidad.

—Si me permite, señora Marqués, le contestaré en un minuto, antes de que me llegue el zumbido, y eso que soy duro de oído. Esto es el huevo de Colón, mi querida señora y pido excusas. Si se dan subsidios elevados por cada hijo, sea propio o adoptado, lo normal es que se importen, como usted dice. Si de mí dependiera (yo ya estoy retirado de la política activa), eliminaría las subvenciones a las familias que adoptasen niños. Me atrevería a pensar que, si seguimos así, en unos pocos años el ochenta por ciento de los alumnos de la Enseñanza Fundamental van a ser de raza negra. Por supuesto, los españoles no somos racistas. Puestos a importar criaturas,

por lo menos sería aconsejable diversificar la demanda, si se me permite la expresión, y que se importaran niños de los países iberoamericanos. Después de todo, el mestizaje es lo nuestro.

—Lo del mestizaje no se referirá al mestizaje ideológico —dijo el moderador—. Veo, señor Francisco, que respira usted ideas muy contradictorias, supongo que derivadas también de experiencias muy distintas. Ya le acusaron a usted una vez de traer el divorcio a España y ahora le van a echar en cara su deseo de que pasemos a un crecimiento negativo de la población. No seguirá usted respirando por la herida, ¿verdad? Aquí hemos venido a solucionar un problema, no a plantear otros nuevos. Déjese el esquema de las deducciones familiares tal como está —entre otras cosas porque usted mismo lo promovió en su día— y veamos de hacer un nuevo impuesto que compense los fallos heredados de la contribución sobre la renta. Lo siento, pero ha consumido usted su tiempo. No puedo concederle ni un minuto más. Aproveche usted la oportunidad de poder interrumpir, por aclaraciones, a sus compañeros. Siento tener que cortar a quien me precede en dignidad, pero yo no hago las normas, sólo las cumplo. Llevo algunos años en este papel y me lo sé muy bien. Por favor, el siguiente. ¡Ah, la pantalla! Apenas sobrepasa los dos millones, dos millones cuatrocientos mil. No es muy popular su propuesta. Sobre todo lo del yogur no lo podemos tocar. Es un auténtico vicio nacional, y yo diría que no es de los más perjudiciales. El siguiente, he dicho.

# José Luis Rastacueros

**E**n un partido apellidado PSNTTSE lo raro era precisamente encontrar un ministro que hubiera sido trabajador manual. Estamos ante él. Hace mucho tiempo que no ha manejado un destornillador, pero es cierto que José Luis Rastacueros fue electricista en sus años mozos. Tanto es así que todavía los funcionarios de su departamento le siguen llamando «el Chispa». Su origen obrero se muestra en su escasa facundia, en los proverbiales tacos que suelta cada dos por tres, en un cierto gesto entre inseguro y cortante. Lleva muchos años de ministro de Seguridad Ciudadana. Cesó, como es natural, en la crisis de 1991, pero volvió a su antiguo cargo un año más tarde con el retorno del Líder Modélico. Es posible que se le, ofreciera otra vez el puesto porque nadie más lo quería. No es para menos. La economía española habrá crecido como nunca en el último decenio, pero a costa de una extraordinaria complicación de los problemas, que antes se llamaban de orden público y ahora se denominan de destitución. Un dato: en 1998 se ha descubierto el mayor alijo de drogas de la historia de la represión del narcotráfico. Nada menos que un petrolero entero de ochenta mil toneladas había estibado sus bodegas con cocaína, elaborada además en España y en Italia, los dos centros de producción más activos del mundo. El comentario del ministro Rastacueros, no por oído, resultó menos doliente: «Indiscutiblemente, hasta donde sabemos, se trata de un éxito de la operación policial».

El problema de las drogas alucinógenas ha llegado a extremos de difícil superación. Hace unos años hubo que prohibir las pilas de agua bendita de las iglesias para que no se utilizaran para lavar jeringuillas. Por la misma razón ha habido que eliminar, hace unos meses, el agua corriente de los lavabos públicos (incluidos los de la Renfe, que es ahora una compañía alemana).

La lucha contra el terrorismo se ha apagado después de la reciente independencia del País Vasco y de la política de «proscripción a las antípodas» (la frase es auténtica de Rastacueros). Ahora resulta que los vascos reivindican la zona vascofrancesa con atentados en Francia. Desde ese país se persigue a los terroristas, que se refugian en el «santuario» español. Es el cuento de nunca acabar. Lo que sí se ha desarticulado definitivamente es el GRAPO. Los «grapos» detenidos en la última redada eran hijos (y en algún caso hasta un nieto) de los primeros terroristas de esa organización, «desarticulados» ya en tiempos de Rodolfo Martín Pilla.

José Luis Rastacueros es el prototipo de fiel mozo del Partido, noblote, leal y disciplinado. Es un trabajador infatigable, que es lo que se suele decir cuando no destacan mucho las otras cualidades. Es posible que en su cargo no tengan por qué destacar. La verdad es que le ha tocado un Ministerio difícil. En este campo, como en otros, lo que se ha producido es una imparable corriente reprivatizadora. Prácticamente toda la plantilla de la policía está para «escotar» a los altos cargos. No hay policía para patrullar las calles. Cada empresa o cada comunidad de propietarios tiene que contratar su propia policía particular. Esto significa un peligro potencial, al haber más de un millón de personas particulares que van armadas, aunque sea con esos fines de protección legal. Es lógico que en ocasiones esas armas se utilicen en beneficio propio e ilegítimo.

La política reprivatizadora se ha seguido también con las cárceles y con la policía de tráfico. Lo que se ha ganado en menores costes se ha perdido en mayor corrupción. Hay ahora un reflujó de todas estas ideas y hasta se detecta un cierto movimiento que reivindica la reinstauración de la Guardia Civil, desaparecida en 1996.

José Luis Rastacueros participa raras veces en las teleconferencias, acaso por su dificultad de palabra o por el carácter reservado de sus tareas. Se ignora por qué fue seleccionado en esta ocasión. Se rumorea que va a ser cesado en el cargo, después de tantos años, para pasar a dirigir el complejo de seguridad de El Olivar. Sería un auténtico ascenso para este «viejo sindicalista», como él mismo suele autodefinirse. Oigamos ya su intervención.

—Yo pienso de que el impuesto tendría que ir en sendas direcciones: a sacar dinero de los que lo tienen y a contener las posibles conductas delictivas, o si ustedes quieren, a premiar los comportamientos dentro de la ley. El tema es que los actos constitutivos de delito suelen ser ocultos, pero se pueden rastrear por un

procedimiento indiciario, que se ha dicho aquí otras veces, y yo aprovecho para enfatizar que estoy de acuerdo con los que promueven esa noción de los sistemas indiciarios. Gravar el consumo de bienes de uso corriente me parece una soplapollez, si se me permite esa expresión bastante vulgar, pero enormemente clara, y la claridad es la cortesía del político, que decía Unamuno. En cambio, estoy de acuerdo con algún compañero que ha dicho que es la familia, el hogar, lo que determina la unidad contribuyente, no el individuo. Si en una familia hay una persona drogadicta, terrorista, alcohólica, fumadora, enganchada al yogur con drogas sintéticas o delincuente de alguna manera, parece justo imponerle una cuota impositiva más alta. Ya sé que hay muchos hogares humildes en que también se dan esas formas de destitución, pero la dirección de la causa es la contraria. Son pobres porque se engolfan. La «amenaza» de un impuesto sobre esas conductas serviría de disuasión y más todavía en los hogares más modestos.

—Un momento —pidió la palabra Georges Maura—. De modo que si acaban ustedes con esas formas de delincuencia o marginación, ¿desaparecerían también los impuestos? Sería la reducción al absurdo. Pagarían justos por pecadores y muchas víctimas aparecerían como culpables. Lo que hay que hacer es acabar con el terrorismo, las drogas y todo lo demás (incluido el maldito yogur) sin que las víctimas devengan culpables.

—Estamos en ello y usted lo sabe muy bien, Maura —continuó Rastacueros—. En este momento tenemos trasterrados a unos cuatro mil terroristas en las islas del Pacífico. Todos ellos reciben el equivalente a una pensión de un alto funcionario con la única condición de que no abandonen la isla respectiva. Cada semana sale un avión con nuevos expedicionarios. Antes eran mayormente vascos, pero ahora proceden de casi todas las autonomías. El último grupo son los Independentistas de Sayago. Esto pasa por aceptar la discusión sobre la autodeterminación de Zamora. Nuestra política ha demostrado ser la más eficaz y limpia en la lucha contra el terrorismo. Por lo menos hemos reducido enormemente el número de asesinatos innecesarios, aunque las cifras exactas sean difíciles de cuantificar. Obviamente nos cuesta una fortuna, pero vale más la paz social que es nuestra primera prioridad. No parece desacertado recuperar un poco del dinero invertido a través de un pequeño impuesto que recaiga sobre las familias de los terroristas. De otra forma, la «cantera» no concluiría nunca. Lo mismo pasa con los otros fenómenos de destitución. El cambio de clima, al que aquí se ha aludido varias veces (más calor y más lluvia), ha hecho que pasemos a ser el segundo país del mundo como productor de coca. La planta crece espontánea en todas las cadenas montañosas, especialmente el Guadarrama y los Pirineos. No nos interesa económicamente castigar la producción, aparte que sería imposible, pero sí podemos gravar el consumo, sobre todo desde que los derivados de la coca se despachan en la Seguridad Social en vista de que el peligro verdaderamente está en

las drogas sintéticas, incluso subrepticamente en algunas marcas de yogur. No hagan gestos, que yo sé lo que me digo. A propósito, ésta ha sido otra medida muy discutida, la de recetar la coca en la Seguridad Social, pero al final se vio que traía más ventajas que inconvenientes. El control social familiar es más eficaz y más barato que el de la policía. Si «castigamos» con un impuesto a los hogares donde hay problemas de destitución, éstos empezarán a atenuarse. Son muchos años los que llevo en la brega y me sé la lección. La erradicación del terrorismo y de las otras formas de destitución es una cuestión de poco tiempo más. Seguimos estando en el buen camino, como no se cansa de repetir nuestro Líder Modélico. Matemos dos pájaros de un tiro: al tiempo que acabamos con esta amenaza a la sociedad, consigamos nutrir los fondos del Estado, exhaustos los pobres. A la gente ya no le importa ir a la cárcel, sobre todo después del nuevo sistema de «aparcárceles» privadas en régimen de residencia abierta, pero a la gente sí le duele rascar sus bolsillos. No sé si me entienden lo que les quiero decir.

—Señores míos —interrumpió Morrell, visiblemente estrábico, con su más suasorio tono de predicador—, ya que se ha citado el latín, tengo que recordar que aquí estamos hablando más que nada de «tributos», voz que para los romanos significaba lo que los vencidos tenían que pagar a los vencedores para poder seguir viviendo. El vencido que no pagaba era aniquilado. Salvando todas las distancias, ésa parece ser la noción que aquí empieza a cristalizar en sus propuestas. Francamente, las encuentro demasiado punitivas. Luego no se extrañen de los comentarios sarcásticos que nos hacen al emblema del pez y la bola. No tiene que ser una pescadilla que se muerde la cola, en el sentido de que se devora a sí misma. Los que detentamos el poder no estamos aquí para comer a nadie, para castigar al ciudadano, sino para servir al pueblo. No son tributos lo que queremos imponer, sino que pedimos solidaridad. Creo que somos los primeros en dar ejemplo. Los ministros que han sido procesados por cohecho o tráfico de influencias se pueden contar con los dedos de una mano. Somos el Ministerio de Represión Fiscal porque si la solidaridad no funciona (éste es un lastre de siglos), entonces cae todo el peso del Estado sobre los que no contribuyen con alegría. El mercado es miope y el capitalismo no tiene prisa. Así que es función de los poderes públicos el armonizar las fuerzas del mercado para que se logre la armonía y la equidad. Por tanto, nada de castigar a nadie. Los contribuyentes son nuestros más directos colaboradores.

—Mira Morrell —contestó sin alterarse Rastacueros—. Yo llevo en esto tanto tiempo como tú y sé que nadie paga a gusto ningún impuesto. Ya que es una obligación, hagamos que la cumplan prioritariamente los que de alguna manera atentan contra la sociedad. Un ejemplo, hombre: piensen ustedes que tenemos más de cuatro millones de-extranjeros residentes en la sub-comunidad, de ellos igual la mitad son africanos. Yo no creo que exista el «criminal nato», pero sí que ciertos



parámetros sociales llevan a la delincuencia. Esto tenemos que atajarlo como sea y la mejor manera es que paguen o se vayan. No hay que confundir la hospitalidad con dar facilidades a todos los indeseables del mundo. La fórmula que propongo es preventiva para evitar males mayores.

—Bueno, no quiero discutir más. Veamos la pantalla de la verdad. No hago juicios de valor. Un millón y medio de votos. No es para entusiasmar. Necesitamos iniciativas un poco más esperanzadoras. Esperamos la suya, señor Chapines, que está usted muy callado. Sí, ya sé. Perdona que no le haya dado paso antes, pero todos quieren hablar al tiempo y eso está más allá de mi control. Adelante, por favor.

# Manuel Chapines

**E**s otro de los cargos que ha permanecido largo tiempo en el poder, quizá por su excelente relación con el Líder Modélico. Sólo ha variado de nombre. Su departamento, que era antes Ministerio de Trabajo, se denomina ahora Ministerio de Desempleo. Se supone que el trabajo lo da la sociedad en su conjunto y que al Estado propiamente tal compete la administración del desempleo. El cambio de nombre supuso una cura de humildad para el Gobierno. Entre una y otra etiqueta, el ministro Chapines osciló entre diversos puestos de responsabilidad e incluso participó en algunas aventuras económicas, como la que le llevó a organizar la empresa multinacional que comercializa la mangola (según las malas lenguas como testaferrero del propio Gómez). Es una muestra imaginativa de las iniciativas que crean muchos puestos de trabajo.

La lucha contra el paro, que lleva tantos años dirigiendo este veterano sindicalista, presenta un matiz favorable. No es sólo que la coyuntura económica haya cambiado, esa caprichosa articulación que se despliega cada equis tiempo. Lo más esencial ha sido que, después de tantos años, muchos parados se han ido jubilando o muriendo. No es sólo esta consideración pasiva lo que cuenta. La dinámica oficina de Chapines ha ido tomando algunas medidas ingeniosas. Por ejemplo, el decreto 6969 de 5 de agosto de 1996 por el que se estipula que en cada familia sólo se puede admitir un sueldo. De esta forma, si surgiera otra persona dispuesta a trabajar, y no encontrara acomodo laboral, pasaría automáticamente a engrosar las cifras de la población inactiva. Como la proporción de desempleo se calcula sobre la base de la población activa, esa proporción se reduce de esta manera a un mínimo tolerable. Un beneficioso efecto secundario del decreto 6969 es que propicia la emancipación de muchos jóvenes, que de otro modo seguirían viviendo luengos años en el hogar paterno. Muchos padres han respirado aliviados con la medida.

Aparte de su antigua adscripción sindical y de su paso por un bufete laboralista, Manuel Chapines aprovechó la crisis de 1991 para procurarse una estadía en el Comisariado para el Espacio Social Europeo, en Bruselas, donde aprendió, digamos, los trucos del oficio. Fue esa experiencia la que decidió al Líder Modélico a reponer a su colaborador en el puesto primitivo, previo cambio de nombre, como queda dicho.

Hay que reconocer lo ingrata que ha sido la tarea de Manuel Chapines. En esta sociedad finisecular, el avance tecnológico ha sido tan impresionante, que ya apenas quedan tareas que no puedan ser desempeñadas por máquinas. En la Presidencia del Gobierno se acaba de instalar una complicada estación de trabajo capaz de elaborar decretos, incluso con preámbulos y exposiciones de motivos que llevan un hondo contenido político y que presentan un discreto estilo literario. La maquinista es capaz de redactar por ella misma diez decretos por minuto y además traducirlos a todos los idiomas de la subcomunidad. Este trabajo equivale al de muchas horas de un amplio equipo de juristas, pasantes y secretarios. Lo más curioso es que la innovación se ha aplicado primeramente a la elaboración de decretos y órdenes ministeriales... para el Ministerio de Desempleo. En esas condiciones, tratar de reducir las cifras de paro es toda una proeza.

Hace algunos años, a raíz del desmantelamiento del Ministerio de Cultura, se planteó la posibilidad de hacer desaparecer también el Ministerio de Desempleo. En este caso, Manuel Chapines se opuso con todas sus fuerzas, entre ellas la derivada de su amistad con el Presidente. Tenía sus razones. Sólo la confección de las encuestas de población activa daba trabajo a varios miles de personas, bien que un trabajo ocasional en la mayor parte de los casos. Hay que reconocer que es un argumento. No es el supuesto de mayor parasitismo de la Administración. El ejemplo perfecto es el de los miles y miles de agentes municipales de tráfico que están sólo para poner multas de aparcamiento y cuya recaudación va a pagar los sueldos de dichos agentes. Pero dejemos que se exprese el ministro Chapines, testa poderosa, pómulos relucientes, mentón deportivo, bracitos cortos, acento seseante. Así habló.

—Simplemente decir que alguien nos está tomando el pelo deliberadamente. En cualquier caso, no sé quién nos ha convocado aquí, ante el público, armado de los botones de los retrograbadores. Pienso de que es con el propósito de ridiculizarnos,

no a nosotros, que llevamos en esto muchos años y más que llevaremos, sino a los poderes públicos, al Ejecutivo. Se nos hace definirnos frente a un tema que es más bien para tratarlo en el Gabinete y, de acuerdo con la Constitución, las deliberaciones del Gobierno son secretas. ¿Qué hacemos aquí entonces? Yo me rebelo a estar ante estas cámaras que no son precisamente las legislativas. A saber qué grado de utilización se va a hacer de lo que aquí digamos. Ya veo yo algún listo que publicará todo esto, aunque ahora mismo lo estarán grabando millones de hogares. Quiero pensar que los asuntos de Estado, y éste lo es, deberían de tener más discreción. Por otra parte, ¿dónde está el Presidente? Dejarlo en la sombra forma parte de esa misma estrategia oculta que nos hace hablar, queramos o no. La estrategia consiste en hacer caricatura de las instituciones más altas, como es el Gobierno de la subcomunidad. Este tipo de actuaciones no deberían de estar permitidas. Estoy seguro de que se nos hará decir aquí lo que nosotros no diríamos nunca, por supuesto, fuera de contexto. Algunos se empeñan, no sé con qué oscuros fines, en desmitificarlo todo, como si los pueblos no necesitasen de las utopías, y qué mejor utopía que nuestro permanente posicionamiento con la realidad. Llevamos menos de veinticinco años al frente de los destinos de la subcomunidad (con excepción del breve interregno, en el que tampoco estuvimos ausentes del todo), el «fecundo felipato» como lo llamaba el otro día el presidente del Consejo General de Intelectuales Orgánicos, Ludolfo Andamio. En tan poco tiempo hemos reprivatizado las falsas nacionalizaciones del régimen anterior, hemos constituido el ELAE (Estado Libre Asociado de Euskadi) con unas cotas de autogobierno para las demás autonomías jamás soñadas en este país, hemos implantado la semana laboral de veintidós horas para todos los ciudadanos y ciudadanas en activo, y aún estamos empezando, como quien dice, ante el horizonte del reto de la Comunidad ampliada, desde Vladivostok a Nouakchott. Después de ese currículum, tremendamente importante, ¿quién nos manda someternos a esta prueba?

—Le recuerdo, señor Chapines, que ha sido el propio Presidente, nuestro Líder Modélico, el que nos ha convocado —se oyó, como en un susurro de confesionario, la voz insinuante del moderador—. No me hagan más difícil esta faena, señores míos. Ciertamente, yo soy el primero en lamentar que nos hayamos visto obligados a esto. Es como si alguien nos estuviera estimulando a decir lo que teníamos callado, pero ésta es la servidumbre de la libertad de expresión. Así que le ruego, señor Chapines, que concrete el tema. ¿Cuál es su aporte en este debate público, al que nos obliga no sé si el destino o las circunstancias o ambas cosas a la vez? Por favor, concrete usted su pensamiento, a ser posible en el ámbito de su larga experiencia en lo laboral.

—Constatar de que el mundo del trabajo es el más sensible a estos temas. Estoy de acuerdo con el compañero Nicolás (me permitirá que todavía lo llame así, como en los viejos tiempos) en que los impuestos, en este país, los pagan los trabajadores. Hemos de ser tremendamente autocríticos, en esto como en todo, según dice nuestro

Presidente. Llamo trabajadores a los que están circunscritos al bloque semanal de veintidós horas. «El placer del veintidós», dice el acertado eslogan que hemos diseñado para vender esta reforma. Gracias a ese dispositivo no hay desempleo, pero también es verdad que hay demasiado ocio para casi todo el mundo. Ahora bien, las clases dirigentes siguen teniendo el privilegio de poder trabajar tantas horas como les convengan. Esos son los que tendrían que pagar el impuesto, todos los que superan las veintidós horas semanales. Excluyo, obviamente, a los altos cargos de la Administración porque lo suyo es una dedicación altruista, no un trabajo. Quedan, pues, alrededor de unas ochocientas mil personas al frente de las organizaciones privadas o en trabajos profesionales, artísticos o intelectuales. El tema yo lo veo muy fácil. Por cada hora que supere «el placer del veintidós», se tiene que pagar una cantidad a Hacienda. De esta manera se conseguiría un efecto secundario tremendamente importante: reducir las horas de trabajo y en consecuencia crear más empleo en puestos directivos y profesionales, que son precisamente los que exigen más calificación. De nada vale haber regulado la enseñanza obligatoria hasta los veintiún años, si luego no promovemos puestos de responsabilidad y dirección para la juventud. Los círculos Divino Tesoro de las Juventudes del Partido han presionado, y con toda legitimidad, en este sentido. ¿Que todavía quedaría un reducido grupo de «laboradictos» que quisieran trabajar cuarenta o más horas semanales como en los viejos tiempos? Allá cada cual. Eso sería un privilegio y por tanto tendrían que pagar por ello. No hay que olvidar lo que dijo nuestro Presidente en la promulgación de la Ley de la Semana Laboral Restringida: «Por cada hora que se supera la cota del bloque de veintidós horas semanales, se está quitando un puesto de trabajo a un joven que lo necesita». Parece lógico pensar que hemos de ser consecuentes y gravar con un impuesto al que así demuestra su insolidaridad. En el impuesto que propongo habría que ser doblemente estrictos con los que están obligados a la semana laboral de cero horas porque han superado la edad de jubilación (naturalmente siempre fuera de los casos de dedicación a las tareas del Estado), que hemos conseguido rebajarla a los cincuenta años. Porque vamos a ver, ¿se puede consentir que un escritor publique obras originales pasados los cincuenta años, cuando esas mismas páginas las podría suscribir bastante mejor un joven? ¿Es que no tiene suficiente el jubilado con su pensión vitalicia? Que no se diga, como ha dicho algún comentarista malévolo, que los escritores no dedicados a funciones del Estado lo que quieren es crear y no ganar dinero. Pueden crear perfectamente, asignados como están a los clubes de la tercera edad, como animadores culturales no retribuidos. Incluso, los menos rebeldes, pueden participar en los circuitos de conferencias (con gastos pagados) que se dan en toda la red subcomunitaria de clubes Divino Tesoro. Esto, señores, es trabajar por el progreso. No me duelen prendas decirlo.

—¿Me permite una matización, señor Chapines? —hablaba el moderador—. Su

propuesta es ingeniosa, pero siguen ustedes erre que erre con las ideas punitivas. Lo que es peor, amigo Chapines, su sugestión resulta ineficaz. Si usted castiga trabajar más horas, la gente se irá a su casa y en paz. Se crearán con ello más puestos de trabajo (que es lo que a usted le interesa, no nos engañemos), pero ni un ecu más para el Estado, que es lo que aquí nos preocupa, porque nos interesa el bienestar general. Así que cavile usted mejor, hombre.

Por un momento, el orondo Chapines, de generosa calva, no supo qué decir. No esperaba una ofensiva tan cortante. Menos mal que, para esta eventualidad, su jefe de prensa le había preparado la salida. Así que sacó la última fichita de reserva y, según leía, fue repentizando:

—Bueno, entonces, la situación es tremendamente importante. Es evidente, a mi juicio, ciertamente, en cualquier caso, que los servicios públicos resultan cada vez más colapsados por las necesidades artificiales que han ido creando en la ciudadanía las ofertas del Estado de bienestar. Esta es la raíz del problema y en ella está la solución. Propongo un impuesto global: la tasa por colapso de los servicios públicos. Todos los ciudadanos dispondrán de una línea de crédito para la utilización de los distintos servicios públicos. Por ejemplo, pueden ser atendidos de una operación grave en un hospital una vez cada cinco años, en un ambulatorio una vez al año; pueden requerir los servicios de la policía una vez al mes; tienen derecho a que se les atienda en una oficina pública una vez a la semana. Los ciudadanos se proveerán de una cartilla al respecto, que será sellada en cada uno de esos usos de los servicios públicos. Por cada atención ulterior, dado que contribuyen al colapso antedicho, los usuarios recibirán una penalización administrativa, es decir, una tasa especial que se devengará como la cuota que habría que pagar por el servicio correspondiente a precios de mercado. Este dispositivo lograría otro objetivo, acorde con el giro social del régimen, cual es el de la tendencia a reprivatizar muchos servicios públicos. Esta sería una forma de reprivatización de hecho, que contaría con el beneplácito de todos y cada uno de los interlocutores sociales. Se evitaría el colapso en los servicios públicos, que esto sí es de lo que se trata, me parece a mí.

—De todas formas —prosiguió el moderador— opino que algo así ya se ha dicho aquí. No confundan ustedes las tasas con los impuestos. El Estado tiene que seguir poniendo un precio a los servicios que imparte (éstas son las tasas), pero también ha de detraer una parte de la renta de los ciudadanos con independencia de la utilización que éstos hagan de los servicios. De no existir esta segunda forma de impuesto propiamente dicho, los ricos serían cada vez más ricos y aniquilarían al Estado, que somos un poco todos. De lo que se trata, siento repetirme tanto, es de arbitrar alguna fórmula aceptable para hacer más Estado al Estado y menos ricos a los ricos. Señor Chapines, veo por las pantallas de los retrograbadores que su propuesta ha recibido escasísimos votos de la audiencia. Lo siento. No, no, se ha terminado su tiempo.

Señor Terra, le estamos esperando. La imagen llega un poco distorsionada. ¿A ver?  
Ahora. ¿Me sigue?

# Narciso Terra

**E**s catalán, como Morrell, pero no «catalán del bosque», como se dice, sino del Ensanche, esto es, ciudadano, cosmopolita. Parece un hombre feliz. Sólo dos problemas, uno físico y otro psíquico, de menor cuantía. El físico es su tendencia a «hacer barriga», como él dice; una característica poco acorde con su papel de ministro de Paz y Seguridad (la conjunción en un superministerio de los antiguos departamentos de Defensa, Asuntos Exteriores y, en parte, Industria). El psíquico es su complejo de ser la reencarnación de Manuel Azaña, otro civil, otro intelectual, al frente de las Fuerzas Armadas. Los dos eran igualmente miopes y con un cuerpo parecido, fofo, grandullón y sin gracia. Ambos eran espíritus sensibles y selectos. Los dos intentaron despolitizar los ejércitos. Aquí acaban las semejanzas. Narciso Terra es un triunfador, sabe de economía, habla inglés, es catalán y ejerce. Felipe Gómez suele dejar caer que Azaña era «un amargao». No puede decir lo mismo de su colaborador, un hedonista profesional, un optimista nato.

El rival de Narciso Terra no ha sido ningún otro ministro, pues él fue siempre más que un ministro. Especialmente en el interregno de 1991 a 1992, período que él aprovechó ladinamente para erigirse en presidente de la Generalidad catalana. El baño popular fue suficiente y rápido. Ni por un momento dudó en volver con el Líder Modélico, una vez que éste se aposentó de nuevo en la jefatura, ya vitalicia, de Gobierno. Regresó, además, a su antiguo cargo, aunque, como en otros casos, previo un ligero retoque de etiqueta y una estudiada ampliación de funciones. ¿Quién mejor que el comerciante Terra para saber que las etiquetas son imprescindibles en el negocio? Además de ministro de Paz y Seguridad fue nombrado vicepresidente del Gobierno. Retirado el Líder Modélico a El Olivar, él era quien conducía la «política de cada día» en La Moncloa, primero, y luego en Bailén.

Durante su mandato en la Generalidad, a Terra se le planteó la tentación de la autodeterminación, como en el caso de los vascos. Tampoco lo dudó y eso que tenía que extremar sus veleidades nacionalistas para desbaratar a su oponente, su antiguo compañero de despacho Miguel Pedra, el sempiterno alcalde de Barcelona. Lo que hizo fue manejar con habilidad la presión independentista para conseguir él personalmente más poder, más prestigio, como hombre componedor, enemigo del *tot o res*. En la práctica, consiguió un especialísimo autogobierno para Cataluña, distinto del de las demás autonomías y alejado así mismo del modelo de Estado Libre Asociado que se habían dado los vascos. El tiempo le ha dado la razón. El ELA de Euskadi representa una nación agraria y decadente (bien que con sellos de correo propios), mientras que Cataluña concentra hoy el parque empresarial más moderno de Europa. Desde luego, la industria catalana (asociada en gran medida a la japonesa y coreana, todo hay que decirlo) es hoy la principal exportadora de sistemas de seguridad de todo el continente europeo. Se comprende que los empresarios catalanes quisieran ver otra vez a su paisano al frente de los destinos militares. ¿Quién iba a imaginar hace unos años que Cataluña iba a exportar armas al Reino de Rusia (antes Unión Soviética)? El artífice de ese milagro está hoy en la teleconferencia. Precisamente fue él quien descubrió el peligro potencial que iba a representar en pocos años el rearme de Indonesia y la tesis de la democracia no participativa que se ha difundido desde ese país. Indonesia es hoy la gran amenaza mundial y son pequeños todos los esfuerzos que se hagan para resistir ese brutal superpoder. Todo esto nos parece hoy un razonamiento conocido y admitido por todos, pero en su día fue el novedoso argumento de Terra que sirvió para unificar el Pacto de Varsovia con la OTAN. En esta teleconferencia sus palabras despertaron una gran expectación.

—Le sigo perfectamente. Es usted el que no me ha dado entrada cuando se la he pedido. Como que la comunicación va por satélite... Nosotros vamos a resucitar la vieja tradición de la «cuota». Así matamos dos pájaros de un tiro, para emplear la expresión que acabamos de oír. Por un lado, recaudaremos los impuestos necesarios y por otro solventaremos el pavoroso problema de la insumisión. Este año hemos hecho un 40 por ciento de insumisos más un 20 por ciento de prófugos. En total, seis de cada diez mozos y mozas obligados al servicio militar se excluyen de ese deber.

Cierto es que, con la incorporación de las mujeres y la automatización de las armas, ya no necesitamos reemplazos tan numerosos, pero la desmoralización de la tropa es evidente, sobre todo después de la mala experiencia de la guerra del Norte y de la permuta de Ceuta y Melilla. Cada vez que vengo a Bruselas me lo recuerdan mis colegas. Esto ha de corregirse. El impuesto de cuota es muy sencillo. Todos los mozos y mozas están obligados al servicio. No hay excepciones. Para liberarse de la obligación, basta con pagar una tasa, cuya cuantía fijaremos en su día. Después de todo, el servicio militar no es más que un impuesto en especie. No lo podemos sacar sin más. Parece más moderno que se pueda satisfacer en dinero. Esto permitiría al Estado un ingreso regular de fácil recaudación. Me adelanto a las críticas que va a recibir este proyecto: que «la guerra la harían los pobres». Pobre concepto de la guerra. Es palabra que no me gusta. Nosotros no hacemos guerras, como en el pasado. *Bellum gerant fortes*, es decir, que hagan los poderosos las guerras. Nosotros somos un pequeño país pacífico, que sólo se preocupa por mantener la paz y la seguridad del área de referencia. En ella convivimos con nuestros vecinos, amigos y aliados: franceses, vascos, portugueses y marroquíes. Lo que nos preocupa es que el resto del mundo (excepto Indonesia, es claro) se interese por esas cuestiones de paz y seguridad y así les podamos vender armas, o mejor, dispositivos de defensa. Tanto es así que la mayoría de los mozos y de las mozas del reemplazo los tenemos actualmente en misiones de distribución de esos dispositivos por todo el mundo. Aun así, las comisiones son escasas y la mayoría prefiere trabajar en la economía civil. Nosotros no estamos en contra de esa legítima aspiración..., siempre que paguen. El que no quiera participar en la patriótica misión de difundir los dispositivos defensivos españoles por toda la geografía global tendrá que contribuir con la cuota correspondiente. Este es el impuesto más justo, lo digo como economista que soy. Pondremos, incluso, una cuota obligatoria mínima y una cuota extraordinaria y voluntaria para todos aquellos que quieran contribuir generosamente a esta patriótica labor. A los que decidan hacer país de este modo, les diremos: Señores, ante su gesto nos sacamos el sombrero.

El encendido parlamento del ministro de Paz y Seguridad fue seguido con atención por los participantes de la teleconferencia. Se veía en sus caras. Hablaba Terra desde el puente de mando del portahelicópteros que acababa de ser entregado a las Fuerzas Reales de Marruecos. Sus ojillos brillaban de ingenio y malicia, gesto al que acompañaba una sonrisa de satisfacción en su cuerpo orondo, grasiento, del que destacaban también las manitas regordetas como apéndice móvil de unos brazos demasiado cortos. La figura era lo menos marcial que uno pueda imaginar. Es más, destilaba la bonhomía que suelen tener los tenderos de su tierra. Se rumoreaba que era el delfín del Líder Modélico, seguramente por su mole carnosa y su agilidad mental. Para ser un auténtico delfín, esto es, heredero del número uno, le sobraban



años y caderas. Las malas lenguas le criticaban la voz aflautada, que se escapaba, sorprendentemente, de aquella figura adiposa, casi como una venus esteatopigia. Habladurías. Lo cierto era que daba vuelta y media en astucia política a todos sus oponentes. Suya fue la idea, como hemos dicho, de fundir en una sola organización la OTAN y el Pacto de Varsovia para conjurar la terrible amenaza de Indonesia. A partir de ahí se demostró que los asuntos de Defensa y de Exteriores tenían que ir unidos. El hecho es que, cuando Narciso Terra hablaba, nadie le contradecía. Tampoco en esta ocasión. Solamente hay que destacar el estrambote del ministro Morrell, por una vez dubitativo y más bizqueante que de costumbre.

—Quiero abundar en lo que ha dicho mi compañero Narciso Terra. Entiendo que sería poco equitativo que la cuota del servicio (militar, por supuesto) se hiciera por igual para todas las personas. Tendría que arbitrarse un polinomio para hacer equivaler la cantidad a pagar con la mitad del montante de los ingresos que podría devengar el sujeto tributario a lo largo de un año de trabajo en una ocupación civil, la más cercana a sus posibilidades. Incluso ese 50 por ciento podría escalonarse según un gradiente progresivo en función de los ingresos familiares, ajustados naturalmente al índice de inflación.

—No descendamos a detalles —le interrumpió con un falsete Narciso Terra—. Aquí lo que se discute es de principios. No es éste el lugar para tecnicidades. Mi departamento es el único que afecta sin excepción a todos los ciudadanos y ciudadanas. Por lo tanto, es el que tiene capacidad de recoger el grueso de los fondos públicos que en este momento se necesitan. Aprovecho para decir que si queremos ser competitivos en nuestra principal partida de exportaciones, que es la venta de dispositivos de seguridad, hemos de dar más facilidades fiscales a los compradores, hoy prácticamente todos los Estados del mundo libre. La guerra actual es una guerra de escandallos. Nos hemos convertido en una formidable potencia de paz y seguridad. No vamos a renunciar a ello. En este momento, el 80 por ciento de los efectivos de investigación y desarrollo en nuestras universidades trabajan en proyectos de paz y seguridad que subvenciona mi departamento de alguna manera. Son actividades todas ellas de «trabajo intensivo», es decir, que proporcionan mucha mano de obra y mucho cerebro también. Es lógico que si el país se beneficia tanto de esa actividad, haya que devolver la parte correspondiente al Fisco. Es una cuestión de justicia distributiva. «Justicia» porque es el ideal que persigue nuestro Partido (*The New York Times* lo llamaba el otro día «el partido justicialista de Europa») y «distributiva» porque la distribución de sistemas de paz y seguridad por todo el mundo es nuestro principal negocio, el negocio del Estado.

Las últimas palabras fueron acompañadas por los aplausos de algunos asistentes a la teleconferencia. Era la oratoria arrebatadora del delfín, aunque a veces se le criticara por su acento catalán (pura envidia). La expresión «el negocio del Estado» la

empleaba mucho Narciso Terra para contestar a la opinión de la izquierda que hablaba del «Estado de los negocios» para referirse despectivamente a la política económica del Gobierno. Narciso Terra era un gran dialéctico. Una vez en el Parlamento, ante la ironía de Pablo Aragonés, el veterano líder de Izquierda Federada, quien pronunció lo de «felipismo rima con fascismo», Terra le contestó con gran rapidez: «Sí, y también izquierda rima con mierda».

Aunque era de esperar —había sucedido otras veces—, los retrograbadores se volcaban tras las palabras de Terra. Más de diez millones de televidentes habían apoyado sus palabras, una cifra destacada, pues en estas confrontaciones la mayoría de la audiencia permanecía silente. Este dato quería decir otra cosa: que muchas familias iban a pagar con gusto la «cuota» anunciada para que sus hijos no fueran al servicio militar. Una vez más, Narciso Terra había dado en el clavo. Lo que no señalaba el dispositivo de los retrograbadores era cuántos de esos votos eran de militares. No sabemos si tal pensamiento pasó por la cabeza de Terra mientras contemplaba satisfecho el baile de cifras en la pantalla. De suceder tal cosa, seguramente lo habría desechado como parte de la pesadilla de Azaña.



# Enrique Música Hatroz

Vasco y judío a la vez, hermosa combinación, que se refleja en su nariz aguileña y en el gusto por los placeres de la mesa. Siempre se consideró excepcional. De pequeño, en el colegio (el único que en España llevaba el pleonasma de Colegio Católico de Santa María) fue exonerado de la obligación de oír misa todos los días. En sus años adolescentes tuvo veleidades literarias que luego mantuvo en la reserva. Se especializó más bien en ser un auténtico animal político. Lo consiguió.

Pasó unos años «castigado» por haber conspirado con los militares para formar con ellos una especie de Gobierno de concentración nacional. Luego aterrizó en el Ministerio de Justicia como podía haberlo hecho en el de Marina. De él nació la idea de repartir frasquitos de lejía en las cárceles para que los presos drogadictos desinfectaran las jeringuillas. Más práctica fue la siguiente medida complementaria. Simplemente los presos en la fase terminal por drogas o sida eran excarcelados. De este modo, no morían en la cárcel y por lo tanto no existía el problema correspondiente. «Muerto el perro, se acabó la rabia», se rumorea que dijo el caudillo Gómez cuando le comentaron la medida. Parece más bien otra maledicencia.

Después del interregno de 1991 y la definitiva entronización de Gómez, Música Hatroz fue uno de los ministros que no volvió a su lugar anterior. Tras un nuevo retiro en los cuarteles del Partido —donde siempre había destacado por su capacidad de estrategia y de llevarse bien con todo el mundo— fue ascendido al cargo que ahora ocupa con gran brillantez: vicerrey en el ELA de Euskadi. Su labor es puramente honorífica (un poco como los gobernadores generales de la Commonwealth), pero muy influyente. Siempre ha sido uno de esos raros políticos que prefieren la influencia al poder. El cargo de vicerrey, por ser único, le permite un protocolo personalísimo y una dosis de influencia extraordinaria. Aquí hay que apelar otra vez al rumor. Este dice que su ascenso se debió a una pirueta literaria. Contémosla.

Enrique Música Hatroz dirige una revista cultural, *Reflejos*, fundada por él mismo hace ya bastantes años. Es una revista minoritaria, pero muy leída en la república de las letras. Pues bien, en un número extraordinario sobre el vigésimo aniversario del Congreso de Suresnes, en 1994, la citada revista publicó un soneto dedicado al caudillo Gómez, firmado por un tal Angel Maverick. Nunca se supo quién se ocultaba bajo el seudónimo, pero la versión más autorizada lo atribuyó a la pluma de Música Hatroz. La otra versión, que lo asociaba a Joaquín Menina, era menos fiable. Menina también escribe versos satíricos, pero le gusta más el verso libre (no podía ser menos). Fuera o no cierta la autoría de Música Hatroz, lo cierto es que el soneto, que quería ser satírico, agradó sobremanera al Presidente. Tanto es así que a partir de esa fecha se popularizó el título de «Líder Modélico» para llamarle en público. Aunque nunca se ha reflejado en una disposición general, lo cierto es que la expresión cuajó y todo el mundo la emplea. Los lectores han visto mil veces reproducido el soneto. Si lo registramos aquí es como recuerdo de un episodio amable de la vida política española:

### CHARADA PARA UN CAUDILLO

*Avisen al que sea navegante,  
no importa quién fuere el destinatario.  
Háganlo con carácter prioritario,  
digan que es tremendamente importante*

*No muevan demasiado el incensario.  
Del mar es pescador perseverante.  
Caudillo popular, buen gobernante,  
del PSOE fue primer secretario.*

*Es de Híspalis, como era Trajano.  
En Montelarreina superó el IPE  
ESE, con notable espíritu bélico*

*Sol del tercer mundo es el sevillano.  
Han acertado ustedes. Es Felipe  
Gómez, el amado Líder Modélico.*

Una única tacha debe señalársele a Música Hatroz: su feroz anticomunismo, acaso por el hecho de haber sido comunista en su juventud. No ha superado el trauma del renegado. En este sincrético principio de siglo, ser anticomunista es como ser antiesclavista o abolicionista o arriano. No se entiende contra quién lucha hoy un anticomunista. Tanto es así que hay quien ha inscrito al bueno de Enrique Música Hatroz entre los compañeros de viaje de la secta Moon. Puede que juegue aquí el factor del carácter antimusulmán que suele distinguir el credo de los «moonies». Hasta se dice que nuestro personaje ha participado en no sé qué ceremonia de matrimonio colectivo de dicha secta. El dato es inverificable, desde luego. A Música Hatroz siempre le ha acompañado el bulo.

Nuestro hombre es la viva estampa del optimismo en política. Su vitalidad resulta extraordinaria en medio de una cúpula del Partido a la que se tacha de gerontocrática. Su cabello era blanco, pero ahora (después del último matrimonio) se lo tiñe de negro azabache, y adorna ensortijado y rebelde su gran cabeza. El pueblo lo denomina cariñosamente P.C., unos dicen —sigue el rumor— que por Partido Comunista y otros por «Pelo Cojonesa». La gente no tiene otra cosa en qué discurrir.

—Yo, señores, es bien sabido, tengo un temperamento lúdico y soy un gran aficionado a la lotería, a los toros y al mus, por ese orden. La combinación no puede ser más española, lo digo porque me considero español a fuer de vasco, aunque ahora la mayoría de los vascos hayan decidido formar su propia subcomunidad, si bien reconociendo al Rey de España como Jefe del Estado. Digo esto porque en las tres aficiones —la lotería, los toros y el mus— cuenta mucho la suerte. Suerte de varas o suerte de matar se dice en los toros. Pues bien, si la creencia en la suerte es tan profunda entre los españoles, ¿por qué no organizar el impuesto principal como una lotería? Una lotería al revés, se entiende. Cada uno de nosotros tiene ya un NIF (Número de Identificación Fiscal). No hay dos iguales, por definición. Si los hubiera, ya nos cuidaríamos de deshacer el entuerto. El impuesto seleccionaría al azar, cada semana (para darle más emoción), una lista de números «desgraciados» con la obligación de pagar a Represión Fiscal. El juego se podría complicar todavía un poco más, lo que le daría más interés y de paso redondearía los ingresos tributarios. Los ciudadanos y ciudadanas podrían «comprar» su número cada semana, o mejor, «rescatarlo». Esto significa que si pagan una pequeña cantidad fija, su número no entraría en el sorteo. Lo cual quiere decir que los ricos, que buscan la seguridad, estarían menos expuestos al «premio» negativo de tener que pagar de forma extraordinaria, pero irían pagando de todas maneras de un modo fijo, regular. El sistema presenta un efecto inesperado, cual es el de llenar las inmensas horas de ocio con las que la gente no sabe qué hacer. Lo de la semana de las veintidós horas es una verdadera angustia subcomunitaria, tengo que decirlo. Es tal el interés de los españoles por los juegos de azar que con este procedimiento serían muchas las personas que asistirían alborozadas a los «sorteos negativos» semanales. En un número infinito de jugadas todos habríamos pagado lo mismo. Es decir, a la larga el sistema resulta tremendamente justo.

Por un momento se produjo un silencio de sorpresa. Ninguna pantalla pedía participar y hasta el moderador se había quedado traspuesto. El ministro Música Hatroz se había parado como esperando una réplica o un aplauso. Aprovechó para encender el puro, que se le había apagado. Era uno de los pocos personajes públicos a los que se le dejaba fumar delante de la cámara. El otro era Luis Umbría. La explicación para estas dos excepciones era que ambos formaban parte del Consejo Exportador de Tabaco, otro de los capítulos que había subido rampante en las cifras de nuestro comercio exterior. Música y Umbría habían fomentado una fundación para el estudio de los efectos benéficos del tabaco sobre la fertilidad. Después de todo, si el cáncer se podía prevenir con la ingesta de grandes cantidades de yogur, tampoco había que cuidarse mucho de los efectos cancerígenos del tabaco. Más preocupante era el posible efecto esterilizante del yogur. ¿No estaría en el nuevo vicio nacional la clave del descenso de la natalidad? Hay sospechas de que el tabaco puede corregir la infertilidad, que ésta es la verdadera plaga de este comienzo del tercer milenio.

El hielo se rompió con un constructivo comentario por parte de Joaquín Menina, pertrechado siempre de argumentos estadísticos, a pesar de su imagen de novelista exitoso:

—Aplaudo la iniciativa del compañero Enrique Música. Una única observación: las leyes del azar harían que pagaran este impuesto los ciudadanos modestos, que son los más. Se me ocurre un arreglo. En lugar de que cada uno tuviera un número para esa lotería negativa, se podría arbitrar un dispositivo para que las familias con mayores posibles tuvieran más números. Por ejemplo, en proporción a los yogures consumidos, si es que se acepta este indicador propuesto por Hernández Bermúdez, que a mí me parece tan realista e imaginativo a la vez. El único inconveniente sería, como en otros casos, el de la posible ocultación. Aprovecho para decir algo que antes no he podido comunicar por la pantalla, lo hemos comentado aquí algunos antes de empezar la teleconferencia: el único modo de frenar el consumo de yogures, en verdad preocupante, es mediante una cartilla nominal. De ese modo podríamos obtener, además, una estadística precisa.

—Si ésa es la única reserva, la admito, pues —continuó Música Hatroz—. Como pueden ver, mi invento de la «lotería fiscal negativa» no tiene vuelta de hoja. Lotería, para empezar, claro. Luego se podría democratizar aún más, adaptándola al juego de las maquinitas recreativas, que existen en todas las yogurterías del país. Definitivamente somos un pueblo lúdico y hedonista. No vamos a renunciar a lo mejor de nuestra estirpe.

—Pues tengo que felicitar a nuestro invitado —habló esbozando una sonrisa de oreja a oreja el moderador—. Estoy viendo la pantalla del retrograbador y compruebo, eso es, que los números avanzan vertiginosos. A este ritmo los votos van a pasar de los diez millones. Se ve que, en efecto, a la gente le gusta eso de la lotería,

aunque sea para pagar. Este es el ideal, que yo decía, del impuesto que se paga a gusto, en plan de colaboración con los poderes públicos. Ya veo el eslogan: «Contribuir deleitando». ¡Doce millones y sigue subiendo! Me saco el sombrero, señores. No hubiera yo apoyado, en principio, como técnico, una solución así, tan poco seria, pero la democracia tiene sus exigencias. Esto es también el mercado. Trece millones y pico de votos. Por ahora, la propuesta más aceptada. Qué quieres que te diga, amigo Enrique. Enhorabuena a nuestro flamante vicerrey.

# Rosa Marqués

**S**ocióloga, inquieta, voluntariosa, con más sentido del trabajo que del humor. Acostumbra a sentarse descalza con los pies sobre el sofá, postura asaz turbadora para el visitante. Pasó del anonimato de hacer encuestas para el vicepresidente del Gobierno a portavoz del Gobierno. Con gran sorpresa, descubrió ella misma que en tal cargo se le notaba un terrible defecto, del que ni siquiera se habían percatado sus alumnos en los años de la universidad: que no sabía hablar en público. Sobre todo le fallaban las concordancias. Buscaba ansiosamente en la memoria algunas palabras que se resistían a salir del almacén cerebral, lo que le provocaba una pertinaz arruga en el entrecejo. Esta dislalia es muy corriente en el gremio político, pero «canta» en el cargo de portavoz del Gobierno. Hay que reconocer el espíritu de superación de Rosa Marqués. A finales de 1990, en vista de que no mejoraba su expresión oral, se fue una temporada a Londres, a la Academia Dolittle, especializada en el arte de hablar en público. No se sabe si llegó a estudiar con Mr. Higgins, pero el caso es que, al cabo de unos meses, volvió con una expresión oral casi perfecta. De paso, aprendió inglés tan bien que, años después, sería nombrada embajadora en Washington. Lo malo es que en el habla castellana se le quedaron prendidas muchas expresiones anglicanas. La tacha no era mala del todo. En los círculos políticos se estilaba mucho el uso de palabras o expresiones traducidas literalmente del inglés, aunque el sentido se resintiera un poco.

Después de su estancia en Washington, Rosa Marqués accedió al puesto de comisaria de Relaciones con la Comunidad. Suya fue la iniciativa, que ahora se discute en Estrasburgo, de obligar a los Estados miembros a otorgar «en propiedad» los cargos de ministro o equivalentes. El ministro puede rotar de puesto, pero una vez que se llega a esa posición, ya no lo abandona, como sucede con el resto de los funcionarios.

Experta como es Rosa Marqués en sociología de la familia, su opinión fue tenida muy en cuenta en la ley que permitió la poligamia (y que de paso ayudaba a su antiguo mentor, Alfonso Paz). La ley especificaba el sentido técnico de esa expresión, no el vulgar, es decir, admitía la posibilidad del matrimonio con varios cónyuges, con independencia del sexo del sujeto. Como es natural —han pasado ya algunos años—, la ley levantó en su día fuertes polémicas. En honor de la verdad, hay que decir también que Rosa Marqués ha sido siempre monógama, rara condición en su ambiente. El caso recuerda el de Francisco Hernández Bermúdez, quien, siendo ministro de Justicia en el Partido Centrista, impulsó la ley de divorcio en España, aunque él no se divorció, para general frustración de tantas lenguas bífidas. No siempre los políticos promueven las leyes para su provecho personal. Estos ejemplos lo demuestran.

—Supongo que el que sea la única mujer de este debate y el que se me haya puesto en el último lugar no quiere decir nada sobre el hecho de la discriminación de las mujeres en este país. No soy yo precisamente una adherente del feminismo, pero en mi etapa de embajadora en Washington trabé contacto con el movimiento feminista en favor de la huelga fiscal. Mi sucesor en el cargo, el compañero Luis Martínez-Zúñiga, sabe de esto más que yo porque le ha tocado vivir de cerca todo su desarrollo. Es un movimiento que ha avanzado incontenible hasta paralizar la vida parlamentaria norteamericana. No sabemos si el movimiento va a conseguir enraizarse en España, aunque todo lo que procede de la gran nación americana es nuestro referente inmediato. Ahí está la moda de las yogurterías o la supresión del alcohol como hábito social. Lo que hay que hacer en este caso de la huelga fiscal es adelantarse a las reformas pertinentes para que tal protesta no tenga lugar. De momento, hemos admitido la figura de «objeto de conciencia fiscal», similar a la



militar, y ya tenemos unos cuantos miles de «insumisos fiscales», que no quieren pagar impuestos. Los más radicales se oponen también al pago de tasas y multas. Tengo que decir que la mayor parte de los «insumisos fiscales» son amas de casa, como, por cierto, la mayor parte de los «insumisos militares» son mujeres. Mi propuesta es que nos debemos adelantar a los acontecimientos, debemos asumir esos hechos y no restarles la importancia que merecen. Paso a concretar mis reflexiones en torno al «agujero fiscal», que no va a ser tan difícil de rellenar como el «agujero de ozono» de los polos. Basta con que contemos con la colaboración de las mujeres. ¿No se ha producido el «agujero» por la suma ingente de deducciones familiares? Pues suprimámoslas. A cambio, reconozcamos que traer hijos al mundo, cuidarlos y cuidar al resto de los familiares y a la casa en su globalidad es una tarea importante que merece ser remunerada. Vamos a remunerarla. Por supuesto, con la retención correspondiente. Lo cual supondría una corriente inestimable de ingresos para el Tesoro Público.

—Perdóneme una curiosidad, señora Marqués —se hizo en la pantalla el rostro arrugadísimo, picassiano, de Hernández Bermúdez—. No me parece consistente su argumento. ¿De dónde va a salir el dinero para pagar a las amas de casa? ¿De los otros sueldos familiares? Sería entonces una mera transferencia dentro de la unidad doméstica. ¿Del Estado? El «agujero fiscal» adquiriría proporciones cósmicas: sería un verdadero «agujero negro» que todo se lo tragaría. En cualquier caso, la decisión provocaría una inflación no ya galopante, sino de estampida. La economía de la subcomunidad española no está preparada para eso.

—Déjeme terminar. Encima que hablo la última, me cortan la palabra. Informar de que, al haber desaparecido el desempleo con la iniciativa de la semana de veintidós horas y el adelanto de la jubilación a los cincuenta años de edad, bien se podría derivar el dinero, que antes se gastaba en subvencionar a los parados, en retribuir el trabajo de las amas de casa. Esto se está haciendo en parte en Estados Unidos y no estamos hablando precisamente de un país socialista. Aquí podríamos ser un poco más progresivos si hemos de asumir el proyecto de progreso que está en nuestra plataforma. Se podría empezar por el equivalente al salario mínimo interprofesional para ir ascendiendo por un gradiente baremizado en función del número de hijos menores y jubilados en la casa.

—Le pido perdón si interrumpo —era la imagen del moderador, visiblemente fatigado—, pero lo que propone usted incrementa el gasto público, no lo alivia y además no nos propone ningún nuevo ingreso sustancial, que es lo que aquí nos convoca. Cíñase al tema, por favor.

—Si es que no me dejan redondear mi argumento. Lo mío es un paquete de medidas en favor del grupo más destituido de la sociedad, que son las mujeres. Por un lado, se daría un subsidio a las amas de casa y por otro las personas activas pagarían

un impuesto extra por el hecho de estar trabajando. Téngase en cuenta que las personas ocupadas son una minoría de la población (apenas siete millones), pero son la minoría privilegiada. No me parece justo que, encima de tener trabajo, cobren los cuantiosos salarios que asegura el Estado del bienestar. Al menos que una parte de ese salario revierta al Estado. Ya veo a través de las pantallas que casi todos ustedes hacen gestos de protesta. No se alarmen mis queridos amigos. En el impuesto no incluyo a los dirigentes de la Administración, como es obvio, por lo mismo que se excluyen de la normativa de la semana de las veintidós horas y de la edad de jubilación a los cincuenta años. Quedamos en que lo nuestro no es un trabajo, sino una dedicación indeclinable al interés público. La prueba es que todos los que nos encontramos aquí estábamos ya en el servicio público hace quince años y algunos hace más de veinte años. Eso es un buen síntoma de salud de una clase dirigente. Pero a lo que iba y sintetizo, que ya veo al moderador amenazándome con el zumbido. La combinación de un subsidio a las amas de casa y de una retención extraordinaria en el sueldo de las personas ocupadas (casi todas ellas varones, hay que decirlo, en esto hemos retrocedido muchísimo) significaría un alivio para la población femenina. Después de todo, son las mujeres las que siguen trayendo los hijos al mundo, aunque sea ahora por implantación. Si no se ayuda especialmente a este sector, el problema número uno, que es el del retroceso demográfico, se agudizará. A este ritmo, en la próxima generación seremos ya una subcomunidad de mulatos. Me imagino el argumento de una posible ley para conceder una cuota del 25 por ciento a los negros en todos los puestos de trabajo de cierta calificación. Antes de llegar a ese extremo habrá que pensar un poco. No podemos seguir importando cada año doscientos mil niños africanos. Yo no soy una racista y en Washington traté mucho a los negros, pero la cuestión es muy sensitiva. Si no ayudamos a las mujeres, éstas seguirán adelante con la «insumisión sexual», ya saben a lo que me refiero. Las consecuencias pueden ser imprevisibles. Noto que se me está acabando el tiempo.

—¿Puedo intervenir? —se asomó a la pantalla la cara bermeja de Carlos Tomillo—. Supongo que en lo de la «insumisión sexual» estará incluido el precedente de la famosa sentencia de la Audiencia de Barcelona, de abril de 1989, la tengo aquí, en la que se sostenía, leo, que «toda mujer, por prostituta o débil mental que sea, tiene el total derecho a que sólo le toque el culo quien ella consienta». Creo yo que es un buen principio.

—Estoy de acuerdo —continuó Rosa Marqués perfectamente seria, en contraste con su oponente, que parecía regocijado por la travesura—. Estoy de acuerdo con tal de que se elimine esa cláusula de «por prostituta o débil mental que sea». Me parece un lenguaje abusivo. Es como si yo digo que «todos los ministros, por chulos o cretinos que sean, tienen derecho a que se les respete». Estamos en las mismas. La «insumisión sexual» es algo más profundo. Consiste en que va a llegar un día en que

muchas mujeres hagan «huelga de holganza», vaya que se van a negar al cumplimiento conyugal. Sobre todo porque ahora no se necesitan las relaciones sexuales para tener hijos. Me parece un gran progreso. Así las relaciones entre los sexos, hasta ahora tan envidiosas, podrán ser por fin entre personas libres e iguales.

—Señora Marqués —interrumpió el moderador, con cara desencajada—. No quisiera parecer machista, pero el tiempo se nos ha ido hace un buen rato y aquí no mando yo, sino la publicidad. Son las leyes del mercado, la «mano invisible». Esto iba muy bien, pero nos estamos saliendo de madre y nunca mejor dicho. Los televidentes tienen que votar y la verdad yo, en su lugar, no sabría cuál es la propuesta que usted ha hecho. Estoy seguro de que alguno habrá entendido que aquí hay que votar si hay derecho a tocar el culo de las...

—¡Protesto! —gritó, no, aulló enfurecida Rosa Marqués—. Está usted condicionando el voto y además con groserías. Esto no es *fair play*, mi amigo. Me parece insano que un moderador tome partido. O se conduce el programa de otra manera o no pienso atender a más teleconferencias. Punto.

—Bueno, bueno, no se irrite, no tome a mal mis palabras. No he sido yo quien ha traído a relucir esa sentencia, tan famosa como desgraciada. Lo que más siento es que haya sido en Barcelona. Pero veamos ya los resultados del retrograbador. Esto va muy despacio, señora Marqués. Lo siento. A pesar de que sabemos que la mayor parte de la audiencia es femenina. ¿A ver? No llegan a tres millones de votos. Esto es la democracia directa. Tampoco es mal nivel, teniendo en cuenta que muchos maridos van a estar en contra de lo que usted ha dicho. No se me excite otra vez, madre de Dios, ¿qué le han dado a esta señora? Entonces, hemos rebasado el tiempo con creces. Mi papel de moderador termina aquí. Sólo recordar que este debate no tiene ninguna virtualidad jurídica, es sólo una forma de participación al más alto nivel. Esta noche hemos planteado un nuevo sistema de colectivización pacífica de los recursos públicos, que no otra cosa son los impuestos. Vamos hacia una fiscalidad más robusta. La subcomunidad española haría un mal negocio si no destinara los recursos necesarios para las necesidades que sólo pueden satisfacerse a través de actuaciones públicas en sectores cuyas carencias son evidentes, para asegurar una mayor cohesión social y las necesarias economías externas. El gasto público, con todos sus problemas, no puede ser el muñeco de trapo, la cucaña nacional, contra el que se descarguen, desde todos los acimuts, todas las descalificaciones y reproches. Por eso hemos planteado aquí los temas con entera libertad, con total pluralismo. En la sociología española, el gran desafío no son los impuestos, sino los servicios públicos. Entre otras cosas, porque, a mejores servicios públicos, mejor información sobre los contribuyentes. Nosotros —y al decir nosotros hablo por la Administración Tributaria— tenemos hoy una información que no teníamos ayer y mañana tendremos una información que no tenemos hoy. De momento disponemos de la información

suficiente como para tener ocupado a Represión Fiscal durante todo este siglo que pronto va a empezar. Llegará un día en que Represión Fiscal esté al tanto de todos los presupuestos de los hogares, día por día, ingresos y gastos, por mínimos que sean.

Las amas de casa no tienen que temer esta fiscalización. La vigilancia sobre el defraudador asegura la libertad del tributario y el triunfo del Estado. La fiscalidad es la esencia de la política, es la política en estado puro, es la política de verdad. Esta noche hemos hecho una demostración al efecto. No intentábamos llegar a una solución, sino plantear correctamente el problema. En nuestra sociedad los problemas son cada vez más complejos y los problemas complejos no admiten soluciones simples. Por eso hemos discutido para mejorar la progresividad de la fiscalidad. Un impuesto progresivo es una aventura complicada y romántica. Esto es una democracia de participación y sólo nos resta que los sociólogos interpreten estos resultados y que el Líder Modélico nos ilumine con sus enseñanzas. Esto será en un próximo programa a esta misma hora. Todas las cadenas habrán de conectar con nuestros servicios centrales, aquí en Despeñaperros. Estén atentos a sus pantallas. De momento en la suya tienen la lista de los galardonados con el coche eléctrico a resultas del uso que han hecho ustedes del retrograbador. En nombre de Galerías Depreciadas y de la Televisión de la subcomunidad española les doy las gracias por haber estado con nosotros. Buenas noches.



# Felipe Gómez

¿Qué decir del Líder Modélico que no se haya escrito en todos los tonos? Estamos ante un ejemplar extraordinario de político nato. Su biografía está llena de sorpresas. Nadie ha podido antologizar su pensamiento porque no existe. Sólo se pueden describir sus acciones, a cual más arriesgada. Por ejemplo, su famosa retirada en 1991 ante el fundado temor de que era imposible seguir gobernando sin una cómoda mayoría absoluta. Dio paso a un Gobierno de coalición, con algunos de sus fieles —los más moderados— y el grueso de colaboradores de otros partidos, presididos todos por José María Graznar, el ecuánime presidente del PPPCDS. Este experimento duró menos de un año, justo hasta los fastos de 1992. Regresó entonces Felipe Gómez, aclamado no sólo por los suyos, sino por el pueblo entero. Muy pronto se reformó la Constitución para otorgar a su magistratura el carácter vitalicio. El cardenal primado Ramón Echarri protestó en una sonora carta pastoral, pero ¿acaso no es vitalicio el nombramiento del Papa? El cardenal, que fuera en su juventud sociólogo, no puede ignorarlo.

Los éxitos políticos del caudillo Gómez se sucedieron sin interrupción. Recordemos los más sobresalientes: devolución de Gibraltar, acuerdo con Marruecos sobre Ceuta y Melilla, fin de la guerra del Norte, fusión de la OTAN y el Pacto de Varsovia (promovida por Gómez en la cumbre de La Carolina), traslado de la capitalidad del Estado a Bailén y de la sede de la FAO a Zamora, y la concesión del Premio Nobel de la Paz (aunque el caudillo Gómez se apresuró a decir que era «un premio para toda la ciudadanía»).

Junto a los éxitos, los problemas. Por ejemplo, la reestructuración de los usos del suelo a partir de las transformaciones del «efecto invernadero» o la acogida de varios millones de inmigrantes extranjeros. El resultado ha sido un segundo mandato de Gómez mucho más fecundo e intenso que el primero, antes del interregno.

La personalidad política de Gómez ha ido evolucionando con los años hacia una actitud más serena, más mesurada, más inteligente también. En los primeros tiempos se proponía más bien derrotar a sus adversarios. En estos últimos años ha procurado ganárselos. No le interesa tanto ser líder del Partido como «responsable primero» (así le gusta llamarse a sí mismo) ante todos los españoles y aun ante los extranjeros que residen ocasional o permanentemente en España. Su mayor sacrificio fue aceptar la magistratura vitalicia por todo lo que comporta de general adulación. No hay más que pensar en la soberbia colección de bonsais que el Líder Modélico guarda en su palacio de El Olivar. Hay quien dice que es la mejor colección del mundo, superior incluso a la del emperador del Japón. Se ha ido formando a partir de la costumbre, que tienen los que le van a pedir algún favor fructífero, de regalarle un bonsai. Ha llegado así a disponer de no menos de cincuenta mil ejemplares, algunos realmente únicos, como la serie de secuoyas gigantes-enanas que le regaló no hace mucho la presidenta de los Estados Unidos. Está también el «sicómoro de Javier», un arbolito que, según la tradición, plantó en Osaka Francisco Javier hace cuatrocientos cincuenta años. Era propiedad de la prestigiosa Universidad Sophia, de Tokyo, y se lo regalaron a Felipe Gómez cuando fue nombrado doctor *honoris causa* por la universidad de los jesuitas.

Ha habido algunos fallos recientes en la carrera del caudillo Gómez, menester es reconocerlo. Son todos ellos de carácter internacional, lo que prueba que, a pesar del Premio Nobel, su carisma no ha traspasado las fronteras como a él le hubiera gustado. Por ejemplo, no pudo acceder a la presidencia de la Internacional Socialista ni tampoco se le consideró como candidato para secretario general de las Naciones Unidas. En ambos casos se alegó su ignorancia de la lengua inglesa, pero esto sólo fue un pretexto. En realidad se ha visto desplazado por los dos grandes líderes mundiales, la presidenta Kirkpatrick de los Estados Unidos y el hombre fuerte de Corea Unificada, Fu-Ching. En cambio, su influencia ha sido clamorosa en Iberoamérica. Gracias a su gestión, el consorcio coreano-japonés (con una pequeña participación de la empresa española Dragados y Contratas) consiguió la gigantesca obra del nuevo Canal de Panamá Omar Torrijos, que estará terminado en cuatro años.

Una crítica que se puede hacer al Líder Modélico es que, con el tiempo, se ha ido haciendo cada vez más reservado. Ya no asiste a la mayoría de los Consejos de Ministros y permanece durante meses encerrado en El Olivar sin recibir más visitas que las de sus consejeros más íntimos y algunos de los llamados intelectuales orgánicos. La mayor parte de su tiempo la dedica a las explotaciones agrarias, en verdad ejemplares. A él se debe,

por ejemplo, el éxito de la aclimatación del mango y el cultivo de granjas marinas. Su verdadera vocación fue siempre la de agricultor. También es verdad que su auténtica afición es la pesca. Las malas lenguas aseguran que el nuevo logotipo del Partido alude precisamente a esa afición de su «primer responsable». Su diversión favorita es pescar tiburones en las aguas de lo que fue Bahía de Cádiz y actualmente es el mejor caladero de toda Europa. Su piscifactoría de la Sierra de Cazorla es admirable: contiene estanques gigantescos, verdaderas esclusas, cada una con un tipo de agua según temperatura y contenido de sal y oxígeno. El delfinario es el más grande del mundo.

El peor defecto de Felipe Gómez es que se sigue creyendo un intelectual, un hombre de letras. De vez en cuando organiza una tertulia con los premios nacionales de literatura, casi todos mayores que él, para conversar sobre lo divino y humano. En esas reuniones está prohibido hablar de política, de mujeres y de caballos, como en el casino de Jerez.

En los últimos meses, Felipe Gómez ha empezado a escribir sus memorias, una tarea a la que siempre había sido reacio. Trabajan para él dos «negros» de categoría: Carlos Luis Ansúrez y Javier Pastizal, ambos llamados «los editorialistas del régimen». Gómez les va dictando sucesos de su vida y los escribas van intercalando sus comentarios.

La participación del Líder Modélico en las teleconferencias, como ésta que transcribimos, es sumamente cuidada. Él sugiere la idea y los participantes, pero se abstiene de intervenir. Sólo después de visionado el programa, se reserva Gómez una intervención especial, por lo general breve, que viene a ser como una lección magistral que sienta la doctrina pertinente. En el caso que nos ocupa, el acontecimiento era mayúsculo por el interés de la cuestión que se debatía y por la calidad de los participantes. Las palabras de Felipe Gómez se hicieron esperar un mes. A continuación figura un extracto de las mismas. En su intervención, Gómez mostraba una gran fatiga, aunque daba la impresión de autodominio. El único gesto descontrolado era una intermitente sonrisa, que aparecía paradójicamente en los momentos más dramáticos. Sigue siendo en esencia un buen comunicador, con esos envidiables recursos, como son el movimiento de la mano hueca, el alisarse la cabellera blanca o aspirar las haches y las jotas. Este fue su discurso:

—Ciudadanos y ciudadanas. Me toca ahora decir a mí la última palabra sobre esta signatura pendiente de la construcción del régimen, que es el dispositivo fiscal. El fin del impuesto sobre la renta era la crónica de una muerte anunciada, tantas veces ha sido rechazado por anticonstitucional. Precisamente por eso nos hemos puesto a reflexionar juntos, para tratar de encontrar las señas de identidad de nuestra concepción del servicio público del Estado de bienestar para toda la ciudadanía. Esta tarea es tanto más urgente por cuanto que, habida cuenta de los progresos realizados, todos y cada uno de los responsables políticos nos enfrentamos con el reto de un proyecto socialista de futuro para la práctica totalidad de los trabajadores y trabajadoras de este país con voluntad de cambio. En nuestro ámbito subcomunitario los problemas son algo diferentes. Observen que digo diferentes y no distintos, quiero que se me entienda bien, quiero que se me entienda bien. El Ejecutivo está en disposición de plantearse resueltamente el futuro y obviamente va a hacerlo con toda la legitimidad y la gobernabilidad de que es capaz, estando a la cabeza de los países comunitarios en este terreno y habiendo sido nosotros los pioneros de la fusión en frío entre la Alianza y el Pacto, es decir, el eje Boston-Varsovia. Y lo tengo que decir porque lo pienso honradamente, si no, no lo diría.

»La manera de conducir este debate ha sido ejemplar. Queda probada la buena inteligencia que reina entre los dirigentes políticos. Felicito al moderador y a los participantes por su actitud constructiva, su actitud y su aptitud, quiere que esto quede

meridianamente clarificado. Esto es algo cualitativamente importante. Como ha dicho un intelectual orgánico, Ramón Bargas Machaca, «hay que optimizar la forma de hacer política haciendo un Partido más grande, más abierto y logrando que participe más gente». En este sentido, la práctica de las teleconferencias deviene ejemplar. Es el equivalente, a nivel subcomunitario, de las directivas marco que emanan de las cumbres rotatorias a nivel de los gobiernos de la Comunidad.

»Déjenme que les diga que quiero restar importancia a las críticas que se han levantado, por los resentidos de siempre, contra este tipo de programas. No descarto la posibilidad de que esas críticas obedezcan básicamente a una maniobra pura y simple de acoso y derribo de los poderes públicos, que contempla la viabilidad de una nueva reforma constitucional para abolir la propia magistratura vitalicia del Presidente de esta subcomunidad. Como decimos en Andalucía, no estoy por la labor y yo sé que me van a acusar de arrogancia o de prepotencia. Se me ha acusado, se me acusa y se me acusará. No importa, obviamente yo le estoy dando otra lectura a esa actuación. No les preocupa tanto lo que yo diga o pueda decir, sino preparar el terreno para que gobiernen otra vez las derechas, como lo hicieron durante quinientos años en este país. Y digo quinientos y lo remarco. ¿Será mucho pedir treinta años para desfacer el entuerto? Efectivamente, en un momento determinado se nos plantea la hipótesis de trabajo de reformar a fondo (y digo a fondo, no superficialmente, espero que esta vez se me interprete correctamente), reformar a fondo el sistema fiscal, descompensado como está por un exceso de proteccionismo a la familia y a las empresas, eso sí, los dos pilares de la sociedad y la economía, respectivamente. Los conflictos de los insumisos fiscales tienen que dejar de ser noticia de primera página. En esto la prensa debería colaborar un poco más. No hay que alarmar inútilmente a la ciudadanía. Y añado el «inútilmente» con preocupación, espero que se me note. No vamos a priorizar obviedades.

»Todavía se preguntan algunos por el alcance de nuestra legitimidad como partido y en especial por la magistratura vitalicia que inmerecidamente ha recaído sobre mi persona. Miren, les diré una cosa: es más que nada una cuestión de legitimación por el éxito económico, tan simple como eso. La subcomunidad española ha dejado de ser un país económicamente dependiente para pasar a ser la sede de un conjunto de sólidas empresas transnacionales (asociadas por lo común a Marruecos y Portugal). En los mercados mundiales —obviamente fuera del área de influencia de Indonesia— circulan, con notable acogida, productos y franquicias que llevan el sello del diseño español. Todos ustedes saben de qué estoy hablando: la mangola, el buro-robot (ordenador que redacta disposiciones legales), el tradartek (estación de trabajo que traduce textos literarios simultáneamente a cuatrocientos cincuenta idiomas), el preservativo orgánico (no quiero dar marcas, pero Matador es tan conocida que es ya un genérico en todo el mundo libre), la aclimatación en granjas marinas de casi todas



las especies piscícolas comestibles. Todo ello, además del fabuloso incremento del turismo después de las medidas de protección que superaron la crisis de 1990. ¿Qué otro régimen ha conseguido tantos aciertos en tan poco tiempo? Ni el reinado de Carlos I puede parangonarse con el esplendor de nuestra democracia de participación.

»He seguido con atención el debate de la teleconferencia y, a fuer de sincero, como yo soy, proviniendo como provengo de una familia campesina, sencilla, a fuer de sincero, digo, ninguna de las propuestas me ha satisfecho. Respeto la decisión de la mayoría que ha dado el voto de aprecio a la sugerencia de mi viejo amigo Enrique Música para establecer una especie de lotería negativa. Comprendo las razones lúdicas de esta aceptación generalizada, pero no tengo más remedio que decir que se trata de un camino peligroso al liberar el acto de contribuir del sentido de la obligatoriedad que lo caracteriza. Esta y las demás sugerencias inciden demasiado sobre los aspectos que pudiéramos llamar de la disponibilidad de las rentas del trabajo o del consumo. Organizacionalmente esto es un disparate y lo digo no como reproche, sino, honestamente, a título de comparabilidad con los países de nuestro entorno. No existe en el Derecho comparado nada de este estilo. Se requieren soluciones que rompan, de una vez por todas, con el pasado que nos agobia. Esto no prejuzga —quiero que no se me malinterprete— que las iniciativas que se han expuesto carezcan de imaginatividad, pero pienso que cada una de ellas es una respuesta puntual a la problemática de cada sector. Necesitamos una mayor globalidad, una visión de Estado de los problemas a nivel de subcomunidad. Mi reflexión es otra, mi reflexión es otra, lo digo con cierta preocupación y espero que se me tenga en cuenta.

»Yo quería decir que en nuestras tradiciones fiscales se ha hecho recaer siempre el impuesto sobre el producto (sea del capital o del trabajo) y no sobre el valor de la propiedad. Lo que propongo es alterar esa tradición. Quien más produzca no es el que tiene que pagar más, sino el que más tenga. De esta forma los verdaderos contribuyentes serán los que, teniendo mucho, produzcan poco. Hay que favorecer al matrimonio y castigar el patrimonio, si me permiten el juego de palabras. Es decir, los «paganos», como vulgarmente se dice, tienen que ser los especuladores, los intermediarios, los latifundistas ociosos, los que no saben dar «alegría» a su capital. El asunto es ya viejo. Nada menos que un arbitrista italiano del siglo XVI, Francisco Centani, propuso a Felipe II sustituir todos los impuestos por uno solo, proporcional al tamaño de las parcelas rústicas. A mi juicio, la Historia de España habría sido otra si el gran Rey hubiera hecho caso a su consejero. Todavía hoy estamos siguiendo la política de la Comunidad de pagar ingentes cantidades de dinero a los agricultores que abandonan las tierras. En esto hemos llegado a un límite peligroso, principalmente porque las tierras costeras más feraces nos las están arrebatando las crecidas del nivel del mar. Hay que ir a lo contrario, a gravar tanto la propiedad del

suelo que a muchos propietarios les compensará más donar parte de su propiedad al Estado que seguir pagando. Esta va a ser la tremenda revolución del siglo XXI.

»No puedo por menos de ser andaluz y en Andalucía lo importante es la posesión de la tierra. La propiedad del suelo, agrícola y urbano, es la principal causa de desigualdad en todas las sociedades. El teórico del socialismo libertario, el norteamericano George Henry, ha expuesto esta idea y sus consecuencias en el libro *Pobreza y progreso*, que lo tengo de cabecera. Les diré algo: me identifico honradamente con él en la medida en que yo no pido, ni pediré nunca, privilegios para los trabajadores. Nada más contrario a mis sentimientos que la demagogia. Lo que yo reclamo es la igualdad de derechos para todos los hombres y mujeres. Cuando todos sean iguales no habrá más explotación. En el último cuarto de siglo ha habido —me importa mucho señalarlo— un indudable progreso material, pero a costa de deprimir aún más la condición de las clases más humildes, seamos sinceros. Puede que el proceso de ajuste tenga que ser necesariamente lento, no lo sé, lo expongo aquí con total sinceridad.

»Nuestro posicionamiento ético consiste en ver las relaciones sociales y económicas no como una maquinaria que hay que armar, sino como un organismo que no necesita más que ser nutrido para crecer. No son los gobiernos los que hacen la sociedad; es la sociedad la que hace los gobiernos. Mientras que en la distribución de la riqueza no haya una igualdad sustancial, esto es, mientras que la sociedad no esté purificada por la justicia, no puede esperarse que a su frente se ponga un gobierno puro, alejado del transfuguismo, el fraude electoral y los intereses turbios de carácter personalista. Soy el primero en exigir moralización y transparencia en los hábitos políticos.

»Me gustaría que me citaran un solo caso de corrupción en las capas dirigentes del Partido. No podrán hacerlo, sencillamente porque no hay ninguno. Puede que alguien quiera resucitar la polémica sobre la elección del antiguo edificio del Museo del Prado como residencia particular del actual presidente del Consejo Económico y Social. Bien, se trata de un emplazamiento lógico porque se sitúa enfrente mismo de la sede del Consejo. Cuenta, además, un factor personal y es que el antiguo Museo del Prado formaba parte del barrio donde Georges Maura echó sus primeras raíces. Pienso que una figura de su calibre histórico bien merece ese simbólico privilegio que es el derecho a recobrar los recuerdos infantiles. No es un juicio interesado mío, sino una valoración de sus contemporáneos. Ahí está el reciente manifiesto, firmado en primer lugar por el venerable Camilo José Sela, el último Premio Nobel de Literatura en castellano, por el que se pide la próxima edición de ese premio para Georges Maura. Es todo un gesto de caballerosidad.

»Todos los teleconferenciantes, directa o indirectamente, han propuesto algún tipo de impuesto que frene la producción o el consumo, es decir, que aminore la velocidad

del giro económico. Gran error, si se me permite decirlo y lo digo sin acritud. Lo repito para que se me entienda bien, aunque pueda parecer redundante. No hay que establecer ningún impuesto sobre la producción, acumulación o posesión de la riqueza, entendiendo por riqueza los bienes producidos por el trabajo. En lugar de toda esa multitud de impuestos que restringen la producción y el consumo y, en consecuencia, precipitan más paro, hay que llegar al impuesto único, que es el impuesto sobre la propiedad del suelo, de la tierra o de los demás recursos naturales. Esto los andaluces lo entendemos muy bien porque disponemos de la naturaleza más feraz y, sin embargo, la pobreza sigue siendo extrema. Si me lo permiten, el principio que propongo es simple y revolucionario. Reivindico de paso el concepto de revolución, de un tiempo a esta parte sustituido por el eufemismo de giro. Decía que el principio es elemental: las personas sólo deben poseer la parte de tierra, suelo o recursos naturales que ellas mismas trabajen. Todo lo demás es injusticia y explotación. El caso de Andalucía puede y debe ilustrar otra vez lo que digo. La expansión de los latifundios fue lo que trocó la población andaluza, desde una raza de infatigables agricultores, cuyas robustas virtudes conquistaron el mundo, en una raza de suplicantes mendigos.

»La propiedad de la tierra es el gran hecho fundamental que finalmente determina la condición social y política y, por ende, intelectual y moral del pueblo. Somos tan hijos de la naturaleza como la rosa o el pez. De ahí que esos dos símbolos hayan constituido sucesivamente el emblema del Partido Socialista. Si la explotación se deriva del monopolio de la propiedad de la tierra, el fin de la explotación vendrá dado por el fin de ese monopolio. No hay otro camino que sustituir la propiedad privada de la tierra por la propiedad común de la tierra. Para ello no hay que repartir la tierra, que éste fue el error que se hizo en Andalucía en otros tiempos, más que nada por la obsesión anarquista del «reparto». Basta con recoger la renta que produce la tierra, en forma de impuesto único, para el provecho común. Los propietarios de tierras, fincas o solares tendrían que vender parte de sus propiedades para pagar ese tributo. Con ello aumentaría la oferta de tierra y el precio bajaría. Todos se beneficiarían, a la par que saldría beneficiado el grueso de la economía al liberalizar de gravámenes la producción, el comercio, el trabajo. Esta es mi propuesta, colectivista y liberalísima a la vez, en la mejor tradición andaluza, para adentrarnos en el siglo XXI. Se trata de la voluntad de satisfacer todas las necesidades sociales con la renta de la tierra en su más amplio sentido. De este modo ningún individuo tendría sobre su conciudadano o conciudadana otra superioridad que la que le diera su trabajo, su pericia o su inteligencia. Cada uno obtendría lo que gana justamente.

»El material progreso de la sociedad conduce hacia la igualdad, algo que vengo repitiendo desde hace treinta años. No me canso de repetirlo, no me canso de repetirlo. Nosotros trabajamos a plazo largo porque llevamos con nosotros la razón

histórica. El monopolio de la tierra será un día suprimido sin indemnización. Se nos ha inculcado hacia los derechos adquiridos de los propietarios la misma supersticiosa reverencia con que los antiguos egipcios contemplaban el cocodrilo o el escarabajo.

»Quiero que sepan que esta propuesta mía, nacida de una sincera vivencia andaluza, pero universal en su globalidad, tiene que ser implementada a través de una política de participación y de gestión eficaz de la responsabilidad pública. Déjenme que les diga esto, que el Estado somos todos, pero tienen que pagarlo los que se han servido de él durante siglos para enriquecerse. Esa es la médula de nuestro proyecto de futuro. Buenas noches.



---

## Epilogo del cronista

---

**E**l cronista es un hombre de su tiempo y no puede dejar de participar del singular encantamiento que provoca la figura del caudillo Gómez. Si no fuera por esa estampa paternal, los españoles nos habríamos enfrentado unos contra otros en un duelo colectivo de sangre, como en otros momentos de nuestra agitada peripecia histórica. Pero el cronista ha de ser fiel con su papel de notario de la realidad. Por eso mismo tiene que recoger la crítica que estaba en el aire en el momento en que tuvo lugar la teleconferencia que aquí se describe.

El ejercicio de democracia participativa fue impecable, pero dejaba algo que desear. El fallo estaba en la querencia del Líder Modélico por rodearse de la vieja guardia y prescindir de las nuevas aportaciones del Partido. En efecto, a la teleconferencia fueron invitadas las personas que llevaban muchos años, demasiados quizá, en la esfera de influencia de Gómez. Eran más que nada los de su generación, los que protagonizaron el famoso «cambio» de hace un cuarto de siglo, los que han seguido siendo más fieles a las directrices del Líder Modélico.

En política, todo lo que no es joven es viejo. Bien está que haya una posición vitalicia, la del ápice de la pirámide del poder, pero no debe dar la sensación de que toda la construcción es pétreo, geológica. Hasta los líderes de la oposición son los mismos, año tras año, y han llegado a formar parte fija de la representación del poder. Diríase que Gómez los cultiva tanto o más que a sus colaboradores. Un Cuadrado o un Laguita también colaboran con sus retóricas a mantener vivo el «felipato». Esa es la grandeza de la democracia participativa, aunque no escribamos con mayúsculas esa expresión, como hacen los textos oficiales.

Esta crónica quiere ser despegada hasta el fin, respetuosa con los hechos y las personas. Tiene que recoger el desánimo de algunos renombrados personajes públicos que no recibieron la invitación para aparecer en la teleconferencia. Así, don Manuel Braganza Iribarren, el provento e insustituible presidente de la Autonomía Gallega. Se echa en falta así mismo el discurso cáustico y fluido de Pablo Aragonés, por tantos años secretario general de Izquierda Federada. Dado que la cuestión debatida era eminentemente técnica, muchos lamentaron la ausencia de un experto de tanto renombre como Luis Ángel Azul, gobernador del Banco de la Subcomunidad Española, un año tras otro nuestro más firme candidato al premio Nobel de Economía. Si el debate pretendía pesar en la opinión, nadie se explica que no se invitara a Juan Luis Corvián, el magnate de los medios de persuasión, aunque últimamente coquetea mucho con Indonesia.

Es posible que algunos de los citados puedan coincidir en una próxima

teleconferencia, que ya se anuncia en los mentideros, sobre uno de los asuntos más controvertidos de los últimos tiempos: «La mayoría de edad, ¿a los diez o a los treinta?» Se cuenta incluso con la posibilidad de que esta vez el debate se dirija por alguno de esos monstruos de la televisión, como son Luis del Colmo, Jesús Hormiga, José Luis Bolín, Fernando G. Mola o Encarna Santos. No se trata de una maniobra de la oposición. Es el mismísimo Gómez quien alienta esta idea de «despartisanizar», como él dice, los negocios públicos. Es más, Felipe Gómez está pensando en retirar su militancia del PSNNTTSE para «despolitizarse» él mismo. Ya no sería el «responsable primero» del Partido, como hasta ahora, si bien conservaría el carácter vitalicio de la Presidencia de la Subcomunidad Española, que es un mandato de la Constitución. Él quiere ser el primer responsable de la suerte de todos los residentes de la subcomunidad, incluidos los extranjeros. Como símbolo, ha adoptado él también un niño argelino y una niña senegalesa. Hay que reconocer que el título popular de Líder Modélico le encaja como un guante. Hasta sus adversarios le copian, maestro él de ardidés y trapacerías.

El «felipato» no es sólo un estilo de gobernar, es también un lenguaje, como en estas páginas queda reflejado. Cuando se crea un lenguaje político, la continuidad del régimen está asegurada. El Líder Modélico lo es porque se siente imitado. Su imagen seguirá siendo el pasmo del siglo que acabamos de inaugurar. El cronista se siente empequeñecido ante la grandeza de alma —la megalopsijía, que dice Alfonso Paz— de una figura tan extraordinaria. Sea esta cróniquilla el merecido homenaje, en prosa, al epónimo de nuestra generación.



AMANDO DE MIGUEL RODRÍGUEZ. (Pereruela de Sayago, Zamora, 20 de enero de 1937) es un sociólogo español, colaborador habitual de medios de comunicación.

Es catedrático emérito de Sociología de la Universidad Complutense. Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Columbia y ha sido profesor visitante en las de Yale y Florida y en El Colegio de México. Ha profesado, además, en las universidades de Valencia y Barcelona. En 2008 ha sido profesor visitante en la Universidad de San Antonio (Texas).

Ha publicado más de 120 libros y miles de artículos. Colaborador habitual en los medios de comunicación, tanto en radio (Antena 3 Radio, Viva la gente, entre 1985 y 1992; Cadena COPE, en La mañana, entre 1992 y 2008; Onda Cero, en el espacio presentado por el periodista Carlos Herrera, Herrera en la onda, desde 2008), como prensa escrita (el periódico La Gaceta desde 2009), prensa digital (Libertad Digital) y televisión (Telemadrid —Madrid opina—, Veo7 e Intereconomía Televisión).

Desde 2004 es miembro del Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid.

Forma parte del Patronato de Honor de la Fundación para la Defensa de la Nación Española (DENAES).

Ha sido galardonado con los premios de ensayo: Espasa (1988), Jovellanos (2001), Miguel Espinosa (2003), Premio de Cuentos Café “El Pícaro” (Toledo, 2004) y Premio Ensayo Breve de Sociología “Fermín Caballero” (Cuenca, 2007). Asimismo se le han otorgado los premios “Mayores en acción 2010” (CEOMA, Madrid), “Por la



defensa de valores y la libertad 2010” (Foro Peñalba, Madrid) y Académico Correspondiente por la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes (2011).